FRAY MOCHO

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

LUIS PARDO
REDACTOR

CARLOS CORREA LUNA
DIRECTOR

JOSÉ M. CAO
DIBUJANTE

Año I | BUENOS AIRES, 27 DE DICIEMBRE DE 1912 | N.º 35



De un libro de versos próximo a aparecer.

I

Aquí voy de par en par
a poner mi pensamiento,
exponiéndome al evento
de quedarme sin altar.

Aquí estoy para decir,
si la voz no se me trunca,
lo que nadie podrá nunca
ni olvidar ni desmentir.

Aquí vuelvo entre mi grey
cual un César tragediante,
a probar que, Dios mediante,
todavía soy su rey.

Aquí torno a mi redil,
a mostrar lo que yo valgo
cada vez que quiero y salgo
de mi clásico cubil.

Aquí vengo en conclusión,
con la mies de mis canciones,
a saciar los corazones
corazón por corazón.

Nobles versos que serán
ya sedantes ya incendiarios;
mas talmente necesarios
como el agua y como el pan.

Evangelios que han de ir
como cedros, como palmas,
aferrándose a las almas
a través del porvenir.

Triunfador beso sin par
cuya prole ha de dar celos
a los astros de los cielos
y a los peces de la mar.

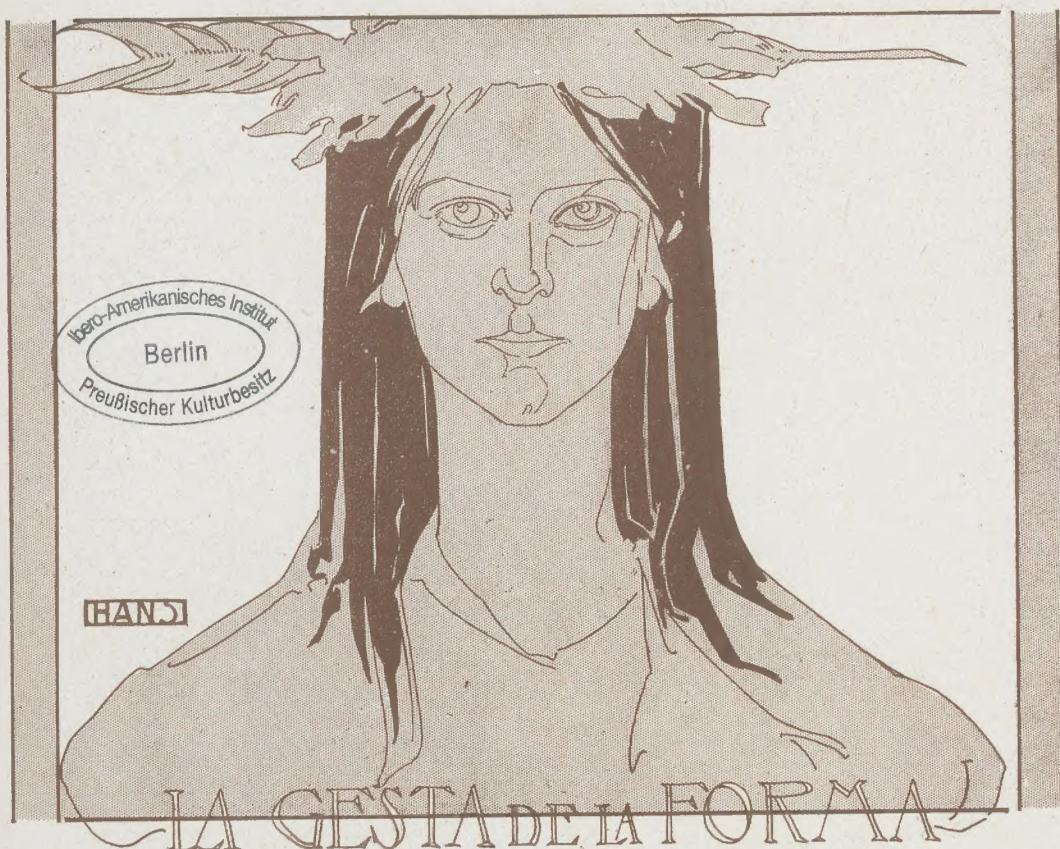
Pues el Arte ha de tener
tanto imperio en el destino,
cual un beso masculino
sobre un labio de mujer.

Y jamás, nunca jamás,
ha de ser belleza vana...
¡la doliente recua humana
quiere más y pide más!

. . . .

Almafuerte.

Dib. de Hohmann.



LA GESTA DE LA FORMA

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas, inertes, en el rebaño del estilo vulgar, cuando las convoca y las manda el genio del artista!... Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, sér vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; os disputa, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatarla, para que convoquéis a otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo, como la tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida. — ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone a la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia; ninguna altiva terquedad a la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color?... Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro sér. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías, ni de más crueles encarnizamientos, ni en la victoria, de más altos y divinos júbilos... ¡Oh, Ilíada formidable y hermosa; Ilíada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismos, durara en tí el testimonio de algunas de las más conmovedoras emociones humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

José E. RODÓ.

Dib. de Hans.



ANIMA EN PENA

El vibrar de los cencerros, denunciaba a las tro-
[pillas,
Un galope resonaba por el gran camino real,
Y las aguas del arroyo relamían sus orillas
Descubriendo los raigones retorcidos del sauzal.

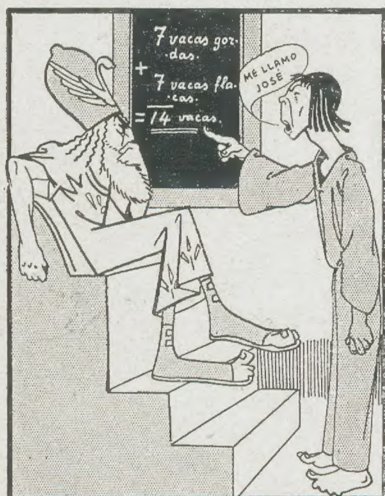
El crepúsculo extendía su amplia sombra en
[las cuchillas,
Una extraña voz llenaba de tristeza el pajonal,
Y flotaba como un velo transparente en las gra-
[millas
La luz mala que venía desde el viejo cicutal.

Lanzó el perro de las casas un aullido largo...
Al punto,
Las mujeres angustiadas se acordaron del difunto
Y los dedos señalaron en las frentes una cruz.
Mientras que la luna llena desgarrando el horizonte,
Enredaba en la alta copa de los árboles del monte
Una a una las hilachas impalpables de su luz.

Aníbal MARC. GIMÉNEZ.

Dib. de Peláez.

Almanaque de los SUEÑOS



¿Cree usted en los sueños? Tanto mejor para usted. A medida que los seres de la creación son más racionales, creen más fervientemente en los sueños y conocen mejor su explicación. Los infusorios ni siquiera sueñan. El perro sueña ya, pero todavía no cree en los sueños. Los individuos de las razas humanas inferiores creen en ellos, pero viven a obscuras respecto de su explicación. Sólo el hombre civilizado cree y los explica satisfactoriamente. En la antigüedad eran los hombres más sabios quienes se encargaban de explicarlos. Por lo que a los tiempos actuales se refiere, vemos en nuestro propio país que la creencia en los sueños se difunde a la par de la cultura y del progreso. El índice de su difusión nos lo dan las adivinas y la venta de obras ocultistas. Nunca la proporción de adivinas fué tan grande como ahora, en la Atenas del Sud, y lo mismo sucede con la venta de aquellas obras, muy superior a la de libros de mera pornografía. Si quedase alguna duda, he ahí la prosperidad del antiguo triple almanaque, la publicación más autorizada en la materia. Están, pues, un un error, las personas para quienes la creencia en los sueños es una superstición de los salvajes. Ni es una superstición, ni es de los salvajes. Casi todos los pueblos salvajes creen en los sueños, pero los más abyectos, ciertas tribus de negros que viven en los bosques ignorando hasta el arte de construir una choza, esos no participan de la creencia en los sueños ni de otra alguna. En cambio, en Londres, Nueva York, París, Berlín, Buenos Aires, y en todas las grandes ciudades del mundo, la gente cree en los sueños. Lo peliagudo es explicarlos, porque la onirocrisia, o la oniromancia, palabras que vienen nada menos que del griego, no es una ciencia al alcance de todo el mundo. Hay que saber primero si el sueño es ''especulativo'' o ''alegórico'', si representa una imagen sencilla y directa del acontecimiento, o una imagen alegórica que deba ser interpretada. Si soñamos que caemos en un abismo, ¿anuncia esto que efectivamente nos ocurrirá tamaña desgracia, o es alegoría de venidera deshonra? Ese es el busilis. La explicación o interpretación de los sueños no es moco de pavo, como dicen los ocultistas en su lenguaje esotérico, y si los profanos quieren explicárselos a sí mismos, corren el riesgo de tomar el rábano por las hojas. Lo más práctico es gastarse veinte centavos en un almanaque que contenga el ''arte de explicar los sueños, en forma de diccionario''. El manejo de estos almanaques es muy sencillo. Si soñamos con un halcón, lo buscamos en la ''hache'', y si no está en la ''hache'', lo buscamos en la ''a'', y allí lo encontramos sin falta. Lo mismo sucede con vajilla; si no está en la ''ve'', está en la ''be''. Conociendo estas triquiñuelas, es más fácil manejar el diccionario de los sueños que un piano de manubrio. Hay un inconveniente, sin embargo, y es que los diccionarios de los sueños están copiados de los de Europa, y no figuran en él los animales y cosas del Nuevo Mundo ni los de Australia. No están, por ejemplo, las palabras cóndor, jaguar, puma, bagre, ombú, rancho, y hay que ''proceder por analogía''. Si soñamos con un cóndor ¿qué significa nuestro sueño? Debemos tener entonces presente que el cóndor pertenece a la familia de los buitres, y buscar buitre en el diccionario. (Si no está en la ''be'', está en la ''ve''). Si soñamos con un jaguar, busquemos tigre, si con un puma, león, si con un ombú, árbol (porque el ombú pertenece a la familia de los árboles), si con un rancho, choza. Lo que no comprendo es cómo se las arreglaría un australiano que soñase con un kangurú, porque en el diccionario de los sueños no figura este animal ni otro alguno de su género. Pero nosotros, gracias a Dios, no tenemos kangurú. Para que los lectores de FRAY MOCHO puedan ensayar la explicación de sus propios sueños, publico a continuación algunas palabras del diccionario, con la explicación respectiva. Como es imposible incluir muchas, me limito a los seres y cosas con que más frecuentemente soñamos.







Acueducto. — Si es en realidad un acueducto, y no un viaducto, quiere decir que recibiremos una encomienda postal.

Aerolito. — Para el que se le aparece, es signo de beneficencia y consuelo.

Alambique. — Verle correr, indicio de desgracia; retenerle, murmuraciones y calumnias; si rebuzna, desazones y perjuicios.

Alambre de púa. — Os invita a aprovechar el tiempo.

Alcachofas. — Temed la jactancia y la presunción. Si las coméis en ensalada, aviso de que os favorecerá un desgraciado.

Armónium. — Desconfiad de un usurero o de un descortés.

Bacteriólogo. — Su presencia, emblema es de consuelo; llevar uno a cuestas, sobrevendrá alguna dicha.

Bisagra. — Invitación secreta a vigilar escrupulosísimamente todas vuestras acciones y las de los sujetos con quienes estáis en relación.

Cactus. — No te cases ni te embarques.

Código de comercio.—Temed el adulterio.

Claraboya. — Honor y provecho. Si son varias, arrepentíos de vuestras culpas.

Cornetín. — Si lo tocáis, mal presagio; si otros lo tocan, peor que peor.

Chanchito de la India. — Uno solo, amores contrariados; dos o más, aparición de un cometa.

Chimpancé. — Candor e inocencia de una muchacha.

Dulce de leche. — Dulce deleite.

Encerado. — Traición para el que lo ve; poder para el que lo tiene; peligro mortal para el que lo come.

Escribano. — Emblema de fidelidad. Si duerme, no temáis; si corre o ladra, cuidad de vosotros mismos o de la familia.

Espumadera. — Previsión de graves peligros, caso de que se lleve una conducta libertina.

Fiambrera. — Estad bien persuadidos de que se os calumnia.

Gancho. — Modere su conducta el que lo perciba. Pérdida metálica y tontería.

Iceberg. — Si el que sueña es un hombre, tiranía doméstica; si es mujer, descaro.

Letreros luminosos.—Pérdida de bienes a causa de un pleito.

Mamadera. — En verano, anuncia ladrones; en invierno, tempestad.

Mapamundi. — Marido para las solteras, hijos para las casadas, fortuna para los hombres.

Noria. — Hospitalidad y consuelo.

Obeliscos. — ¿Salen de vuestro cuerpo? Enredados negocios. ¿Soñáis comer uno? Heredaréis de un criado.

Omnibus. — El que sueña con un omnibus, guarde no volverse loco.

Pagoda. — Asistiréis a una kermesse de caridad.

Palangana. — Agüero favorable para los negocios.

Pneumático. — Sabiduría y consideración.

Rayos X. — Supuesto paso, que será altamente murmurado y os perjudicará.

Sextante. — Nuncio es de discordia.

Silla de cordero a la maître d'hôtel. — Grave dolencia. Si está revestida con una sobrepelliz, no tardará el que sueña en confesarse.

Sulfato de cobre.—Os invita a que cambiéis de conducta, cuanto más pronto mejor.

Tabla de logaritmos. — Las de Lalande anuncian amores y castos placeres.

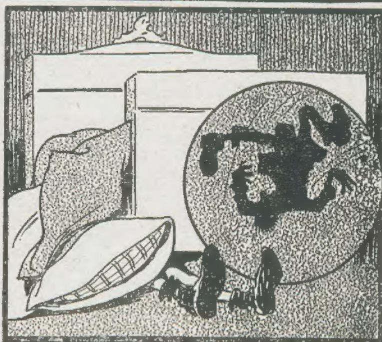
Turbante. — Soñar ceñir uno, aguardad ilustres dignidades; verlo en la cabeza de algún hijo, pariente o amigo, éstos alcanzarán grandes honores en Persia.

Ventisquero. — Horror. Si se os aproxima, no está lejos vuestra muerte. Si os habla, no escuchéis los consejos que os diere.

Violoncelo. — Si vuela en las regiones superiores, feliz agüero. Si se precipita sobre vuestra cabeza, fatal accidente. Si anda dando tumbos, dedícate al comercio.

El lector habrá observado cuán inesperadas explicaciones tienen los sueños, pero esto nada indica contra la oniromancia. Al contrario, es característico de esta ciencia, y en cualquier diccionario de los sueños puede verse, verbigracia, que el termómetro indica vil ataque a la reputación.











Dib. de Navarrete. **Marcos HUMO.**

MAGISTER DIXIT

¡Oh, cantor! ¡oh, maestro, que sabes
en áureas estrofas sentir y crear,
y superas en vuelo a las aves
en luz a los astros y en música al mar!

Tú, que coges violetas y rosas
en ásperas cumbres y nadie, después,
sabe, al verlas tan puras y hermosas,
qué espinas y abrojos te hirieron los pies;

Tú, que forjas la jaula de oro
y la haces aérea feliz creación,
a la vez que en la jaula el tesoro
de mérito, pones, sin par: la canción;

Tú que, en fin, del indócil idioma
supiste en Pegaso tornar el corcel
que, bravío y tenaz, sólo doma
quien va con respeto y amor hacia él;

Dime ¿cómo, si abruman tu frente
los años, si a tierra se inclina tu faz,
se remonta a los cielos, potente,
cual águila joven, tu espíritu audaz,

y ansiando en las tímidas lumbres
del alba, ceñirse de vivo arrebol,
rompe el viento, supera las cumbres,
desgarra las sombras y lánzase al sol?

Por la virgen que, en Grecia, a tu audacia,
se alzó pura y limpia, sin veste ni tul,
y a tu cuerpo, al decir: — "Soy la Gracia", —
ciñó del mar Jonio la clámide azul;

Por la altiva mujer que en el Foro
romano, te dijo: — "Yo soy inmortal:
soy la Fuerza, y aún cruza, sonoro,
naciones y pueblos mi carro triunfal";—

Por Jesús, que con lástima y pena
veía, de un campo de sangre, el horror,
y al quitar de tan lúgubre escena
los ojos, te dijo: — "Yo soy el Amor";



Por tu hija, tu lindo retoño,
de rubios cabellos y cándida tez,
por quien, gayo rosal en otoño,
es Gracia, y es Fuerza y Amor tu vejez . .

¡Te conjuro a que digas, maestro,
por cuál ignorada secreta virtud,
ilumina y fulgura tu estro
cual sol en perenne triunfal juventud!

A tí vengo de tierras lejanas
surcando llanuras y mares que, en mí,
también quiero que acendren, arcanas,
los astros, las luces que acendran en tí.

¡Qué de gentes, en zonas y climas
distintos, pronuncian tu nombre! Doquier,
en las almas hermosas, tus rimas,
yo ví, como lenguas de fuego, caer.

Porque cantas, maestro, y parece
la noche, rasgarse, la aurora, surgir,
y en la tierra. que el hombre embellece,
crecer la alegría de amar y vivir.

Porque así las pasiones inflama
la sangre y al germen el fuego estival,
como anima tus cantos la llama
celeste y les presta su luz inmortal.

¿Cómo el páramo ardiente, las frondas
verá en sus arenas surgir del saúz
o al nenúfar, que sólo en las ondas
despliega su cáliz al aura y la luz?

¿Cómo puedes de un monje del Císter
cerrar en el pecho los bríos y ardor
de los héroes?...
ET DIXIT MAGISTER:
—"Poniendo en la obra la fe y el amor."

Lamparillas que Dios, en la aurora
de mi alma encendiera y en ella aún ardéis!
¡Como el día primero, en mi hora
final, encendidas aún estaréis!...

Moisés Numa CASTELLANOS.

Dib. de Hohmann.

LA NOVELA DE LAS FLORES



En la perfumada frescura matinal de la tienda de flores, que un bellísimo día de invierno temprano llenaba de serena alegría, madre e hija, aplicando a sus respectivas ocupaciones esa actividad sin prisa propia de las cosas de costumbre, que parece que se van haciendo solas, interrumpían de cuando en cuando el luminoso silencio con un comentario o una réplica suscitados por la lectura del diario a que se había entregado Madame Luziani mientras Alina ataviaba una canastilla con hermosa y ancha cinta de raso color hoja seca.

La reciente "toilette" de la tienda rodeábalas de una limpia y friolenta lozanía de pétalos húmedos como caras de niños recién lavados. Los claveles blancos, que erguían en sus altos búcaros de cristal corolas de nieve fresquísima, el menudo granizo fragante de los "muguets" y la intensa palidez mate de las rosas, casi marmóreas en su blancura muerta, acentuaban entre el fino verdor de adorno y sobre el conjunto de las demás flores de suaves entonaciones una abundante nota de lujo nupcial ante la transparente pared que hacía de la tienda toda un escaparate abierto hacia la calle. En el ancho cristal se leía, escrito con letras de vidrio dorado, el nombre de la casa: "La Primavera"; y el sol, atravesando límpido y tibio aquel cristalino muro, irisaba su oro en el agua temblorosa de los vasos. Daba fondo de contraste a todo esto una estantería con vidrieras donde se guardaban secas y desnudas canastas alternando con cajas de cinta y jardineras de porcelana.

Hecho el arreglo matinal, Madame Luziani se consagraba a leer las secciones de noticias sociales, teatros y necrología en su diario, y sobre esta lectura versaban comentarios dispersos que iban hilvanando una conversación muy espaciada por largos silencios.

—Mañana se casa una de Altavilla—decía de pronto la señora con su vago acento franco-italiano de ciudadana de Niza.

—Sí—replicaba Alina, tomando distancia para estudiar el efecto de un plegado de la cinta que sostenía entre tanto con ambas manos contra la canastilla—tienen relaciones muy ricas y viven en un palacete con gran jardín. No habrá muchos regalos de flores.

—Eh... Nunca falta quien tenga que hacer papel con una "corbeille".

Y volvía a reinar el silencio lleno de luz y de perfumes en la linda tienda con pared de cristal.

—Ha muerto una señorita muy joven; María Baldrí Ruano; diez y ocho años.

—¡Ps! Ahora con lo de "se ruega no enviar coronas"...

—¡Bah!... Las flores no son coronas.

Y Madame Luziani, después de anotar la dirección de la casa mortuoria pasó a la sección teatros a tiempo que Alina remataba un bello lazo, tras un par de ligeros ensayos.

—Esta Laurenti, de la Opera, está haciendo furor. Me parece que vamos a tener trabajo con ella.

—¿Soprano?

—Sí; baila también; ha tenido un suceso en "Thais", pero eso es lo de menos; dicen que es muy bonita y los cronistas parecen enamorados.

—¿Cómo se llama?

—La Laurenti; Dina Laurenti.

—Dina Laurenti—repitió Alina distraídamente, sin pensar en ello, contemplando con la cabeza echada hacia atrás el conjunto de su obra ya terminada.

Poco después Madame Luziani concluía su lectura y, siempre muy erguida dentro de su corsé, iba a instalarse tras el pequeño pupitre del mostradorcillo pintado de verde claro, donde tenía siempre que hacer con el manoseado libro de cuentas.

Alina, entre tanto, de vuelta de las piezas de la trastienda, adonde había ido a llevar la canasta, ya lista para recibir su carga de flores, vió ante el cristal de la calle dos ojos que miraban con inquieta indecisiónhacia el interior de la tienda; al verse sorprendido en su observación, el que así miraba resolvióse con cierta prisa y entró.

Muy rubio, fácil al rubor, que se difundía rápidamente bajo su cutis casi infantil por la finura, aunque los rasgos acentuaban un carácter ya formado dando compensación de firmeza a esa sensibilidad muy susceptible que llega a ser timidez, el joven aquel podía tener veintiocho años. Delgado, peinado al medio con pulcritud, ojos inquietos y boca delgada pero juvenilmente roja.

Madame Luziani le salió al encuentro con toda su encorsetada corrección.

—¿El señor deseaba?

—¿Qué cuestan estas rosas?

—¿Las blancas? Un peso cada una.

—¿Un peso?—dijo él con tímida sorpresa.

—No hay rosas, señor. Viene muy mal este invierno. Y estas son muy hermosas—argumentó Madame Luziani, destacando, levemente sostenida entre los dedos índice y mayor de su mano vuelta, una de aquellas flores, como quien muestra una delicada cara de niña.

—Sí, pero es mucho...—contestó él, mirando con deferencia la rosa tan bien presentada por la importante florista.—Yo quería un ramo más...

—¿Un ramo de "corsage", por ejemplo?

—Sí, sí. Algo como una guirnalda ¿eh?

—Muy bien. Se puede hacer por cinco pesos con algunas rosas de estas más pequeñas y alguna guía.

—Eso es... Bueno. Usted lo combinará con gusto... Un poco suelto ¿no? Me confío a usted.

Madame Luziani hizo un gesto de benévola suficiencia, recogió las flores que Alina se adelantó a tomar, dirigiendo al joven cliente una afable mirada que parecía decirle: "Yo se lo haré bien; pierda usted cuidado".

Luego se internó en la trastienda, seguida a poco por Madame Luziani.

El joven observaba con distraída atención una y otra planta cuando Madame Luziani volvió a aparecer trayendo como depositado preciosamente en ambas manos un bonito ramo-guirnalda que presentó al comprador.

—¿Está bien así, señor?

—Sí. Está muy bien—contestó él dirigiendo cortés mirada a Alina, que se había quedado tras el mostradorcillo.—Bueno. ¿Usted se encargará de mandarlo, señora?

—¿Muy lejos?

—No, muy cerca. Aquí, al Windsor-Hotel.

—Muy bien, señor.

Y madame Luziani, con primoroso juego de dedos, se puso a envolver en papel de seda el ramo, fijando los pliegues con menudos alfilerillos.

—¿A quién se le entrega, señor?

—Traigo aquí una tarjeta; póngala prendida al ramo.

Y sacando del bolsillo del sobretodo la mano que en él guardaba, entregó un sobre de tarjeta, cerrado, que Madame Luziani fijó al papel de seda con uno de sus menudos alfileres.

—¿Irá en seguida?

—Ahora mismo, señor.

—Bueno,—dijo después de haber pagado. Entonces, hasta otra vez... si hay ocasión.

Esto último con una sonrisa cortada que parecía pe-

dir una palabra de esperanza. Madame Luziani respondió saludando con su indiferente seriedad profesional y el joven se dirigió a la puerta. Allí se detuvo y quedó como contemplando el vaivén de la calle con desgaire de persona que goza un poco del lindo día, hasta que vió salir al muchacho que llevaba el ramo a su destino. Después de esto se fué sin prisa.

El sobre escrito de la tarjeta aquella, que Alina y Madame Luziani leyeron, naturalmente, al vuelo con la disimulada curiosidad propia del caso, decía:

''Signa. Dina Laurenti.—Windsor-Hotel.''

—Ya empezamos—dijo siempre con su despegada indiferencia Madame Luziani cuando hubo desaparecido el joven, relacionando así lo dicho al leer el diario con la presencia del nuevo cliente.

Como Alina no respondiera, volvió a reinar el silencio entre las flores.

Razón había tenido Madame Luziani al contar con el éxito de aquella artista para su negocio.

Al joven muy rubio siguieron algunos otros que enviaron ramilletes y canastillas al mismo destino. Sólo que estos, galanteadores sistemáticos o profesionales de divas en el cartel, eran mucho menos interesantes. Y sin duda—pensaba Alina—deben interesar también mucho menos a la obsequiada, ya que aquél era evidentemente un enamorado de primera agua, un enamorado con toda la sensibilidad, como no los encuentran siempre en su camino las mujeres de teatro.



Bien pudo verse esto luego, porque tres o cuatro días después volvió. Y esta vez ya más seguro de sí mismo a todas luces, con ese aire inconfundible de la persona a quien el éxito o la esperanza entonan y yerguen.

Alina estaba sola en la tienda.

—Buenos días, señorita,—dijo él con animada sonrisa y familiar voz de conocido. — ¿Cuánto valen los claveles? ¡Que no sea demasiado ¿eh?!

—Cincuenta centavos cada uno,—contestó ella, encontrando por primera vez un poco disgustante el tener que ponerle precio a las flores.

—¡Cincuenta centavos!—exclamó él con sorpresa de buen humor.—No voy a volver más porque aquí no tratan bien a los clientes.

Ella sonrió sin decir,—como era de rigor,—que no había casi claveles, que venía muy mal este año y que aquellos eran especiales.

—Bueno—agregó él.—Vamos a hacer un ramo de unos diez claveles. Usted me los eligirá bien grandes ¿eh?

—¿Lo quiere variados, señor?

—No, rojos, rojos, todos rojos. Eso es—agregó cuando Alina hubo reunido los claveles.

—Le pondré un poco de verde y...

—No, no, así no más,—dijo él tomándolos y reuniéndolos en mazo, con lo que formó una mancha intensa y cálida.

—¿Así no más?

—Sí; átelos así.

El tímido cliente se había vuelto revolucionario en arte de floristería.

Aliná ató las flores como él quería, no sin sentirse un poco humillada en su habilidad profesional, envolvióIas y fijó sobre el tenue papel de seda la tarjeta en sobre cerrado que el joven, como la primera vez, traía lista.

El pagó y se fué, diciendo ahora con voz firme y satisfecha:

—Hasta otro día, señorita.

A la espera de que regresara el muchacho para enviar el ramillete, Alina quedó mirando con fijeza de distracción la tarjeta fijada al envoltorio que descansaba sobre el mostradorcillo. Iba dirigida, naturalmente, al mismo destinatario: ''Signa. Dina Laurenti''.

¿Qué le diría? Algo muy distinto a lo de la primera vez, seguramente. Bien se conocía en el aire del enamorado que aquello había ido adelante.

Y siguió adelante. Y Alina vino a encontrarse con que las flores la habían hecho confidente de aquel idilio, porque eso y no un vulgar lance de galanteo de teatro era aquello. No había más que verlo en la actitud y el espíritu del joven muy rubio, tan distintos al espíritu y a la actitud de los otros obsequiantes de la misma: gente que hacía un cumplimiento interesado, con objetivo conocido y sin poner de sí otra cosa que el precio de las flores, no las flores mismas, como este de los modestos ramilletes rojos en que los claveles se amontonaban con espontánea y apasionada sinceridad.

Estos claveles que Alina recogía y agrupaba para la ''ella'' invisible, no eran frío obsequio; eran palabras, recuerdos, caricias, horas pasadas y por venir. ¡Si lo sentía Alina cuando tenía Alina las manos esas flores que parecían tibias de amor!

Y luego, él había recibido cartas allí mismo.

—Que espere contestación y me la traiga aquí; yo pasaré a buscarla ¿eh?

Y venía una carta bien cerrada, en cuyo sobre se leía, escrito con letra grande y picuda: ''Sig. Carlos Varella'', (Varela, sin duda); carta que él recogía de manos de la misma Alina, a veces, con sonrisa de quien hace tácita confidencia y abría con disimulada prisa, despidiéndose después de haberla leído, muy animado y muy gentil.

Y a Alina acabó por darle rabia aquella buena fortuna amorosa, cuyo verdadero valor creía ella conocer, ya que también por su mano pasó más de una carta de la misma letra en respuesta a obsequios, por cierto mucho más valiosos, del senador Cuadral, antiguo y acaudalado cliente de la casa y gran avasallador de artistas por la ley de esa irresistible fuerza llamada dinero.

Sí; aquel pobre ''Sig. Carlos Varella'' era más que tonto al enamorarse de esas mujeres que enloquecen hombres y no ponen nunca sino su interés...

Pero esto que pensaba Alina debió empezar a pensarlo también su joven cliente, según pudo ella advertirlo.

Hubo en él algún día de frente nublada al recibir una de aquellas cartas, o de nerviosa inquietud al enviar un manojo de claveles, no ya rojos, sino rosados (¿por qué?) que luego volvieron a ser rojos, es decir, a ser ''los de él''...

Y Alina fué siguiendo así en las flores, en sus cambios de color y de actitud, — porque hubo que agruparlas hoy como para que el ramillete ''dijera'' que era un

frío cumplido de cortesía, mañana como para que se conociera en su disposición tumultuosa el ímpetu de pasión que las había oprimido, — Alina fué siguiendo así las fases y alternativas de aquel amor por una mujer que ella no conocía y que estaba siempre, sin embargo, presente ante ella; que había entrado en su vida sin presentarse nunca, como haciéndola objeto de un desdén que la irritaba no poco y que solía entristecerla bastante más. Y tanto fué entrando la misma Alina en este proceso de novela sentimental, que llegó a resultarle casi chocante la indiferencia comercial con que Madame Luziani intervenía en él, no obstante ser tan lógica esa actitud de quien vende flores sin tener en cuenta absolutamente el romance que con ellas van tejiendo los corazones.

Y como Alina, que se complacía en hablar de este asunto, hiciera notar que la susceptible sensibilidad del enamorado acusaba ya una nerviosa y torturada inquietud de persona que empieza a sufrir disgustos, Madame Luziani dijo con implacable sencillez:

—Eh... Muchachos que quieren enamorar artistas con ramos de cinco pesos...

———

Doce o quince días llevaba esta situación, cuando una tarde, ya al anochecer, mientras el Sig. Carlos Varella de las cartitas aquellas que ahora indignaban a Alina como engaños de falsía contra ella misma disponíase a encargar su ramo, se detuvo un importante automóvil a la puerta de la casa de flores, sonó fuertemente golpeada la portezuela y entró el senador Cuadral. Hombre fuerte y recio, que al caminar parecía siempre ir empujando a alguien; no mal parecido, no obstante su por demás acentuado color moreno, y con un aire dominador de quien está acostumbrado a querer y poder sin más dificultad que el precio, el senador Cuadral llenó la tienda con su figura y tras un "Buenas tardes" áspero y terminante al cual correspondió Madame Luziani con sus mejores sonrisas de aristocrática solicitud, pidió una "corbeille".



Madame Luziani le ofreció diligentemente una bonita cesta de "muguets" adornada con rica cinta azul profundo.

—¿"Muguets", señor senador?. Muy chic.

El senador echó una ojeada breve al artículo.

—¿Cuánto?

—Cincuenta pesos, señor senador.

—Bueno. Al Windsor-Hotel — dijo entregando su tarjeta para ser agregada al obsequio. Señora Dina Laurenti.

—Al momento — replicó Madame Luziani, fijando la tarjeta con primorosa exquisitez. ¿Espera contestación?

—No; yo estaré allí.

Pagó y salió.

Desde que entrara el importante cliente, Alina había seguido con tímida e inquieta mirada al joven de los claveles, que vino a quedar como arrinconado por el desplazamiento de aquel rudo aplomo de hombre poderoso.

El joven conocía, sin duda, al senador Cuadral y lo conocía como enemigo. Al verle aparecer se encendió su delgado cutis en fácil rubor difundido como una invasora onda, y se acentuaron enérgicamente el ceño y los pliegues de la boca.

Se sentía evidentemente empequeñecido por aquel hombre rico e imperioso. Luego palideció con rabia de odio, y cuando el otro dió la dirección y el nombre, nuevo y violento fuego de rubor le llameó en la cara, mientras todo él permanecía en una inmovilidad crispada.

Miró intensamente la compostura del rival, que vestía smoking y no ocultaba el grueso brillante de su anillo. Iba a comer con ella ("Yo estaré allí") y era evidentemente dueño del campo.

El joven quedó un momento abstraído, la mano plegando la boca, fiero el ceño y fija la mirada. Luego, lentamente, sin despertar, salió bajo la mirada tímida, inquieta y ansiosa de Alina.

———

Debió desencadenarse aquella noche "una tempestad bajo un cráneo".

Al día siguiente, a la misma hora de su primera aparición, el joven entró a la tienda de flores, revelando bajo su palidez casi austera la sorda intensidad de un tumulto de sentimientos domados por una resolución final que hacía melancólica la voz.

—Vamos a hacer un ramo, señorita— dijo a Alina, que lo vió entrar con el espíritu muy agitado.

—¿De claveles?

—Sí.

—¿De estos?—dijo ella señalando con temblorosa mano los rojos.

—No; blancos, blancos. Muy simple.

Ella comprendió. Era una despedida de cumplimiento. El quería,, sin duda, aparecer friamente correcto, no dejar adivinar su despecho; evitar el desplante y la descompostura del ademán irritado.

Alina hizo el ramo gozándose en imprimirle insignificancia profesional. El le entregó una tarjeta cerrada, siguió con mirada fija la operación de sujetarla a la tenue envoltura de papel de seda y esperó a que saliera con aquello el muchacho.

Alina había pensado más de una vez con alegre terror, con inquieta esperanza, en esta crísis que desvanecería aquel terrible fantasma de mujer perturbadora e invisible cruzado entre ellos.

Pero ese día, en presencia del fin, sintió una extraña zozobra; hubiera querido dilatarlo...

El, una vez que vió salir su ramo, la dijo, mirándola y mirando rápidamente la tienda, las flores, el sol, con esa mirada del que se despide triste de aquello que conoció en una hora feliz:

—Adios, señorita.

Y al oir ese adios melancólico que decía también: "¡Ya lo ve usted; ha concluído todo!", y al ver salir y desaparecer aquella ya familiar silueta de joven muy rubio, Alina sintió que un desconsolante vacío, una como palpable soledad se difundía en la hermosa alegría matinal de la tienda de flores, llena de frescura perfumada, de juventud de pétalos, de suave blancura nupcial de rosas, claveles y "muguets", y vió entristecerse irremediablemente el lindo rayo de sol que se irisaba en el agua temblorosa de los búcaros de cristal.

Arturo GIMÉNEZ PASTOR.

Dib. de Friedrich.

Durante veinte días, la señora tuvo siempre un médico á su lado, y á cada uno declaraba que nunca se había sentido tan bien. Volvió el apetito, el sueño fué tranquilo y reparador, desaparecieron todos los fenómenos incongruentes, y una nueva junta la declaró completamente restablecida.

Entretanto, había llegado á dar por el jardín paseos de más de dos horas sin cansarse. Recuperó su rostro el color natural, se enrojecieron sus lábios, y los lindos ojos negros y brillantes completaron la armonía de su cara graciosa y sonriente.

A medida que aumentaba la mejoría, recuperaba tambien el Doctor Marsilio sus colores, tanto más cuanto que, con la tranquilidad creciente, abandonaba el uso de la mezcla de agua con vinagre y azúcar, con la que creía refrescar su sangre enardecida por la inquietud, y no volvía á destapar el frasco de amoníaco cerca de sus ojos, lo que hizo desaparecer las lágrimas encerradas en sus párpados trémulos.

Encontrándose tan bien su esposa, no había necesidad social de presentar dos de los caracteres más conspícuos de la afliccion.

Tratándose de una señora tan estimada como la de Marsilio, se habló mucho de su caso, particularmente entre los médicos, y lo único que resultó fué una especificacion de diagnósticos á cual más variado, y por consiguiente una vacilacion consecutiva en la mente de los médicos que la asistieron. Pero todos, en el fondo, estaban de acuerdo en que se trataba de un caso extraordinario y muy difícil.

Un día, de regreso de un viaje á Europa, me encontré con uno de los médicos de la junta, antiguo amigo excelente que siempre se caracterizó por su tenacidad en el estudio cuando se trataba de resolver un caso difícil y oscuro. Una vez hecha la luz, abandonaba libros é investigaciones, paseaba en grande, iba al teatro, á los bailes, á todas partes donde una mitad de la gente se fastidia y la otra mitad se divierte, y así hasta que un caso semejante lo obligaba al trabajo tenaz. Despues de los saludos, siempre afectuosos, conversamos de temas variados, y por fin me refirió el caso extraordinario de la señora de Marsilio, confiándome á la vez la angustia que le causaba el no poder siquiera vislumbrar de qué se trataba.



—"¿Conoces algo semejante á esto, Conrado?" — me preguntó.

—"No; pero conozco otra cosa. La suma de ilustracion científica que representan todos los médicos que han examinado el caso, no podría ser ultrapasada en ningun país del mundo. No creo que se haya escapado á ustedes ninguna enfermedad conocida, ninguna causa de alteracion de la vida normal; pero hay algo que me sorprende, y es que se hayan retirado sin declarar que: efectos nuevos, causas nuevas. Los efectos han sido estudiados, medidos, comparados, contrapesados; pero ¿cuál es la causa?"

—"Ese es el misterio, y hasta ahí llega nuestra conviccion."

—"¿Y te parece poco haber llegado á conviccion semejante?"

—"Pero es insoluble, Conrado."

—"Mira, Varolio: encontrándome hace poco en Alemania, oí una frase que me llamó la atencion, tanto más cuanto que se la oí á un célebre pintor que es, además, hombre de ciencia: 'El árbol oculta al bosque'."

—"Cosas de alemanes."

—No; cosas de artistas. Ustedes han sido muy sábios: pero no han sido artistas. La ciencia de todos ustedes juntos ha ocultado el caso. Hay un misterio. Eso es una conviccion. Por lo mismo, es una base. Examinémosla. ¿Reside el misterio siempre en el enfermo mismo, ó reside fuera de él tambien? En ambos casos la causa misteriosa radica en el mundo físico ó en el mundo moral, ó en ambos á la vez. Ustedes han hecho innumerables exclusiones. La enferma es de una constitucion de primer orden; ha sido siempre sana, y lo es fuera de estos fenómenos extraños. Su mentalidad es perfecta; su sentimentalidad no tiene nada de anormal. No existe en ella ningun sufrimiento oculto, y ama la vida. ¿Tengo yo el derecho de suponer que ninguno de ustedes haya procurando sondar su alma, habiendo entre ustedes psicólogos de primer orden? No, Varolio, no; me es imposible pensar en un olvido semejante."

—"Tienes razon, Conrado. Excluyamos ese olvido. Ama la vida y no quiere perderla, y hoy con mayor motivo, porque adora á sus nenes. Abriguemos la conviccion más profunda de que no ha tenido secretos para nosotros."

—"Si el misterio no se encuentra en su físico ni en su moral, ese misterio reside fuera de ella. Eso es lo que ustedes han ocultado con el árbol. Fuera de ella están los microbios, y sería un caso extraordinario en el último grado que un microbio patógeno de esa energía inexplicable sólo la hubiese afectado á ella en tanto tiempo, que nadie lo conociera, que no lo hubiesen encontrado ustedes, que su accion desapareciera con tratamientos inócuos en los casos infecciosos, y, más que con el tratamiento, con la vigilancia severa y constante de dos hombres de honor durante veinte días. ¡Y pensar que se habló de 'ingesta' y de 'leyenda'!"

—"¡Pero entonces tú te encuentras por lo menos en la frontera de saber lo que tiene!"

—"No; pero tus datos me autorizan á pensar que el misterio reside fuera de ella, y que no se trata de microbios. ¿Qué hace y qué piensa el Doctor Marsilio?"

—"Está enfermo tambien."

—"¿De lo mismo?" — pregunté con ansiedad.

—"No. Hace algunas noches despertó sobresaltado. Soñaba con cosas de brujería, y que estaban por embrujarlo, para cuyo efecto habían colocado sobre su mesa de noche una gallina negra. Despertó, pues, y vió que la gallina estaba efectivamente allí."

—"¡Pero. . .!"

—"No, hombre, no! Sólo era una gallina subjetiva."

—"Una gallina negra, centrífuga, ¿eh?"

—"Ahora la vé todas las noches; pero lo curioso es que se le ha transformado en una especie de calidoscopio. De gallina pasa á cabeza de perro, de leon, de hiena, se vuelve tacho, sopera... disparates!"

—¡Todo negro, siempre?"

—"Siempre."

—"Bueno, Varolio; siento tener que separarme de tí por el momento; pero ya nos veremos. ¡Ah! como tú me crees en la frontera del conocimiento del caso, te anuncio la probabilidad inminente de que la señora de Marsilio volverá á caer enferma muy pronto y de la mayor gravedad. Adios!"

—"No! Para! Detente!"

El automóvil ya iba léjos.

A los tres días sentí la campana del teléfono que sonaba con ese encarnizamiento de una persona muy apurada.

Tomo el receptor. Me llamaba el Doctor Varolio.

—"La señora de Marsilio está gravísima. La junta te reclama con urgencia!"

—¿"Cuánto le calculan de vida?"

—"¡Media hora!"

—"No hay tiempo. Salven siquiera el diagnóstico: examen espectral de la sangre, que es lo único que habían olvidado. Avisen á Marsilio para que me excuse."

—"Está desde hace dos horas en el manicomio, donde lo tienen enchalecado!"

—"¡Ah! esas gallinas negras centrífugas, subjetivas! ¡Eso era la conciencia de un cerebro inhábil para la lucha de la razon con los sentimientos!"

"¡Ven, Conrado, ven pronto!"

—"Voy; pero no llegaré a tiempo."

Sinembargo, llegué.

—"Doctor Conrado Indienthun!" — dijo poniéndose de pie el doctor Varolio en la sala inmediata al aposento de la enferma, y donde se encontraba en compañía de una parte de la junta, porque la otra atendía á aquella — "quien puede anunciar un ataque con tres días de anticipacion, tratándose de una enfermedad tán extraña, es porque la conoce. Moralmente, usted está obligado á guiarnos."

—"No la conozco; pero la sospecho. No perdamos tiempo. Ustedes me lo exijen. Acato. ¿Qué tratamiento?"

—"Nada. Inyecciones de éter, de cafeína."

—"¿Está cianótica?"

—"Las piernas y parte del tronco."

—"Pronto un baño caliente de media hora, con mostaza y fricciones. Que beba el jugo de un limon con igual volúmen de agua, y que sude despues; que sude todo lo que le dé el cuerpo. Lo demás vendrá más tarde en caso de que reaccione."

Todo se ejecutó en el acto.

—"¿Y la sangre?"

—"Se ha enviado veinte centímetros cúbicos á la Fa-

cultad de Medicina y otros tantos á la de Ciencias.''

—''¿Pero qué es esto, doctor Conrado Indienthun? ¿Usted lo sabe y lo oculta?''

—''¿Me hacen ustedes el favor de decirme en qué se fundan para afirmar que lo sé? Yo no lo sé. Aquí se trata de una simple sospecha que no puede tomar cuerpo hasta que las investigaciones la ratifiquen ó la destruyan. Corre por mi cerebro una idea que no se corporiza. Es algo que he leído hace más de 30 años; pero estoy trabajando como un loco de voluntad desde que supe que esta señora estaba enferma para recordar dónde, en qué libro he leído eso. Afirmar sin pruebas, en este caso particular, es de una gravedad colosal.''

—''Y entónces, doctor, ¿cómo es que receta?''

En ese momento penetró el Doctor Varolio en la sala. Una alegría intensa se transparentaba en su semblante.

—''¡La reaccion se ha producido, desapareciendo la cianosis!'' — dijo.

—''¡Está salvada!''—exclamaron los médicos en coro.

—''Está perdida''—agregué con toda naturalidad, produciendo la estupefaccion consiguiente.—''Su salvacion estaba en la muerte; pero quedará loca, aunque tranquila. Puede ser que la ciencia moderna, sinembargo... Bueno, señores: para completar nuestra obra sólo tenemos dos caminos: ó la investigacion médica con toda la formalidad del secreto jurado y con conocimiento de un miembro de la familia, el hermano de la enferma, por ejemplo, que es un hombre instruído y discreto, ó la investigacion judicial. Elijan ustedes.''

—''Pero doctor, ¡esto es horrible! Un dilema semejante implica la probabilidad de un crimen.''

—''Pueden ustedes pensar lo que quieran. Por mi parte me abstendré de toda afirmacion que no esté documentada y probada. Me han exigido que venga, y he venido. Si ésto es una complacencia reclamo la reciprocidad... Ya es tiempo de sacar á la enferma del baño... Cada hora una copa de agua no fría con 5 gotas de amoníaco. Y á trabajar. Antes de retirarnos ó hemos descubierto el misterio de estos males, y el diagnóstico queda definido, ó volvemos á la oscuridad, si no es que el examen espectral de la sangre revela siquiera la mitad del caso.''

El hermano de la enferma fué puesto en antecedentes relativos a posibilidades vagas; pero consintió en lo que pedíamos, después de manifestarle las condiciones del dilema. En el primer caso podríamos llegar a un resultado cualquiera que el secreto médico salvaguardaría; en el segundo, se produciría un escándalo.

Se trataba de encerrarnos en el gabinete del Doctor Marsilio, y hacer allí nuestras investigaciones. Convinimos en que seríamos cinco, y fuera cual fuese el resultado, se comunicaría á los demás médicos de la junta.

Dicho y hecho.

Teníamos todas las llaves.

Examinamos primero el cajon central del escritorio. Allí estaba la cartera. Contenía lo que contienen generalmente esas carteras. Papel de recetas en blanco, apuntes, algun dinero, unas tarjetas... y cuando íbamos á dejarla de lado, uno dijo:

—''Pero hombre: esta tapa de la derecha parece un poco más gruesa; vamos á ver.''

Y efectivamente, parecía más gruesa. Un pliegue curioso y muy disimulado reveló un secreto. Había allí una tarjeta fotográfica. Una mujer. ¡Y qué mujer! ¡Qué belleza! ¡Qué encanto de expresion y de vida!

—''¡Fulana!''—exclamó Varolio poniéndose pálido.

—''¿Y ésto no te dice nada?''—me preguntó como indignado al ver que no me inmutaba como él.

—''No. Esto no es más que un jalon, un dato. ¿Ha tenido alguna consecuencia social ó privada ese secreto? No anticipes opinion. La opinion vendrá con la suma de los datos. Un retrato en una cartera puede ser un indicio; pero, si no pasa de ahí, jamás podrá ser un cargo.''

Revisando los otros cajones, encontramos entre un monton de folletos, de esos que inundan las casas de los médicos, á cada llegada de paquete, con anuncios de medicamentos nuevos, un libro viejo, con tapas de pergamino, y escrito en latin.

¡Ahí fué la mía! ¡En ese libro estaba lo que tanto había buscado!

Era una obra rarísima publicada en el Siglo XVII: *De Indianorum actis et factis*, escrita por el *P. Josephus Montanus, S. J.*

Abrí el volúmen. Capítulo VIII: *De sortilegiis cum diabolis sylvarum*. No. Aquí no estaba. — IX. *De sortilegiis cum plantis*. Tampoco. — X. *De sortilegiis cum animalibus*.

—''Varolio: tú eres un buen latinista; lée este párrafo. No importa. Léelo en latin, está en latin de cocina y se entiende muy bien. Entre los cinco hemos de poder encontrar lo que signifique alguna palabra oscura.''

Y Varolio leyó...

Cuando hubo terminado, aquellos cuatro médicos estaban pálidos como muertos, y dos temblaban.

—''¡Todos los síntomas, causas, y en parte el tratamiento, están indicados aquí!''—dijo el Doctor Cardióscopo.

—''Bueno. Ahora vamos á buscar esos agentes terapéuticos tan eficaces.''

No tiene objeto recordar con minuciosidad cómo buscamos. El hecho es que detrás de una fila de libros de Medicina, de esos que no consultan jamás los legos, había una cajita de madera con unas cabezas pequeñas de ciertos animalitos que el P. Josephus Montanus señalaba en un párrafo del Capítulo X. *De sortilegiis cum animalibus*, de su libro *De Indianorum actis et factis*, publicado en el Siglo XVII.



—''Señores doctores. He terminado mi cometido'' — dije. — ''Ahí tienen Vds. los antecedentes que han producido ese cuadro de extraños síntomas que han puesto en grave peligro la salud y la vida de esa mujer, dechado de gracia, de belleza, de honor, de virtud y de talentos sociales y domésticos, á causa de un capricho de erotismo intercurrente. La discrecion de Vds. hará el resto; y por lo mismo que soy el primero en respetar su ciencia, no he querido que quedara en blanco en una oportunidad que me era dado salvar con un conocimiento regalado por la casualidad. Con esa ciencia, que está cien mil codos arriba de la que tenían los contemporáneos de *Josephus Montanus*, procurarán sin duda restablecer el funcionamiento de ese cerebro tan fino. Por otra parte, Vds. no ignoran que cuando una mentalidad como la del Doctor Marsilio, en una situacion tan cobarde y tan brutal, empieza á exteriorizar gallinas negras que luego se tornan cambiantes, no tarda mucho el desenlace, el mejor de todos, porque, en su caso, ningun Código le reconoce atenuantes. He dicho; saludo á Vds. con mi estimación habitual, y me retiro.''

Cinco días despues falleció el Doctor Marsilio. Su sepelio fué grandioso. Hubo notables discursos laudatorios de su saber, su talento, su prudencia, su caballerosidad y la nobleza de su carácter. La ignorancia humana derramó estrellas en su tumba, y el secreto médico mudo, inviolado, ha permitido que su viuda, ya restablecida, conserve en su corazon el recuerdo de un amor imperecedero, mientras no aparezca un periodista indiscreto que desmenuce su ídolo de barro''.

Así terminó la relacion macabra el Doctor Conrado Indienthun. Guardó silencio, y todos lo guardamos tambien, inclusive aquellos que habían tenido participacion en los hechos referidos.

E. L. HOLMBERG.

Dib. de Friedrich.



ANGEL NÚÑEZ

I

Sol de Diciembre. Su rayo
Está vibrando en las lanzas,
Sierpes de guerra iracundas,
Jamás de sangre saciadas.
Las hay en forma de espiga,
En forma de fiera garra,
En forma de corazones
Y semejantes a dagas;
En forma de media luna
Y en forma de hoja bizarra
De laurel. Toda una flora,
Toda una flora de moharras.
El cañón de negras fauces
Y enronquecida garganta,
Parece un perro dormido
Bajo aquel bosque de lanzas.

II

Pasan, arroyo por medio,
En vísperas de batalla,
De un lado la horda rocista,
De otro Rivera. La diana
Que a un campamento despierta
Al otro pone en alarma.
El gran caudillo Rivera
Ha prometido a su patria
Con tres batir hasta ocho
Y en tal extremo se halla.
El general enemigo
Pascual Echagüe se llama,
Y aunque estudió teología
Vive entregado a las armas.
Con él viene Lavalleja,
Un viejo sol de arrogancia,
Bronce de guerra fundido
Desde los tiempos de España.
Y Justo José de Urquiza,
El de sabidas hazañas,
El duro rey de Entre Ríos
Que en Pago Largo triunfara.
Y Eugenio Garzón, el jefe
De las espuelas doradas,
Y el ígneo Servando Gómez,
Explosiva llamarada.

III

Con Rivera está Medina,
Alma de toro, si es alma
El que cruzó por la guerra
Como el furor de una carga.
Y Flores, el paladín
De cerros, montes, picadas,
El que a la diestra del Cid
Alvar Fáñez se nombrara.
Y el pardo Luna, un hidalgo,
Magüer no sea sangre hidalga
La que por sus venas corre,
Amigo leal, honra brava.
Y Fausto Aguilar, el poeta,
El de las trovas galanas;
Y Manuel Freire, sereno
Como una vieja montaña,
Y Aguiar y Estivao y tantos
Que ha proclamado la fama,
Y aquel que en la Nueva Troya
Dará fatiga a las armas,
Marcelino Sosa, el émulo
De los héroes de la Ilíada.
Y Angel Núñez, susceptible
Al par de un grande de España,
Aunque descabeza un toro
De un solo bote de lanza.
Ofendido se halla Núñez
Con Aguiar, que se preciara
De más valiente que él
En Cangüé, lance de espadas;
Y eso los guerreros gauchos
No lo olvidan y lo guardan:
La cicatriz de una ofensa
Queda indeleble en sus almas

Como en las carnes se fija
La cicatriz de una lanza.

IV

La batalla se ha empeñado:
Movimiento, luz, pujanza;
Las dos fuerzas se golpean
Y se mezclan sus cuatro alas.
La pelea es a aletazos
Como riña de dos águilas.
Servando Gómez, furioso,
Ha dado catorce cargas,
Y catorce veces rota
Y dispersa quedó su ala.
Urquiza relampaguea
Desde el filo de su espada;
En el pelear todos muestran
El denuedo de la raza.
Entre todos, Angel Núñez,
El coronel, hiere y mata,
León suelto en la contienda
Que en morir busca venganza,
Por aquello del Cangüé,
Por aquella ofensa amarga.
Donde más ruge el peligro
Allí arrecia, allí da caza,
Fiero viento borrascoso
Que voltea cuanto ataca.
La victoria es de Rivera,
Y por montes y hondonadas,
Levantando polvaredas,
La derrota se desbanda.

V

Torna al campo victorioso
Angel Núñez. Todo él sangra;
Rojo el brazo, y el lanzón
Rojeando hasta en el asta.
Ha formado a sus "cuatro indios",
Como él dice, y se adelanta
Solo, al frente de las tropas
Jadeantes de matanza.
Es la viva estatua ecuestre,
Así el bronce la deseara.
A la enérgica vislumbre
Del crepúsculo escarlata,
En el fondo de la tarde
Su figura se destaca.
Tiende el brazo al horizonte
Y con grandes voces clama:
"En todas partes vencimos
Con estos cuatro indios tauras...
¿Y ese general Aguiar?
Díganme en qué sitio acampa,
Porque quiero recordarle
Lo del Cangüé." Dice y calla.
Por los grupos de soldados
Han cruzado sus palabras
Como chispas que tocando
A la pólvora la inflaman.
Y resuena — grito unánime,
Huracán entre las palmas —
Un ¡Viva el general Núñez!
Que en los aires se dilata.
Resuella el hombre bravío
Y del dolor se descarga:
Es el primer general
De su guerrera comarca
Proclamado por las tropas
Sobre el campo de batalla.

VI

Esa noche en los fogones
Suena la dulce guitarra;
La bordona juguetea
Y la prima ríe y salta;
Mientras miran las estrellas,
Compasivas y lejanas,
A los muertos esparcidos
Por cuchillas y cañadas.

Víctor ARREGUINE.

Dib. de Peláez.





NIÑO BRETÓN, por Vila y Prades

Una generación juzgada por otra

La juventud actual

Nuestro ilustrado y activo corresponsal en Londres, señor F. Tarrida del Mármol, con motivo de la aparición de Fray Mocho, *dirigió la siguiente pregunta a los veteranos más ilustres de la intelectualidad europea: "¿Qué piensa usted de la juventud actual?"*

He aquí las respuestas:

Siempre la juventud se ha enorgullecido de su abnegación por las grandes causas, y hoy le ocurre lo mismo.

En Rusia, fué la juventud — hombres y mujeres de menos de treinta años — la que sobrellevó todo el peso de la revolución de los últimos tiempos, y aun en los momentos actuales es ella también la que soporta todos los horrores de la reacción en las horribles prisiones de la Siberia.

Es evidente que la reacción, que impera soberana, produce su efecto sobre la juventud, y es verdad asimismo que ésta siente la influencia de sus antepasados cuando hacen traición a las mismas tradiciones por las que antes combatieron, y arrastran a la juventud por los caminos de la reacción con sus teorías sutiles y con sus sofismas.

Y, sin embargo ¿no estamos viendo ahora una nueva juventud obrera entusiasta, pura y audaz, surgir en Francia, en Italia, en Inglaterra, para volver a las tradiciones de sus padres, pronta a marchar, aun a costa de su vida, hacia un porvenir mejor — el de la revolución social?

La juventud está dispuesta para seguir a los viejos de 1848, de 1871. Hagamos sólo que se inspire en un alto y noble ideal.

P. Kropotkine



Pedro Kropotkine

Censúrase agriamente a la generación que hoy aparece en el escenario de la vida, por su inacción, por su ignavia, por su indiferencia.

Yo me explico la indiferencia, la inactividad, la falta de pasión de los que ahora empiezan a vivir. ¡Si no ven más que ruinas! ¿Es que las ruinas son alentadoras?

La gente moza no puede interesarse por ideales marchitos, por programas envejecidos, por banderías decrépitas, por instituciones que se extinguen, por cosas que se van; necesita nuevos moldes, nuevos cauces, nuevos rumbos, porque presiente que la sociedad humana está a las puertas de una radical transformación. Que se inicie... y veréis la pujanza de la juventud.

Nicolás Estévanez

Nicolás Estévanez, ex ministro de la República Española

No es fácil, para los viejos, saber con exactitud lo que piensan y lo que quieren los jóvenes.

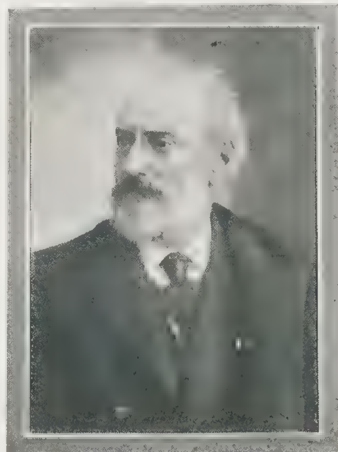
Abrigo, no obstante, la creencia de que, por lo menos en Francia, la separación va haciéndose cada día más profunda y evidente entre los explotadores y los explotados, los amos y los siervos, entre la burguesía y el proletariado.

La juventud proletaria, debido principalmente a la influencia de la acción sindicalista, antójaseme que ha hecho muy reales progresos que la llevan a darse cuenta, cada día con mayor claridad, de su situación social, y a comprender que, de hecho, los gobiernos no son otra cosa que asociaciones de personas interesadas, cuya acción no responde más que a un fin: mantener el estado de servidumbre bajo el que se está aplastando el trabajo, y reprimir y ahogar toda tentativa de liberación.

La juventud burguesa sigue siendo, en su mayor parte, lo que era en tiempo de sus padres: ciega, egoísta, ávida de preponderancia y, sobre todo, de dinero. Esto no quiere decir, sin embargo, que no se encuentren, y cada día en mayor número, elementos dotados de clarovidencia y de cierta generosidad. Estos ven que, bajo la presión del poder financiero, la pequeña burguesía actual es empujada fatalmente hacia el proletariado, que existe ya un proletariado intelectual y que, en fin de cuentas, siendo inevitable el fracaso, hay el mayor interés en no dejar que se acumulen inconscientemente los nubarrones preñados de odio, de donde debe partir el rayo.

La alianza entre esa juventud intelectual y la juventud proletaria ha de cimentarse y consolidarse. Basándose en los datos que suministran el raciocinio y la experiencia, inspirándose en el pensamiento internacional, en la gran ley de la solidaridad, esa alianza representará el más poderoso factor de transformación social, y preparará la era de civilización que debe suceder al egoísmo actual.

C. A. Laisant



C. A. Laisant, ex diputado por París, profesor de la escuela Politécnica y presidente de la "Liga de la educación moral"

Queréis saber lo que opino sobre la juventud de hoy día.

Yo creo que no le preocupan otros pensamientos que el deporte, el football, los placeres, las diversiones, todo, todo... menos las grandes ideas.

De esta generación extravagante, floja y nula, surgirá, acaso, la que pasmará al mundo.

Los viejos del 1848, bajo el imperio, decían lo mismo que digo yo. Y con eso y todo, aquella juventud corrompida y nula como la de ahora, fué la que hizo *La Commune.*

No perdamos, pues, la esperanza.

Ultimamente, no es el diablo tan feo como lo pintan.

Tal es mi humilde opinión.

A. Cipriani



Amilcare Cipriani, famoso agitador italiano

Es el Austria un país verdaderamente hermoso por su naturaleza, pero desgraciado por culpa de su gobierno clerical y aristocrático que sabe hacer frente a todo adelanto intelectual, manteniendo sabiamente rivalidades y odios entre las ocho distintas nacionalidades que componen el país: alemanes, italianos, tchecos, polacos, rutenos, rumanos, eslovenos y croatas ilirios.

La nacionalidad más numerosa, la alemana, por su participación franca en la revolución del 1848, por sus luchas en el último tercio del pasado siglo que trajeron un triunfo momentáneo del liberalismo — hasta en Austria, — y por su resistencia contra la política de expansión en los Balcanes (Bosnia) en 1878, habíase hecho sospechosa a la dinastía reinante que nada olvida, y desde entonces el nacionalismo eslavo se activó por todas partes gracias a la tolerancia latente "de arriba", que sabe muy bien marchar de perfecto acuerdo con las chicanas policiales "de abajo", sin las que, desde tiempos inmemoriales no se hace nada en Austria.



Doctor Max Nettlau, eminente americanista austriaco

La *juventud* de cada nacionalidad se consume, pues, en aspiraciones hacia un nacionalismo que sus ideas tratan de hacer cada vez más "puro", lo que ocasiona los más deplorables extravíos, tales como el antisemitismo de raza entre los alemanes, una predilección por la Rusia despótica entre los tchecos, etc. Toda esta juventud lleva en su corazón un ideal futuro de la independencia de su propio pueblo, basada, en el mayor número de los casos, sobre alguna formación efímera que existió en un pasado lejano.

Se acaricia, así, la idea de unirse a la Alemania, de formar nuevamente el reino tcheco de pasados tiempos, de reconstituir la Polonia y la Federación Uksaniana, de reunirse con la Rumania y con la gran patria italiana, y de constituir el estado esloveno, si no el gran reino servio-croata.

Pero, dentro de la vida práctica, esta juventud, que por sus aspiraciones nacionalistas, olvida ocuparse de verdaderas ideas sociales e intelectuales, relega esos ideales al fondo de su corazón, cuando no al fondo del canasto, y mientras se alista en la política, en la administración, en las profesiones liberales, limítase a un nacionalismo de los más restringidos que no trata desde ese momento sino de vender su influencia al gobierno a cambio de contínuas concesiones nacionales a expensas de los alemanes, el pueblo mal visto "de arriba" y al que se ha disgregado favoreciendo un *soi disant* "cristianismo social" que llevó al poder, en las dietas locales y en las municipalidades, a los grandes hacendados y a los campesinos al lado de los pequeños burgueses de las ciudades, trinidad que estableció un régimen de arrendatarios en la campaña, de hombres de negocios en los centros de población y de clericales en todas partes.

No dejan, por cierto, de notarse esfuerzos mejor dirigidos entre una pequeña minoría de la juventud; existen una joven literatura, un joven arte alemanes, tanto en Viena como en los centros intelectuales de provincia: la juventud tcheca cuenta con numerosas traducciones e imitaciones de cuanto se publica de más avanzado—libertario inclusive—en Francia, y, en general, todas estas agrupaciones jóvenes amantes de su pueblo, hacen un poco de educación popular.

Hay igualmente círculos de librepensadores y agrupaciones de anarquistas. La *juventud obrera*, no obstante, se enrola en el gran partido socialista demócrata, dirigido por jefes hábiles en materia de luchas electorales y de mantener el partido en sus manos como un solo hombre, pero que se oponen obstinadamente a toda idea nueva y ponen a la juventud socialista en guardia contra el sindicalismo, el anarquismo y, en general, contra todo lo que pueda abrir los ojos al "buen ganado electoral". Y el resultado es que las ideas avanzadas permanecen punto menos que ignoradas por esa juventud y que, como consecuencia de los antagonismos entre los diversos grupos de jefes, el nacionalismo va ahora ganando terreno entre la juventud socialista, antes su más resuelta y valiente adversaria.

Lo que sucederá será probablemente esto: que el orgullo y la insolencia de los partidos reaccionarios provocarán, a pesar de tanta clase de obstáculos, una acción paralela de los elementos progresistas de cada nacionalidad. Ya la avidez insaciable de los arrendatarios rurales ha traido un encarecimiento de víveres desconocido que, en el otoño de 1911, fué causa de demostraciones violentas y sangrientas, en las que—fuerza es confesarlo—las mujeres precedieron a la juventud poniéndose en primera fila y arrastrándola también. El clericalismo sostiene una tan encarnizada lucha contra la escuela, todavía protegida por uno de los últimos restos de las conquistas liberales, la ley escolar de 1868, que para resistirle multiplícanse por todas partes sociedades llamadas "Escuela Libre" (Freie Schule), lejanas aún en sus aspiraciones del ideal de las Escuelas Modernas de Ferrer (cuyo martirio provocó también en Austria vivas protestas y sembró el odio contra los verdugos clericales), lejanas, repito, de ese ideal, pero decididas a proteger, cueste lo que cueste, al niño contra los retrógrados.

El Congreso Eucarístico de Viena (septiembre 1912) mostró al clericalismo triunfante haciendo desfilar sus legiones de frailes y santurrones por las calles de la capital. Nada como el espectáculo de esa casta rutinaria que por todas partes nos abruma con su número, reaviva el espíritu anticlerical que dormita, y de esperar es que esto continúe y que la juventud tome mayor participación, cada día, en ese despertamiento.

M. Nettlau

Los jóvenes, impulsados por la savia de la vida, al asomarse por primera vez a la sociedad, hallan todos los caminos obstruídos por el Privilegio.

Culpa es de la humanidad, madre y conservadora de ese monstruo, si la generación que nace, huyendo de él, toma sendas tortuosas para seguir viviendo.

Si al nacer se hallara una humanidad fraternalmente mancomunada, que facilitara racionalmente al nacido desarrollo, educación e instrucción, en vez de convencionalismos y ficciones de carácter religioso y jurídico, la juventud, dando cuanto puede dar de sí, impulsaría infinitamente las facultades humanas hacia la verdad y la belleza.

El gran error está en haber dado crédito excesivo a la vejez.

Areópagos, Tribunales Supremos de Justicia y Senados no valen, ante los conflictos de la vida, lo que valdría una representación de aprendices y estudiantes educados en la Escuela Moderna.



Anselmo Lorenzo, uno de los fundadores de La Internacional

Anselmo Lorenzo

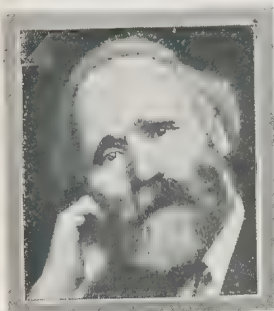
Los efectos de las recientes reformas, sobre la juventud irlandesa.

El mejoramiento de las condiciones económicas y educacionales de Irlanda, ha sido desde el punto de vista sentimental un retroceso. La enseñanza moderna y la creciente prosperidad tienden hacia el utilitarismo y se oponen al desarrollo del espíritu de sacrificio que animó a los padres y abuelos de la actual juventud irlandesa. Sólo entre los muy pobres existe todavía la más bella tradición de un patriotismo que dió mártires a la causa. Puede ser que la nueva generación, con sus ideas mundanas sea la más indicada para labrar, en cuanto a esto, el futuro económico de Irlanda bajo el gobierno propio. Aunque los reformadores irlandeses descontaban este resultado, nunca lo miraron como una razón de peso para dejar las cosas como estaban. "El futuro pertenece a los jóvenes", dijo Mr. Gladstone, y se debe dejarles obrar a su placer.



John O'Connor, gran luchador y diputado irlandés

John O'Connor



James Keir Hardie, diputado de Merthyr en la Cámara de los Comunes, fundador del "Independent Labour Party" de la Gran Bretaña

El visitante ocasional de un país, no se encuentra en condiciones de emitir un parecer sobre su juventud. Por lo que veo en él, el joven americano es un mozo muy vivaz y activo, y de buen corazón. En las universidades, el movimiento socialista tiene una fortaleza bastante poderosa, y la Unión Socialista Interuniversitaria es, para usar un americanismo, toda una institución.

El mejor elemento de la joven América está en pugna con la adoración del Todopoderoso Dollar, excluyente de más altas y mejores cosas de la vida. Este es el signo más prometedor de los tiempos. La juventud es siempre generosa, y el americano joven y educado está por un ideal más elevado que el mero lucro.

J. Keir Hardie

La tendencia actual de la juventud universitaria créola encaminada hacia el realismo. El período romántico terminó ya definitivamente.

El realismo de nuestros jóvenes es con sobrada frecuencia, exagerado, rastrero y con vistas demasiado marcadas al "affairisme" yanqui; pero los temperamentos generosos y enamorados de la nobleza y del ideal — y estos abundan en las razas que pueblan la América latina — no pueden por menos que encontrar en el espíritu realista el equilibrio y la fuerza práctica que realizan las grandes cosas y verifican el idealismo haciéndole fecundo.

Soy de opinión que las ideas de libertad y de progreso han hecho mucho camino entre la juventud de nuestros días.



Profesor Paul Gille, de la Universidad de Bruselas

Paul Gille



F. Domela Nieuwenhuis, leader de los revolucionarios holandeses

El concepto de la autoridad está en baja, y el de la libertad va siempre ganando terreno.

En las ciencias, en las artes, en la educación, nótase por todas partes cómo la idea antiautoritaria prevalece y domina. Y la juventud busca la libertad y es antiautoritaria, porque no se preocupa todavía de la "assiette au beurre" como los ancianos, que la comprenden bien pero que tratan de aprovechar la vida.

No obstante, noto bien claramente que hay también en la juventud una fuerte corriente religiosa, pero esto es porque confía alcanzar más pronto su objeto viendo que esa corriente promete mayores ventajas, pues los gobiernos, recelosos de la práctica libertaria que arrancará de sus manos el poder que procuran conservar,



Magalhâes Lima, senador de la república portuguesa

hacen todo lo posible por continuar siendo los amos y se apoyan en la juventud proporcionándola buenos puestos y grandes provechos. Y la juventud — por lo menos una gran parte de ella — pierde su entusiasmo y es lo bastante hipócrita para ocultar sus ideas, con la mira de hacerse una buena posición.

Pero a nada conduce esto, pues solamente la libertad y el progreso domeñarán al mundo capitalista, para darnos una sociedad libre, de bienestar y de solidaridad.

F. Domela Nieuwenhuis

Puede bien compararse la actual juventud portuguesa con aquella juventud heroica, ardiente, entusiasta, fascinada, con aquel batallón sagrado, con que Pericles engrandeció su gloriosa Atenas.

Si la república portuguesa no tuviese otro sustentáculo, para ampararla e imponerla al respeto del mundo civilizado, ya estaría suficientemente garantida con el apoyo de esa luminosa falanje que representa aún más que el sentimiento, que convierte una patria en invencible, porque representa también la ciencia que caracteriza la política moderna.

Magalhães Lima

La generación actual está mucho mejor preparada que la nuestra, tanto desde el punto de vista científico como desde el social. No tocaré la cuestión científica; esto me llevaría demasiado lejos. Por lo que respecta al socialismo, hago notar sencillamente la actividad revolucionaria de los obreros en España, la lucha heroica en Barcelona, el desenvolvimiento sindicalista revolucionario en Francia, en Holanda, en Italia y, sobre todo, en los Estados Unidos y en Inglaterra donde, en menos de dos años, las ideas del sindicalismo revolucionario se han abierto camino por todas partes entre el elemento obrero.

Y todo esto débese a los trabajos de nuestros jóvenes compañeros. A su energía, a su capacidad para el trabajo y a su abnegación sin límites, debemos nosotros esta eflorescencia magnífica del movimiento socialista en todos los países.

W. Tcherkesoff



El príncipe ruso W. Tcherkersoff, descendiente de los antiguos zares de Georgia, autor de numerosas obras sociológicas en ruso, alemán, inglés y francés



Profesor Jules Félix, ex rector de la Universidad de Bruselas, director del Instituto Internacional de Biología y Plasmología

A mi juicio, la juventud universitaria sufre fatalmente — por ser una molécula de la plasmogenia social — la influencia tendenciosa del capitalismo.

Por otra parte, un clan de jóvenes a quienes mueve un ideal científico, persigue libremente la conquista de la verdad por el método experimental. Estos son los *rari nantes in gurgite vasto.*

La mayoría de los estudiantes universitarios, son adeptos del sectarismo, que sólo se preocupan de adquirir una profesión fácil y lucrativa. Unos, discípulos especuladores de los partidos políticos, tratan de crearse una posición por la universidad *católica* o *liberal,* etc. Otros se especializan por el amor al dinero... fácil de adquirir.

Tales son las tendencias que giran alrededor de una revolución social hacia la humanidad nueva.

Dr. Jules Félix



Profesor F. Bickerton

En respuesta a su pregunta sobre la tendencia de la juventud de nuestros tiempos, debo decir que se dirige a los sports y al éxito, en el sentido material, esto es, hacer dinero. La razón de esto es que tales son los grandes caminos para distinguirse, no habiendo alto ideal ni religión que les atraiga como fundamentales y de aprecio. El espíritu de ayuda, la base de la solidaridad social, es en el desintegrado presente un ideal demasiado ruinoso, en el sentido material, para que les convenga. Esto cambiará cuando los hombres de ciencia estén de acuerdo con el príncipe Kropotkine en que el mutuo apoyo y no la competencia entre los hombres es la única base del progreso humano. La tendencia hacia la unión internacional de los trabajadores es evidencia de que se está produciendo un cambio, como también la santa indignación entre muchos de los bien acomodados.

F. Bickerton



Visiones sublunares

Es augusta y solemne la poesía nocturna
Bajo este plenilunio; en las palpitaciones
De los silencios se oye la marcha taciturna
Del paso de las Horas en lentas procesiones.

El Mundo está cerrado como en fúnebre urna
En la Noche; la Vida tiene respiraciones
De sueño sin ensueños; en la quietud nocturna
Se escucha bien el ritmo de nuestros corazones.

Todo se ha contagiado de tan austeras calmas;
El alma de la Noche penetra en nuestras almas,
Mientras llora la Luna, perla enferma del broche

Del azul, que es a modo de un silencio cuajado
En una inmensa lágrima que no hubiese logrado
Desprender de sus ojos el duelo de la Noche.

Plenilunio; la Noche es como el Día
De esplendente; tan cerca están los cielos,
Que se oye hablar a Dios en la armonía
Del silencio; percíbense los vuelos

De los astros; la Noche se extasía
En su propia belleza; en tenues velos
Cubre la desnudez de su poesía
Frente al Arcano, para darle celos.

¡Noche que eres el Día del Misterio!
¡Dame estar cerca de El, bajo tu imperio!
¡Dame que sea eterno este segundo!

¡A tu luz de milagro, todo crece,
Pues tu Luna, el monóculo parece
Con él que Dios está observando al Mundo!

Paz, insomnio, silencio; Noche clara,
Marco para un ensueño de Julieta.
Todo se envuelve en una luz preclara
Como el mundo en el alma de un poeta.

Como si algo impalpable la tocara,
Corre un susurro por la fronda inquieta;
La Luna a ratos cúbrese la cara
Como una novia que hace la coqueta.

Llegan sin ruido al alma, escanciadoras
De arrobamientos místicos, las Horas
Que pasan y no dejan impresiones...

La Luna en un sonambulismo arcano
Prodiga luz como la abierta mano
De Dios, que repartiese bendiciones.

¡La Noche es una tumba en que la Vida
A prepararse va para la Muerte,
Y es lecho de la Eternidad dormida
En el cansancio del Destino inerte!

¡A su claror confuso, el alma huída
Del Mundo, dentra en su futura suerte,
Pues la sombra, es la luz desconocida
Que la pupila del Misterio vierte!

La Noche ensalma un mundo, echando afuera
El alma de la Muerte prisionera
De la Vida; pues cuando abre su broche,

La Luna es como un reflector sereno
Que proyecta ese mundo extraterreno
En la cámara oscura de la Noche!

Es el éxtasis blanco; sin canciones
El bosque duerme como un monasterio
De cartujos; desfilan procesiones
De sombras en el misterioso imperio.

La cosas se vacían en visiones
Como almas que han dejado el cautiverio;
Arriba, ilustran las constelaciones
El alfabeto mudo del Misterio.



VITAM ÆTERNAM

¿Que ha muerto la poesía? No, señora;
Ni morirá jamás, pese a los sabios,
Que han desterrado el beso de los labios
Y prefieren nacer de incubadora.

Son pobres buhos que la luz espanta
Los que propalan la pueril conseja:
Sobre las ruinas que la ciencia deja
La flor sonríe al sol y el ave canta.

No, no puede morir, usted lo sabe;
Es inmortal, y lo inmortal no muere;
Nada hará nunca que su ley no impere
Ni que el reinado del amor se acabe.

La vida es ella: al ritmo de la lira
La eternidad de la creación se expande;
Por ella sola el universo es grande
Y en torno nuestro el infinito gira.

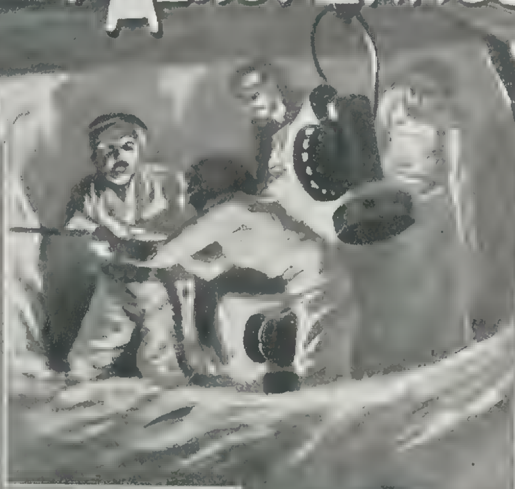
Al quererla matar, la ciencia humana
Lo que cava es la tumba de su orgullo;
La música del beso y del arrullo
Le basta para erguirse soberana.

Hija del cielo que en el alma anida,
Visión de luz del ideal risueño,
Siempre será la maga del ensueño
La que en sus brazos mecerá la vida.

Martín CORONADO.

Dib. de Macaya.

TÚNELES Y AEROPLANOS



La historia del viaje del hombre al través del aire ha sido precedida de la del no menos heroico al través de las entrañas de la tierra.

Entre la Europa central y la meridional se interponía, al parecer inconmovible, el gigante de los Alpes, del que descienden tres de los grandes ríos del continente: el Rhin, el Reno y el Tesino. Cuatro pueblos lo miraban de alto abajo: la Francia, la Italia, la Alemania y la Suiza. El genio y el monte se observaban mutuamente; el primero arrojaba su luz sobre la mole granítica, buscando el sitio en que debía herirla de muerte; la montaña hundía su base en las entrañas de la tierra, esperando el ataque; endurecía su seno jamás tocado; cultivaba en él los gérmenes de enfermedades, hijas de la falta de aire respirable y de luz, que habían de acabar con el obrero que se atreviera a penetrar en él; ocultaba sus crestas en las nubes; amontonaba nieve en su cabeza, y hasta desfiguraba su soberbia actitud, para desviar la dirección del golpe que contra ella se preparaba.

Mucho se vaciló sobre el sitio en que debía abrirse el túnel; los intereses encontrados y los cálculos científicos se chocaban al respecto: la mole del "Lukmanier", sobre todo, atrajo mucho tiempo la atención. Pero, por fin, previo un tratado internacional, se señaló la mole del "San Gotardo" para ser horadada, y comenzó la lucha.

El pensamiento del hombre envolvió en luz aquel monte: sus cumbres, sus faldas, su perímetro, su mismo seno misterioso ya no tenían secretos para él. Se estudia el corazón de un monte en una piedra, como se estudia el de un hombre en una gota de sangre.

¡Aquí!, dijo la ciencia, señalando con el dedo un punto de la montaña.

¡Aquí!, dijo del otro lado, a una distancia de 14.998 metros en línea recta del primer sitio marcado.

Y el 13 de septiembre de 1872, se daba el primer golpe a ambos lados del coloso de piedra; y los obreros emprendían el viaje obscuro al través de la roca, los unos al encuentro de los otros. Llevaban, como norte exterior, la sombra impenetrable, y, como único medio de abrirse camino en medio de ella, la dinamita, que estallaba, haciendo pedazos el corazón de la montaña.

Fué una lucha de ocho años. ¡Y qué lucha!

Los obreros trabajaban desnudos a la luz de las antorchas; el calor insoportable, la falta de aire los extenuaba, los mataba: parecían sombras. Ciento setenta y nueve obreros fueron extraídos muertos de aquel campo de batalla, en que también cayó el general, el arquitecto del túnel, que murió repentinamente en él de una afección cardíaca. Un millón doscientos mil kilogramos de dinamita estallaron en el cuerpo de la roca.

Y nadie cejaba: siempre los de un lado seguían al encuentro de los que, desgarrando el monte, debían venir hacia ellos desde el lado opuesto.

Es la odisea de Vulcano, aprendiz de herrero en el Olimpo. ¡Qué poema se oye en el fondo de ese agujero!

¿Se encontrarían los viajeros?

Un milímetro de desviación al iniciarse la ruta, haría imposible el encuentro, una vacilación un cálculo erróneo, un golpe en falso.

Yo me imagino la impresión que experimentarían aquellos hombres, cuando, el 29 de febrero de 1880, a las 11 y 15 de la mañana, en el corazón del monte, sin aire, sin luz, acaso sin fe absoluta en el poder del genio que les señalaba el camino, sintieron sus mutuos golpes a ambos lados del último trozo de piedra que los separaba.

Este se derrumbó, por fin, y el aire del Norte se fundió por primera vez con el del Mediodía, circuló libre por aquellos quince mil metros de una nueva creación, y los hombres de uno y otro lado se estrecharon entre transportes de alegría y de victoria.



Allí, después de la homérica batalla, todos eran vencedores; el único vencido era el gigante de piedra, que ofrecía al mundo el corazón atravesado.

... ...

Por él cruzaba yo el 3 de junio de 1893, con la rapidez del tren expreso. Y era tal mi estado de ánimo, que, al contrario de lo que yo esperaba, me parecieron cortos los veinte minutos que el tren empleó en atravesar el túnel: cuando salimos de éste, yo me preparaba a cruzarlo. Es ese un fenómeno análogo al que se produce al entrar por primera vez en la basílica de San Pedro. Se la encuentra pequeña. Yo encontré corto el túnel de "San Gotardo".

Y es que la realidad material, por más grande que ella sea, jamás alcanza al poder que tiene el espíritu humano al formarse idea de lo grande; jamás satisface sus creaciones y sus anhelos. ¡Qué prueba tan evidente ofrece ese fenómeno común, de que no está en el mundo el objeto final de nuestro espíritu!

Esa potencia de la esperanza en el alma no ha sido creada sin objeto. Hay un ideal de verdad, de belleza, de felicidad que atrae hacia arriba, siempre hacia arriba. Cuanto más se sube, más se anhela subir, porque la realidad material es siempre pequeña.

Si no está, pues, en la tierra, eso que nos llama, ¿dónde está?

¡Oh inmortalidad! ¡Oh Patria!

Pero si hemos admirado en nuestro viaje los arcos triunfales levantados por los esclavos de la antigua Roma para dar paso a Septímio Severo y Tito y Constantino, césares vencedores, admiremos este arco triunfal de San Gotardo, levantado por el genio y los obreros libres de la edad moderna para dar paso al triunfante espíritu humano, que atraviesa las montañas en pos de su eterno anhelo de felicidad.



Subamos; marchemos hacia arriba: en lo alto está eso que buscamos.

Hoy vamos por las cumbres; casi ya no tocamos la tierra para andar rápidamente. Mañana acaso nos desprenderemos por completo de ella, y salvaremos las distancias por el aire, mirando como enanos los montes que hoy consideramos gigantes. Cuanto más aprisa caminemos, tanto más se achicará el espacio, tanto más pequeña será la tierra, más incapaz de contenernos. Si llegáramos a realizar una carrera de una rapidez infinita, seríamos como Dios: estaríamos al mismo tiempo en todos los puntos de la línea que recorriéramos. Eso es imposible, porque somos limitados; tenemos que estar "sucesivamente" en los distintos puntos de la línea. Pero esa consideración nos sugiere clara la idea de que, cuanto más de prisa andemos, más nos acercaremos al Ser ante el cual el espacio y el tiempo son sólo nombres; al Ser que no se mueve, pues, por el solo hecho de ser infinito su movimiento, como lo son todos sus atributos, dejaría de ser tal, para transformarse en inmovilidad soberana, en ubicuidad misteriosa.

Progresar es acercarse a Dios.

Juan ZORRILLA
DE SAN MARTÍN.

Dib. de Fly.

Páginas artísticas



CORTANDO CAMPO, por Sívori



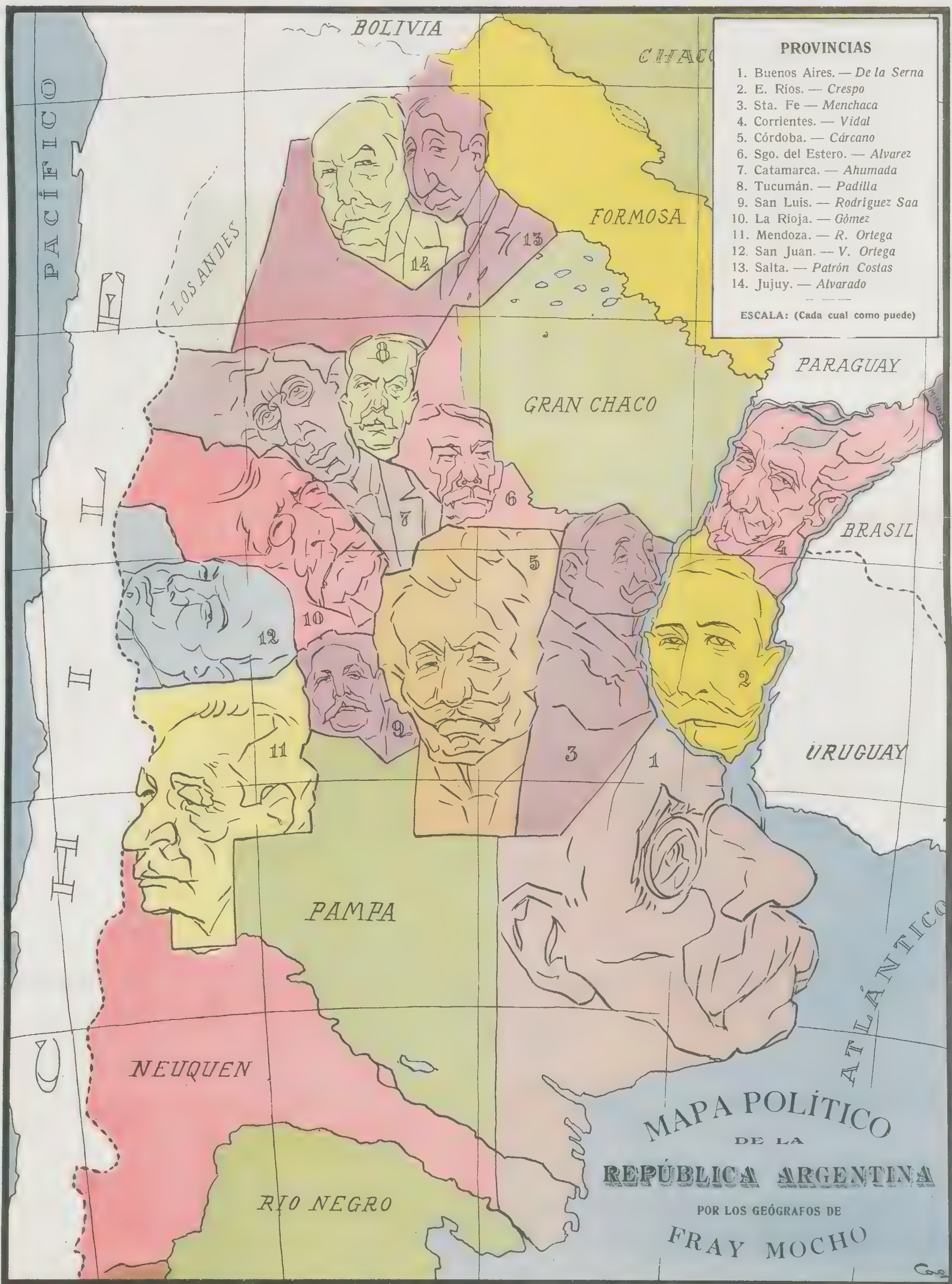
El cáliz de la vida

ORACULO

—"Humildes sembradores de seres y de ideas
dejemos en el surco el germen de la mies:
¡La mies humana!... Extraño conjunto de prescas
de gloria que elevamos sobre triunfal pavés.
Y dudas y miserias e impulsos criminales
que roen y acongojan sin tregua el corazón;
de dulces resplandores de efluvios celestiales
y sombras que ennegrecen la duda y la traición!...
De Thales hasta Nietzche la confusión eterna
enreda su madeja obscureciendo el sol,
su luz majestuosa, no obstante, nos gobierna
y cada nueva aurora nos baña en su arrebol.
Calmando en el estudio la sed de lo ignorado
cifremos en la vida nuestro supremo bien;
ni en la virtud estáticos ni esclavos del pecado,
las perlas del trabajo coronen nuestra sien
Vivamos y sembremos los seres y manjares
que nutren y renuevan la vieja humanidad...
Ya el dueño que gobierna los feudos estelares
con la cosecha humana hará su voluntad!"
Así dijo el maestro con plácida armonía
al grupo de sus fieles adeptos, y añadió:
—"Ved la copa en que bebo mi ciencia y mi alegría,"
y a su mujer que, cerca, feliz le sonreía,
con impudor sublime los labios la besó!

J. LOPEZ DE GOMARA.

Dib. de Castro Rivera.



Con arreglo a los programas de los colegios electorales

REPÚBLICA ARGENTINA

Superficie: 3.000.000 de kilómetros cuadrados, sin contar los terrenos ganados al río... ni las víctimas del arbitraje.

Población: 7.500.000 habitantes, más bien más que menos.

Forma de gobierno: Sáenzpeñista, mestiza de Gómez. Hay tres poderes: sujeto, verbo y atributo. El sujeto es un vate, bello sujeto, que gobierna asistido por ocho de las nueve musas. Tiene la misión de poner en movimiento al verbo, pero suele ocurrir que el verbo no quiere moverse. El atributo es, como el sujeto, un bello atributo.

División política y administrativa: Catorce provincias, diez territorios nacionales, un municipio federal y el Open Door. A los diez territorios los tomó por su cuenta la musa de O. P. El municipio federal está gobernado por un intendente vitalicio. Las provincias se gobiernan como pueden, lo mismo que el Open Door.

Las catorce provincias se dividen en cuatro grupos:

El del **litoral**, formado por de la Serna, Menchaca, Prócoro Crespo (sáquenle el molde a Prócoro) y Juan R. Vidal.

El del **centro**, por Cárcano, Rodríguez Saa, Ernesto Padilla y Antenor Alvarez.

El **andino**, por Ahumada, Gaspar Gómez, Ortega Norte y Ortega Sud.

El del **Norte**, por Patrón Costas (Robustiano) y Sergio F. Alvarado.

De la Serna. Limita al sud con Ramos Mexía; al oeste, otra vez con Ramos Mexía; al norte, con Cárcano, Menchaca y Prócoro; al este, con el río y con la mar. Provincia rica en disgustos políticos.

Menchaca. Al sud, de la Serna y Cárcano; al oeste, Cárcano y el pobre Antenor; al norte, Ramos Mexía; al este, Prócoro y Vidal. Provincia italo-agrícola; especialidad en radicheta.

Prócoro (¡vaya con Prócoro!). Lo rodean los ríos Paraná, Plata y Uruguay, y los arroyos Guayquiraró y Mocoretá.

Vidal. Entre el Paraná y el Uruguay. Al sud, Prócoro (todavía Prócoro). Al nordeste... **Ramos** Mexía.

Cárcano. "Ya se sabe"... donde está. Conviene decir, sin embargo, que tiene por el sud a Ramos Mexía. Muy adelantados los estudios universitarios. A la Facultad de Medicina le van a agregar una Morgue.

Rodríguez (Saa). Está entre San Juan y Mendoza, por el oeste, y Cárcano por el este. Al norte, Gaspar M. Gómez (Joaquín V. González). Al sud, la musa de marras.

El pobre Antenor. Desde luego, limita con Ramos Mexía. Menchaca, Cárcano, Ahumada, Padilla y Patrón Robustiano lo rodean por los puntos cardinales no ocupados por aquél.

Padilla. Es casi la única parte del mundo que no limita con Ramos Mexía. Produce caña. Uno de los departamentos lleva el nombre de Trancas.

Ahumada y Gaspar Gómez. Allá se van los dos, excepto Ahumada que lo tiene por el N. O.

Ortega Norte y Ortega Sud. El primero no lo tiene. El segundo lo tiene dos veces.

Patrón Robustiano. Por el este y por el oeste.

Sergio. ¡Idem, ídem!

Matías JUNCAL.

Vandeján

Fué mi mecenas durante la lactancia periodistica. También fué mi profesor y examinador en el "curso superior" de "valesko" y, luego, quien visó mi tesis.

—*Ya istás dotor in valesko, ya poiedes iscriba in tablas la ley, si quieres. No ti olvides lisiones qui yo ti adió. Mojier no si ascribe "mojer", sino "mojier". Mira como yo pronuncia: ¡"mojier"!... ¿Tienes cigariya?...*

—¡"Aguila", Vandeján!

Yo ti fía. ¿Una paquiete más, qui hace la mundo?...

¿Otro paquete?... Yo le debía como ciento cincuenta paquetes. Más paquetes que todos los paquetes de la flota de la *Pacific Steam Navegation Company*. Porotos, en cantidad, los paquetes de la calle Florida.

Y llegó el día fatal de la despedida. De cincuenta pesos mensuales y fraccionados que ganara en *El País*, ascendí a setenta, en *El Siglo*, igualmente mensuales, y ultra fraccionados (otorgaban vales de "a un peso" y a cuenta de mayor cantidad). Sondereguer, aun no había escrito sus *Fragmentarios*.

—¡Vandeján: ha llegado el momento!— le dije a quema "pereira" y con aire y gesto de orador anticarcanista.

—*¡Quí pasa!*

—¡Ha llegado el momento!—repetí con voz austera.

Tienes tiempo pir paga qui debes.

—¡Ha llegado el momento solemne y triste de la despedida, Vandeján!

¡Dios mía!... ¡Ti vas?... ¿Pir quí ti vas?... ¿Quí pasa?...

¡A *El Siglo*, Vandeján!

—*¡A "La Siglo"!... ¿Otra diario qui sale?...*

—Otro diario que saldrá mañana, Vandeján.

¡Mijiorando ...

¡En veinte, Vandeján! Espero con el tiempo, quedar al día con mi cuenta de cigarrillos.

Ya sabes qui yo no ti apura. Alguna día mi pagarás qui debes.

Algun día (*El Día* de La Plata), Vandeján, con seguridad.

Yo no ti apura.

Y agradecido, profundamente agradecido, me colgué del cuello de Vandeján. Tiernisimo y prolongado abrazo.

No ti amociones. La vida istá la vida... Mi legra qui mijiores. Ya sabes qui yo istoy tu migo... Si alguna ves pasas cirquita di mi cajón, no ti olvides, mi saludas. La vida istá la vida... ¿Tienes cigariya?...

—"Aguila", Vandeján.

—*Toma una paquiete como ricoerdo.*

—Gracias. Pero, apúntalo, Vandeján.

—*¿Pir quí?... Va ricoerdo. ¿Una paquiete más, quí hace la mundo?...*

Nos despedimos. Yo, muy convencido que me despedía para siempre.

En Bahía Blanca, diez años después.

Mi pareces cara qui yo conoció un ves más antes qui ahora.

Levanté la vista. Luego la mano derecha, con 0.30, en níquel.

¡Vandeján!

¡La mismo! Sola qui pasaron más dies años. La vida istá la vida... ¿Ricoerdas 'La País"?... ¿Y "La Siglo"?... ¿Quí haces pir Bahías?... ¿Ricoerdas tiempo qui pasó?...

Yo recordé muchas cosas: los paquetes... la *Royal Mail*... Tomasito de Anchorena.. Carlos Rodríguez Larreta... los sueldos fragmentados...

Tomá, Vandeján.

¡Dieja!... ¿Otra paquiete más, quí hace la mundo?...

Félix LIMA.





El abanico.

Una mano piadosa y tal vez romancesca
Lo salvó del oprobio del juzgado y la ley;
Desde entonces conservo la joya plateresca
Donde el artista puso oro sobre el carey.

En el país se apaga la escena pintoresca,
— Trasunto de las guerras del Católico Rey —
En donde se confunde la prez caballeresca
De airones castellanos y turbantes del Bey.

Vino en caja de sándalo de tierra de Castilla,
Animó con sus vuelos los bailes de mantilla,
Conoció los saraos del tiempo colonial,

Alcanzó todavía los últimos salones,
— Gloria del miriñaque y de los peinetones —
Y hoy sueña en la vitrina su historia señorial.

Raúl MONTERO BUSTAMANTE.

Dib. de Castro Rivera

Un mal paso

Cuando Juan, tras un día de ausencia, aportó por la casa llevando consigo a Ismael, Rita no pudo ocultar su desagrado:

—¡Estábamos tan bien sin gente extraña!—dijo a su hombre una vez a solas.

—¡Es un compañero! — alegó hoscamente Juan.—Ha hecho propaganda en Chile y viene fugitivo, miserable, enfermo... ¡Cumplo con un deber!

Rita, sin replicarle nada, sintióse invadida por la antipatía, por la prevención... Su atildamiento de mujer ordenada no las iba con aquel sujeto pálido, desabrido, mugriento, de ojos que humillaban con su frío mirar.

Lo sentaron a su mesa; a la noche fué preciso tenderle un colchón en el cuartito utilizado para comedor.

Parecía muy instruído y hablaba con una énfasis autoritario. Rita le odió:

—¡Ah, el orgullo del desarrapado, con sus barbas de terrorista de melodrama y sus plásticas actitudes de marqués!

Mas los días pasaban y el aspecto del "extraño" cambió. Prolijamente rasurado, Rita pudo notar que sus facciones eran finas: audaz la nariz; los dientes de lobezno, largos y apretados; la boca sarcástica. Pero lo que siempre le desagradaba en él, eran los ojos, con su energía dura, acerada, humillante.

Notándolo fuerte, Juan lo presentó a su patrón, un constructor italiano que en su mocedad se las diera de libertario. Quedó admitido, tras una simple advertencia:

—¿Camarada de seguro?... Bueno ya saben que en el trabajo no admito discusiones ni discursos.

A las dos semanas Ismael, que desconocía todo lo relativo a construcciones de cemento armado, era tenido por uno de los más hábiles operarios.



Al convencerse de la traición, Juan montó en cólera:

—¡Ah los muy canallas!

Iba a tumbar a puntapiés la puerta, cuando reflexionó: ¿Qué ganaba con trincarlos del cuello, y valido de sus puños atléticos, estrangularlos allí mismo, sobre el lecho profanado?

—¡Nada!—pensó Juan, que, sin ser un filósofo, tenía "sus ideas".

Acaso las "ideas" de Juan fueran un poco vagas, algo caóticas, sobradamente demoledoras para los tiempos que corren... Las había adquirido sin método, sin orden, sin concierto, leyendo a Kropotkine y frecuentando "veladas sociológicas".

Y las "ideas" eran en este caso las que aconsejaban a Juan prudencia, mucha discreción y tacto. Aquello no podía terminar con la violenta celeridad de un drama de Calderón. Estaba la perspectiva de un proceso enojoso y agobiante; la visión de una cárcel impía...

En el fondo la "cosa" era bien vulgar. El habíase unido a Rita libremente. Desde entonces iban transcurridos cinco años. Cinco años pasados en común, sin más períodos álgidos que aquellos en que, estallada la huelga, Juan pagaba con unos días de encierro las "ansias redentoras".

Su honor—¡oh, que deleznable prejuicio!—no sufría poco ni mucho con la conducta de Rita. Pero, como hombre, en el más zoológico sentido del vocablo, no podía tolerar que un "advenedizo" se le llevara de pronto lo que más suyo creía.

Era un absurdo quizá; una inconsecuencia acaso; tal vez Bakounine no las fuera con este afán de dominación...

Pero—¡y de ello se daba buena cuenta Juan!—ni Reclus, ni Grave, ni nadie, por más formidables análisis que practicara, lograría conseguir que, en hombres fuertes y sanguíneos como él, estuviesen las ideas por encima de las pasiones.

En consecuencia, pensó que debía aniquilar al "otro" por el medio menos comprometedor.

Y mientras se le ocurría este, fué hasta un almacén, donde bebió ginebra, quitándose con el alcohol el gusto a sangre que le escarabajeaba en la garganta...

Pasaron cinco días. Al sexto, Juan e Ismael recibieron orden de ir disponiendo las vigas finales de la construcción. Alto y gallardo resultábale al propietario su edificio.

—¡Con cuidado!—recomendó el arquitecto desde el penúltimo piso, viendo el avance de los dos obreros, que marchaban por el murallón con un pesado tirante al hombro.

En la escalera ya, el arquitecto fué alarmado por cierto clamor sordo, al que sucediese infernal estrépito en la calle.

—¡Se ha caído un hombre!

La gente afluyó llena de curiosidad y de zozobra; los albañiles iban y venían azorados; rasgaba los aires el silbato de un vigilante...

—¡Un hombre muerto! — repitieron horrorizadas muchas bocas...—¡Un hombre muerto!

. . . .

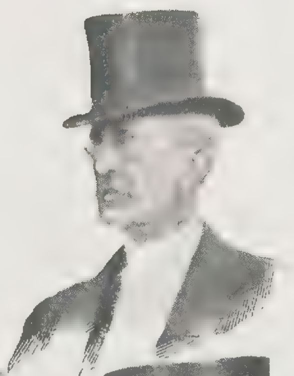
En presencia del juez, Juan declaró sereno:

—¿Era usted su amigo?

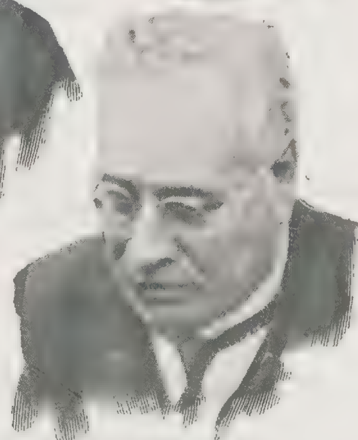
—Tan amigo que lo tenía en mi casa. ¡Fué un mal paso, señor! ¡En esta vida todos estamos expuestos!...

Vicente A. SALAVERRI.

Dib. de Peláez.



¡QUÉ SE AFEITEN!

Unos afectuosos
y otros estirados,
¡qué bien estarían
todos afeitados!
  Puede que dijeran
los murmuradores:
—¿Estos son ministros
o "toreadores"?
  Puede que pensaran
los que viven sólo
para armar batuque
contra el protocolo,
viendo sus extraños
rostros abaciales:
— Todos son lo mismo.
¡Todos son iguales!
  Pero no por eso
saben detenerse,
porque así es muy fácil
rejuvenecerse,
y el que necesita
siempre del revoque,
pensará con rabia:
—¡Qué bello es don Roque!

Luis GARCÍA.





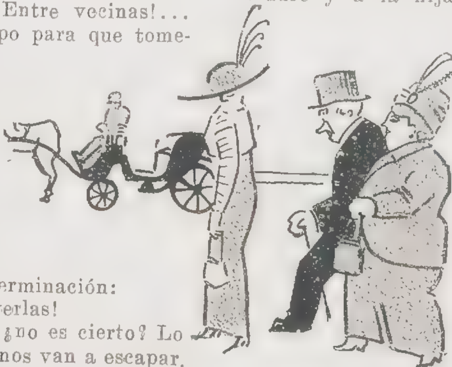

Los Montanas y los otros

—Usted dirá: "¿Qué manera de meterse en casa ajena", no es cierto? Pero como la puerta estaba abierta, me dejé de cumplimientos.

La razón era obvia, al menos aquella vez, y doña Lucía convino en ello:

—¡Valiente, doña Rosa! ¡Entre vecinas!... Pase adelante. Llega a tiempo para que tomemos juntas un matecito.

—Es que venía a avisarle una cosa. Las Montana van a salir ahora nomás. Ya tienen el coche a la puerta.



—¡Por favor! — exclamó doña Lucía. — ¡Dígame usted qué gente, Dios mío! ¡Qué espectáculo!...

Y tomando una súbita determinación:

—¡Ah, pero tenemos que verlas!

—Por eso venía a avisarle, ¿no es cierto? Lo que sí, si no nos apuramos, se nos van a escapar.

—Yo estoy como usted ve, pero no importa. Más vale andar así, que deber al almacenero y al carnicero.

No era condición indispensable andar "así", para pagar al almacenero, y muchas señoras que andan peor no le pagan nunca. Pero doña Rosa participaba de la lógica de su amiga, y tampoco era la ocasión de discutir, cuando las Montana podían escapárseles.



Las dos se fueron a la puerta, y al poco rato apareció una de las Montana, la hija, y allí se estuvo un momento, en el umbral, mientras salía la madre. Ni siquiera se saludó con las dos amigas, pues ellos eran gente "de otra categoría". (Esto se dice haciendo un undoso ademán a la altura del rostro, y saludando profundamente con la cabeza). Doña Micaela solía decir que "en vez eran unas orgullosas", y añadía muy enfática: "¡Y con tanto orgullo, se pintan la cara!" Nada tenía que ver lo uno con lo otro, pero ella lo añadía.



—¡Mírela que espectáculo!—exclamó doña Rosa.—¡Mírela, otro sombrero! ¡Y como es tan bonita, la niña!...

—¡Dígame si no es un derroche! Para eso y para pintura tienen plata, ¿no es cierto? Fíjese qué pegotes colorados en la cara.

—¡En cambio,—continuó doña Rosa, muy sofocada y contoneándose de indignación—en cambio, no tienen para pagar al almacenero!

Quizá tuviesen—¿lo sé yo acaso?—pero no le pagaban, eso no. Ningún almacenero podía vanagloriarse de que los Montana le hubiesen pagado una sola vez. Todo se lo llevaban de llapa. A los Montana les iba bien con este sistema, y no querían cambiarlo. Supongo que dirían: "Más vale malo conocido, que bueno por conocer".

Ahora bien, ¿la conducta de los Montana para con el almacenero, no era digna de la execración pública? Y si lo era, ¿cómo las mujeres del barrio no habían de ir a espiar a la madre y a la hija, cada vez que salían a la calle, sobre todo puesto que "se pintaban la cara"? Esto cae de su peso. Así, pues, iban todas, doña Rosa, doña Lucía, doña Micaela, las hijas de doña Micaela (que ya tenían uso de razón), la mayor cantidad posible de señoras y señoritas. Nada había tan concurrido como la partida de las Montana. Las unas espiaban de incógnito, a través de las persianas; las otras, desde el zaguán, asomando la cabeza cubierta con un pañuelo y escondiendo la escoba detrás de la espalda; las demás desde la puerta, haciendo que miraban allá lejos la exótica aparición de la corte de Siam. La vista del coche, del colorete, de los sombreros, servía para mantener vivo el fuego de su indignación contra unos seres "que se daban tanto tono y no tenían para pagar al almacenero".



Ustedes dirán: "Este tipo se entretiene criticando la curiosidad de las mujeres". Plancha. Este tipo, como ustedes se toman la libertad de llamarle, no dedica "sus energías" a semejante cosa, que por lo demás ha sido ensayada infructuosamente en otra época. Quería tan sólo expresar cuánto chocaba en el barrio, que los Montana "se diesen tanto tono, y no tuviesen para pagar al almacenero". Y en efecto, no había nadie a quien no le chocase. El marido de doña Micaela, que era procurador; el de doña Rosa, que "hacía bernís" (según decían), el de doña Lucía, que era un buscavidas (hasta pintaba payasos en carnaval), y otros maridos que eran o hacían diferentes cosas, tenían la costumbre de tomar juntos una copa en el almacén, a eso de las seis de la tarde. En tales ocasiones la conversación solía recaer sobre los Montana, y cada cual decía lo que tenía que decir. "¿No era

un trapalón el viejo Montana?". "¿El hijo no era un calavera?" "Sí, por cierto; y más valía tomar la copa en el almacén, de pie junto al mostrador, y no deber nada a nadie, que andar de gran confitería, de gran coche y de gran teatro, y deber a cada santo una vela". Era una gloria oirlos, mientras por sus gaznates espartanos circulaban las bebidas adulteradas que les servían en el almacén. El almacenero les ayudaba, sosteniendo que el viejo Montana y su hijo "harían mejor en trabajar". El hijo quería ser abogado, "para embrollar a la gente" (el procurador se descargaba adentro todo el vaso, cuando salía esta hipótesis), y el viejo, "qué hacía el viejo; no vivía del presupuesto?" "Si yo subiera al poder—continuaba—ya les iba a enseñar a todos esos. ¿Quieren darse corte? Muy bien, no me aparto, pero primero, a trabajar. ¿Yo no estoy todo el día metido detrás del mostrador?" Y añadía: "Aquí hace falta un Rosas, en este país". Y luego contaba las cosas que había hecho Rosas, en este país y en la Banda Oriental.



El almacenero no era un santo. A juzgar por el vino que me vendía, no era un santo. Pero



le gustaba presentarse como ejemplo a las generaciones. Ya lo decía él: "¿Yo no estoy todo el día metido detrás del mostrador?" Y probaba la eficacia de esto: "¿Con cuánto empecé yo? ¡Con nada!" Y era verdad, con nada. No era menos verdad que muchas personas honorables empezaron también sin nada (o con nada) y seguían lo mismo, pero esto es únicamente lo que se llama un fenómeno en términos científicos. A los dependientes del almacén, verbigracia, les ocurría este gracioso fenómeno, "y eso que trabajaban como burros", para emplear su expresión favorita.



El viejo Montana hubiera podido refutar al almacenero. ¿No le daba vergüenza a don Carlos, decir que había empezado con nada? ¿Cómo es que, habiendo empezado con nada, tenía tan pronto un capital como el suyo? Eso es, ¿no le daba vergüenza decirlo? Y sobre todo, ¿cómo tenía el coraje de decírselo a sus propios clientes?

El viejo Montana hubiera podido refutarlo; pero los Montana no tomaban parte en el debate. Ellos habían llegado al barrio sin conocer a nadie en él, y con nadie habían trabado relación. Se habían instalado en la mejor casa, salían en coche y en automóvil, debían al almacenero y a quien cayese, y nada más. Estoy seguro que nunca supieron que eran objeto de la animadversión del vecindario, y que por su culpa "aquí hacía falta un Rosas, en este país". Un día desaparecieron como habían llegado, sin ofrecer a nadie su nuevo domicilio. El almacenero les soltó detrás el procurador, pero ellos eran más linces.



¡Qué ricos tipos aquellos Montana! Dios me libre de ser su proveedor, pero ¡qué ricos tipos! Y la muchacha, con pintura y todo, no era fea. Eran unos pelagatos no les quepa duda, pero en el barrio "aparentaban" lo que nadie allí había osado aparentar hasta entonces. ¡El barrio!... El barrio, en el fondo, creía de buena fe que en realidad eran gente "de otra categoría", y hubiera sido un gusto verlos rebajados al nivel de los que pagaban al almacenero. El día en que ellos también pagasen, ese, principiarían a bajar. Entonces ya no habría plata para coche ni para colorete.

Pero ellos se obstinaban en no pagar a nadie, los malditos Montana. Y al barrio le dolía más eso que los comestibles y bebidas adulterados y el sistema métrico reducido.



Ahora, ¡cuántas cosas han pasado desde la desaparición de los Montana! Muchos otros vecinos se fueron también, y el negocio de don Carlos no existe ya. Se quemó una noche, por un acto espontáneo de comedimiento, y ahora el dueño pasea por Milán con su familia. De todo aquello, sólo queda el recuerdo entre los viejos vecinos, y una lección de moral que a ciencia cierta no ha podido saberse cuál es.

Enrique M. RUAS.

Dib. de Macaya.

Balance de Año



Al terminar el año, hacen balance
el noble Don Quijote y Sancho Panza;
habita el soñador una guardilla
y el escudero una mitad de cuadra.
Sancho vive de usura y compra-venta;
Quijote de ilusiones y esperanzas
y cada cual, del año que agoniza,
la pérdida examina y la ganancia.
Apoltronado en su sillón, observa
el escudero el libro de su caja
y sonríe al mirar la enorme cifra
que deja su fortuna asegurada.
Y Sancho filosofa. Llegó a América
hace veinte años ya. Salió de España
cansado de sufrir las tonterías
del ridículo hidalgo de la Mancha.
Todo eso del honor meticuloso
pertenece a otros siglos y a otras razas;
hoy sólo es caballero aquel que es rico;
y más útil que el yelmo y que la adarga
es el tanto por ciento de los préstamos
o el rigor de la ley hipotecaria.
Por la borda del barco que le trajo
arrojó la conciencia y las abarcas
y Sancho entró en América dispuesto
a triunfar por las buenas o las malas.
La victoria fué suya; los millones
en los bancos le dan producto y fama,
su nombre resplandece en los negocios,
tiene tienda, automóviles y chacras.
Cierto que con el frac y la chistera
queda patente su figura zafia
y que sigue tan bruto y tan grotesco
y que todos se ríen cuando él habla.
Pero Sancho, a su vez, también se burla
de la gente sabihonda y literata
que conoce a los clásicos de Grecia
y no puede pagar una tostada.
Contemplando la cifra del balance
sonríe satisfecho Sancho Panza...

——

En cambio, Don Quijote, en una pieza
que habita en compañía de las ratas,
a la luz de una lámpara de aceite
hace balance de una empresa vana.
Derramó su amistad y su dinero
donde los reclamó una justa causa,
defendió al desvalido contra el fuerte,
amparó la virtud atropellada
y en poder de venteros y yangüeses
quedaron libros, armadura y lanza.
La ropilla manchega, mal zurcida,
pregonó la derrota de la hazaña,
y la legión de Sanchos, al mirarle,
rió con mofa de su pobre facha.
Y Don Quijote, al terminar el año,
piensa en lo inútil de su ideal jornada
y no ve redención... ¡porque él no sabe
hacer guarismos ni vender patatas!

V. SERRANO CLAVERO.

Dib. de Navarrete.





Problemas de Actualidad

Dígase lo que se quiera, tenía razón don Miguel de los Santos Alvarez: "Bueno es el mundo"... Sí, los que se portan bien son premiados aquí abajo. Algún antropoide encaramado a las cumbres, no basta como fuente de pesimismos.

Suele, sin embargo, mediar tan espantosa distancia entre la mentalidad de los actuales encumbrados y sus innegables prodigios negativos de poco antes, que el corazón vacila, y la cabeza, aterrada, prefiere achacar a ficción la realidad espeluznante de los hechos.

El caso de don Nicandro Pisafuerte siempre me pareció típico, comparando su brillante categoría de hoy, su prestigio oficial y sus literaturas, con lo que prometía su horizonte ideológico hace cinco años. Positivamente, dan ganas de pensar con la cabeza: ¡Esas son fábulas!

En 1907, don Nicandro era vagamente estanciero y algo así como un embrión de caudillo. Su bárbaro buen humor, cierta tendencia a asimilar frases como "la constitución es el fortín" (no el baluarte) "de la libertad", y, sobre todo, el pingüe negocio de unas vacas adquiridas por cinco y vendidas por cien, acabaron por darle tanta notoriedad en el pago, que don Nicandro decidió hacer un viaje de hombre rico a Buenos Aires.

Nada tímido y con la cartera repleta de billetes de a quinientos, Pisafuerte hizo honor a su apellido. La ciudad, con sus angostas calles desbordantes de "gringos atareaos", como decía él, le pareció, naturalmente, inferior a su pueblo del Vinagrillo, donde ni para remedio había maturrangos. Y la desilusión llegó al colmo, cuando a los dos días de hacer comparaciones desagradables, se descompuso el tiempo y se puso a llover a cántaros.

—¡Aura sí que me jorobé de lo lindo!—murmuró—viendo correr el agua desde la ventana del hotel, mientras se envolvía en el poncho como si fuera a cruzar el potrero de la estancia.

Y conforme había de dirigirse a un café, enderezó a una panadería.

—Oiga, amigo panadero,—exclamó golpeando el mostrador con el rebenque.—¿No tiene tortas fritas?

—No, señor, aquí no se hacen.

—¡Pues, amigo! ¡Miren qué panadero chambón que no tiene tortas fritas!

—Qué quiere, señor. Fuera de pan, tortas y bizcochos, no nos conviene amasar otra cosa. Nadie compraría...

—¿Cómo que nadie compraría? ¿Y yo no estoy aquí pa comprar tortas fritas? ¡Y me sale con que no le conviene!

—Sí, señor, pero...

—¡Qué pero, ni qué pero, pueblero inorante! ¡Que no sabe que cuando llueve se comen tortas fritas en el partido del Vinagrillo, y ande quiera que haiga criollos?

Y con el sombrero en la nuca y los ojos echando chispas, don Nicandro no acababa de apos-

trofar al panadero, quien no sabía qué hacer: si despedir al intruso o dejarle libremente proseguir en sus denuestos.

A todo esto, haciendo coro a las risitas disimuladas de algunos chicos y sirvientas esparcidos en la panadería, un joven alto, de simpático aspecto, seguía sin perder una sílaba el pintoresco alegato de don Nicandro; y aprovechando un claro en la turbonada, se arriesgó a decir:

—¿Me permite?

—Le permito, amigo. Usté no tiene cara 'e panadero, y si lo fuese, seguro que m'iba a ofrecer lo que ando buscando.

—No, señor. Solamente quería decirle que si



usté es del partido del Vinagrillo, conoce a don Pascual Otero.

—¿Pascual Otero? ¿Y cómo no lo voy a conocer, amigo, si estoy cansao de matiar y churrasquiar con él casi dende que nació? ¡Somos amigazos viejos con Pascualito!... ¿Y usté quién es y diáunde lo conoce?

—Yo soy sobrino de don Pascual.

—¡No diga, mozo! ¿Conque usté es sobrino de Pascualito?... Mucho gusto, don... Nicandro Pisafuerte, pa servirlo.

—Joaquín Otero, a sus órdenes.

—¡Qué don Juaquín! Vamos a ser amigazos como con su tío, le garanto. Y digamé, si puedo servirlo en algo. ¿En qué se ocupa?

—Soy corredor de harinas, señor. Y si usté necesita para su estancia, casualmente dispongo de una partida espléndida y baratísima. Novecientas bolsas, de mi flor.

—¡Y cómo nó, amigo! ¡Cómo no le voy a comprar, nada menos que a un sobrino del aparcero viejo! En seguida vamos a cerrar trato.

Dos meses después, don Pascual Otero, "el tío", encontró a don Nicandro en la capital del Vinagrillo.

—Che, Pascual, mirá lo que son las casualidades. Dicen qu'en pueblo grande ni los perros se conocen. Y en una panadería, nada menos, vine a conocer a un sobrino tuyo, muy simpático, un Juaquín Otero con quien hice un negocio ¡así!

—¿Joaquín Otero? Sí, como nó...

—No, hombre, sino t'imaginás la cosa. Yo que andaba pensando en tráirte un regalo lindo, un pretal de plata o unas riendas con virolas de oro pa tu bayo encerao—¿sabés?—o cualquier cosa; y en eso se me viene al pelo la proteción de tu sobrino. ¡Fijáte! ¿Qué mejor regalo pal amigo viejo—pensé—que ayudarle la familia? Y áhi no más, me le acomodé comprandolé—carito ¡eh! pa que ganara el mozo—novecientas bolsas de harina.

—¡Novecientas bolsas! ¡Qué bárbaro! ¿Y pa qué querés semejante cantidá de harina, Nicandro?

—¿Pa qué? En cuanto llueva, verás, con la vieja ¡qué atracón de tortas fritas!...

No han pasado más que cinco años. Don Nicandro Pisafuerte, o Pisajuerte, como dicen sus enemigos, es hoy una autoridad en cuestiones económicas, y también en asuntos literarios, filosóficos, etc. Es miembro del "High Life Club", y el año próximo dará conferencias en la Sorbona. Además, es doctor, según todos los ordenanzas de la casa de gobierno.

Yo no lo entiendo, ni nadie lo entiende.

Carlos CORREA LUNA.

Dib. de Peláez.



I

Una sociedad exclusiva de abejas y gallinas concluirá forzosamente mal; pero si el hombre interviene en aquélla como parte, es posible que su habilidad mercantil concilie a los díscolos societarios.

Tal aconteció con la sociedad Abejas-Kean-Gallinas. Tengo idea, muy vaga por otro lado, de que aquello fué una cooperativa. De todos modos, la figuración activa de Kean llevó la paz a aquel final de invierno, desistiendo con ella las abejas de beber el agua de las gallinas, y evitando éstas incluir demasiado el pico en la puerta de la colmena, donde yacían las abejas muertas.

Kean, que desde hacía tiempo veía esa guerra inacabable, meditó juiciosamente que no había allí sino un malentendido. En efecto, la cordialidad surgió dando a las abejas un bebedero particular, y teniendo la paciencia, todas las mañanas, de limpiar el fondo de la colmena, arrastrando afuera las larvas de zánganos que una prematura producción de machos había forzado a sacrificar.

En consecuencia, las gallinas no tuvieron motivo para picotear a las abejas que bebían su agua, y éstas no sintieron más picos de gallinas en la puerta de su colmena.

La sociedad, de hecho, estaba formada, y sus virtudes fueron las siguientes:

Las abejas tenían agua a su alcance, agua clara, particular de ellas; no había, pues, por qué robarla. Kean tenía derecho al exceso de miel, sin poner las manos, claro está, en los panales de otoño. Las gallinas eran dueñas de la mitad del maíz que Kean producía, así como de toda larva que cayera ostensiblemente de la piquera. Y aun más, por una especie de tolerancia de tarifa, era lícito a las gallinas comer las abejas enfermas, y los zánganos retardados que se enfriaban al pie de la colmena.

Fué éste el pacto más bien sentido de cuantos es posible hacer entre comedores de sus mutuos productos, y en el espacio que media de septiembre a enero, sólo agradecido bienestar hubo en la colonia. Las gallinas, particularmente, que en las secas heladas de agosto habían visto suspender su maternal tributo a Kean, esponjábase ahora de esperanza al sol caliente, acelerando luego su plenitud echadas a la siesta con las patas en vertiginoso turbión de hélice.

Las abejas, a su vez, tras el fugaz pánico de las tardías heladas que habían quemado las nacientes yemas, lanzábanse fuera de la colmena en zumbante alborozo, enloquecidas por el perfume de un súbita florescencia. Veinte días de sol y viento norte habían fijado la savia en nuevas yemas, y mientras el campo se azulaba de flores, en el monte negro los lapachos se aislaban en un pompón de campanillas rosadas.

Pesadas de miel, las abejas caían sobre la piquera en tal profusión, que Kean debió agrandar la entrada de la colmena, y aun cepillar a las abejas que se adherían en racimo en las paredes de la colmena — mal hábito que, bien lo sabía Kean, indica o demasiado calor interior o exceso de abejas. Exceso, sí; y Kean se preguntaba cómo y por qué no habían enjambrado ya.

A fines de octubre retiró la primera alza, con ocho espléndidos marcos. Si Kean y su familia no gustaban mucho de la miel, tenían en cambio amigos que la adoraban. Este excesivo amor a sus panales dióle una luz brillante, aunque económica, que consistió en sustituir los 8 grandes marcos por 24 secciones, permitiéndole así esta subdivisión halagar dulcemente al círculo de sus amigos.

De esta manera, la obtención de miel, que para Kean era una empresa casi secundaria, tornóse de repente en grave problema, y esto coincidió para su fatalidad con los primeros síntomas de enjambrazón de que dieron señal las abejas.

Kean tenía dos chicos, hasta ese momento de salud perfecta. El mayor cayó de pronto con gastroenteritis y sus inacabables corolarios muco-membranosos. Pasado el período álgido de intolerancias bizarras, hallóse que

la criatura digería maravillosamente la miel — siendo este fluído, por lo demás, agente curativo de su dispepsia. Visto lo cual, Kean refrenó su prodigalidad de panales y se dispuso a hacer provisiones para el invierno.

Ahora bien, la primera condición para una espléndida cosecha de miel, es tener abejas italianas, y las de Kean eran negras, modestas abejas negras originarias — por aclimatación durante siglos — de la selva de Misiones, donde Kean las había cazado.

Como no podía pensar en una súbita renovación de sus colmenas — Kean no era rico, — pidió a Buenos Aires una reina italiana, y aun con riesgo de dejar huérfana a su colmena más opulenta, mató a la reina indígena, introduciendo en su lugar a la rubia princesa de Italia encerrada en su cajita, cuyo cartón azucarado las abejas comenzaron a roer en seguida.

Nada más difícil que hacer aceptar a una colmena una reina extranjera, por poco que desconfíen de la estirpe. De aquí la maniobra que antecede, a objeto de que las huérfanas puedan acostumbrarse al "zep-zep" de la real intrusa.

Las abejas de Kean aceptaron con inmenso júbilo a la reina extraña, y poco después aquél tuvo el placer de ver brillar al sol el alborozado vuelo de sus princesas italianas.

¿Italianas?... Aquellas bandas del abdomen no eran doradas, sin duda... Y Kean cayó entonces en la cuenta de que habiéndose olvidado de pedir una reina "fecundada", un vulgar zángano negro era el padre de sus nuevas abejas, de donde éstas resultaban sencillamente híbridas.

No era sólo el olvido suyo lo lamentable. Las híbridas son maravillosamente fecundas y buenas recolectoras de miel; pero a la vez son dadas al pillaje y terriblemente irascibles. Aun así Kean las miró con ternura, pensando en la abundante cosecha que obtendría.



II

Fué a fines de diciembre cuando el primer enjambre zumbó en la quinta suficientemente para que Kean, que volvía del bananal, oyera el ruido desde lejos.

Cuando se ve salir un enjambre de gran volumen, la impresión más tenaz es la de que no se sabe cómo puede haber tantas abejas dentro, y de que no van a concluir nunca de salir. El enjambre era prodigioso, y apenas bastaban los 15 centímetros de entrada para el violento escape, pudiéndose creer que viejas obreras de dorso pelado, velludas, recién nacidas, zánganos y reinas desertarían en bloque de la colmena. Kean corrió a llenar la bomba irrigadora, y presto la fina lluvia abatió a las abejas en una rama de mandarino.

Dado el volumen del enjambre, Kean esperaba que su colmena no se subdividiría más. Pero doce días después, el zumbido de llamada tornaba a inundar la quinta, y aunque esta vez el consorcio estaba en casa, el enjambre subió girando sobre sí mismo, y se alejó hacia el monte. Kean, que corría tras él con la cabeza al aire, pudo seguirlo un rato entre la maleza, pero al fin se detuvo rendido, mientras allá arriba, sobre la cima de los árboles, el enjambre se alejaba en girante traslación.

Cuando las abejas proceden así, sin aterrizar antes en racimo, es para marchar con destino marcado a ocupar tal hueco de árbol que las abejas han explorado ya. Este proceder, sin embargo, no agradaba a Kean, quien recordó a sus asociadas las mutuas obligaciones contraídas de una y otra parte. Pero las abejas le hicieron comprender que si la miel, su propia miel que producían, era en cierto modo propiedad exclusiva de Kean, no se había hecho jamás mención del derecho a enjambrar. Y este derecho entendían ellas ser inherente a su propia existencia, no pudiendo por consiguiente ser incluído en el compromiso de usufructo mutuo que habían hecho con el hombre Kean.

La objeción era leal, y Kean no se quejó; pero esperó otro motivo de disgusto para enterar a su vez a las abejas de los derechos que creía tener él mismo a la salud de su hijo, comprometida si la producción de miel cesaba. Y debería cesar, puesto que los enjambres huían. El momento llegó, una cálida mañana de febrero. La anormal agitación de las abejas, su vivo zumbido y ese vaivén de inquietud característico, indicaron a Kean que las abejas se aprestaban a enjambrar. Con verdadero tacto expuso a aquéllas su contrariedad, que éstas rechazaron firmemente. Kean se retiró de nuevo, pero acto continuo, con una lata de kerosene y un cortafierro, fabricó lo que se llama "guarda entrada", cuyo objeto es impedir que la reina salga de la colmena, y que consiste en una chapa metálica perforada con calibre tal que las aberturas, deteniendo a la reina, den paso suficiente a las abejas. La tarea, al parecer sencilla, llevó toda esa tarde a Kean; pero al anochecer, la lámina quedaba ajustada a la entrada de la colmena.

La madrugada siguiente, al renovar el agua de las gallinas que seguían cariñosamente tras él, Kean deploró el nuevo estado de cosas, y aún pensó melancólicamente qué mutua cordialidad reinaría aún en la colonia, si en vez de las abejas, fueran las gallinas quienes producían miel.

La esplendidez de la mañana auguraba novedades en el colmenar, y en efecto, a las diez menos cuarto, Kean, que leía a la espectativa junto a su mandarino, vió salir el enjambre que zumbando en frenética espiral comenzó a alejarse. Bien que seguro del diámetro de sus perforaciones, Kean empezaba a dudar un poco de su mecánica cuando las abejas, sin saber por qué ni cómo entre aquellos millares de insectos vertiginosos, se dieron cuenta de que la reina no estaba con ellos. Las espiras se dilataron en loco zumbido de consternación, y el enjambre entero se precipitó de nuevo en la colmena — que era precisamente lo que había provocado Kean, no permitiendo salir a la reina.

Llevado sin embargo por un último escrúpulo, abrió esa tarde la colmena para cerciorarse una vez más de que su población no era excesiva. No lo era, no; y si en los marcos había quince celdas de reina, y sus asociadas se disponían a un enjambre secundario, era debido a esa delirante fiebre de colonización que lanza a veces a las abejas fuera de la colmena madre en cuatro, seis y hasta doce enjambres sucesivos, tan bien que el último está formado únicamente por reinas vírgenes — regia aventura de princesas sin trono que al caer la tarde volverán consternadas al palacio materno, a cuya entrada serán acribilladas a saetazos por sus mismas nodrizas.

Kean sufrió la tentación de extirpar las celdas de aquellas infantas inútiles, ya destronadas antes de nacer. Pero como gracias al guarda entrada — que impidiendo nuevos enjambres evitaría por lo tanto nueva eclosión de reinas — la reina madre debía sacrificar a sus posibles rivales, se abstuvo. Además, en la sien derecha y en el cuello tenía dos manchas lívidas. Y pensó que si por abrir la colmena había merecido dos picaduras, algo peor pasaría al poner en las sacras celdas sus manos regicidas. El resto del día nada anormal se notó. Kean podó sus cocoteros, cepilló algún eucalipto, y respiró por la frescura de su noche subtropical.

A la mañana siguiente, y lo mismo que veinticuatro horas atrás, las abejas fueron proyectadas de la colmena en violento chorro. Su tenaz espíritu de expansión las lanzaba a enjambrar de nuevo, y el vertiginoso globo volteó otra vez sobre la colmena, desesperadas de fuga y vida propia.

Cinco minutos después el enjambre huérfano tornaba a la colmena; pero cuando Kean pretendió levantar la tapa para echar una ojeada adentro, una nube de abejas se lanzó — no contra su cara — sino sobre el tul en que aquél había envuelto discretamente su semblante sospechoso. Alejóse unos pasos, oyendo entonces reiterar en agudo zumbido a su redeor, el derecho a enjambrar que él les negaba con su lata de kerosene. Kean, las manos bien hundidas en los bolsillos, objetó que si el derecho

a enjambrar era bien de las abejas, no resultaba menos cierto que tenían también el deber de no hacerlo mientras la colmena tuviera capacidad suficiente. Y era penoso que colmenas tan bien hechas se vieran vacías en casi su mitad, siendo en último caso lamentable que él, hombre, debiera recordarles que una colonia populosa se defiende mejor que tres débiles, y que cuatro o cinco enjambres mezquinos producen menos miel que una robusta colmena.

Las abejas zumbaron que la miel — sobre la cual parecía girar todo el intelecto del hombre presente — le pertenecía una y mil veces; pero no el modo de producirla. Esto es cuanto podían decir.

Y fué así como se apagó y entró en la noche, la última fase de una sociedad extraña que pudo haber sido un encanto.

III

A las doce en punto, poco después de almorzar, sobrevino la catástrofe. Un momento antes el enjambre había salido de nuevo para retornar a la colmena. La abejas exasperadas por la constante violencia y por la torpeza de la reina en seguirlas, la habían matado. Kean, que a las once pasó por allí, pudo ver tendida en la piquera, sola y al sol, a la augusta abeja, traspasada de aguijonazos. Volvió en seguida; pero obligado a salir de nuevo, esta vez a pie, ató su caballo a un poste del tejido de alambre, sin tiempo para observar, como hubiera deseado, lo que pasaba en las colmenas.

Hasta ese instante no se había notado el menor indicio de ataque. Por eso cuando la mujer de Kean vió entre las palmeras, al lado del corredor, algunas abejas que zumbaban con aguda cólera, no se preocupó excesivamente, satisfecha con llamar a su hijo mayor que charlaba con las semillas de los eucaliptus, y con entrar bajo el corredor el cochecito en que dormía su pequeña.



El mayor de repente lanzó un grito:

— ¡Ay, mamá!

La mujer de Kean corrió, y antes de darse cuenta de lo que pasaba oyó otro alarido de su hija. Al alir afuera, se sintió terriblemente picada. El aire estaba ensombrecido de abejas furiosas. Con las manos en la cara, tropezando, enloquecida de saetazos, corrió hacia su hijo que llegaba ya hasta ella gritando de terror.

La mujer de Kean hundiólo desesperada entre sus faldas, y sintió entonces un brusco vagido.

—¡Ah, la nena! ¡Dios mío! ¡corre al comedor, mi hijo, corre!—Y empujando violentamente a la criatura, se lanzó a la cuna.

La cara de la pequeña desaparecía bajo la nube de abejas. La madre, gritando de horror, limpió del rostro aquella horrible cosa pegada, y arrancándola del cochecito entró a su vez en el comedor. Pero las abejas, enloquecidas de furia entraban tras ella, y tuvo que encerrarse en su cuarto desesperada, y clamando a gritos con su hijo. Entonces oyó la voz alterada de su marido:

—¡Julia, óyeme! ¡No salgas! ¿Los chicos están contigo?

—¡Sí, en mi cuarto! ¡Pero ven en seguida! ¡Julita se muere, Kean!

Kean, acribillado a su vez de picaduras, alcanzó a ver mientras corría el tejido de alambre deshecho, a su caballo por tierra, el patio oscurecido de abejas y cuatro negros chorros que continuaban y continuaban saliendo de las colmenas.

Vió en seguida al entrar que el varón, aunque con cara y manos fuertemente picadas, no ofrecía peligro alguno. Su hija...

—¡Mira, mira!—le gritó su mujer consternada.—¡Se nos va a morir, Kean! ¡Alma mía, desgraciada criatura! — sollozó devorándola con sus ojos desesperados.

Kean se extremeció. No había allí sino un cuerpecillo de bebé con una monstruosa bola de carne por cara, en que boca, nariz y ojos desaparecían en una vejiga lívida.

Kean abrió la puerta al comedor, y una nube de abejas se lanzó a su encuentro acribillándolo de nuevo a aguijonazos.

—¡En la cuna, bajo el mosquitero! ¡Los dos! ¡Ponte el velo! — gritó Kean cogiendo el suyo y saliendo de nuevo.

En cinco minutos el Primus dispuso grandes vendajes de agua casi hirviendo, y envolvió a la criatura de pies a cabeza. Renovó las compresas a los diez minutos, y durante cuatro horas los vendajes continuaron sin interrupción, hasta que al cabo de ellas Kean y su mujer pudieron respirar. El pulso se levantaba y la fiebre e hinchazón cedían por fin.

Julia, quebrantada, se echó entonces a llorar dulcemente

— ¡Figúrate que pensaba dejarla en pañales por el calor! — sonreía a su marido con los ojos llenos de lágrimas. — ¡Cuando pienso!...

—Sí, para estos casos son útiles las mantillas — repuso él bromeando, a fin de levantar el ánimo. Y al mirarse por primera vez en la cara, se echaron a reir sin querer. Kean no veía con el ojo izquierdo, y su mujer lo hacía medianamente con los dos.

¡Ahora, nosotros! Pónte compresas, y pónle también algunas a Eduardo, aunque el hombrecito es fuerte. Yo voy a seguir con Julita.

Muy tarde ya, cuando el sol caía, Kean pudo salir un momento a ver a su caballo. Estaba muerto de varias horas atrás, con la hinchazón característica que producen los venenos animales. Echó una ojeada a las colmenas, una fría mirada de transeunte. Una tras otras, las híbridas enloquecidas volvían a recogerse con la caída de la noche, mutiladas, hartas de pillaje y locura asesina. En un poste del tejido de alambre, vió aún veinte o treinta abejas aguijoneando, con un furor que duraba seis horas, la madera inerte.

Kean se extremeció otra vez. Lo que no había querido decir a su mujer es que posiblemente los ojos de la criatura estaban tocados.

— Si Dios no hace un milagro... — murmuró.

La sombra crecía; y en la súbita frescura Kean, sacándose el sombrero con el velo, arrojó en un brusco suspiro crepuscular la fúnebre opresión de toda esa tarde, que se llevaba, en girante pesadilla de abejas, la vida de su caballo y la belleza de su hija.

Horacio QUIROGA.

Dib. de Friedrich.


Fc. Coppini

PLEGARIA

Eros, ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?
Se dirían crisálidas de piedra
De yo no sé qué formidable raza,
En una eterna espera inenarrable;
Los cráteres dormidos de sus bocas,
Dan la ceniza negra del Silencio,
Mana de las columnas de sus hombros
La mortaja copiosa de la Calma,
Y fluye de sus órbitas la Noche:
Víctimas del Futuro o del Misterio,
En capullos terribles y magníficos
Esperan a la Vida o a la Muerte...
Eros, ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?

Piedad para las vidas
Que no doran a fuego tus bonanzas,
Ni riegan o desgajan tus tormentas;
Piedad para los cuerpos revestidos
Del arminio solemne de la Calma,
Y las frentes en luz que sobrellevan
Grandes lirios marmóreos de pureza,
Pesados y glaciales como témpanos;
Piedad para las manos enguantadas
De hielo, que no arrancan
Los frutos deleitosos de la Carne
Ni las flores fantásticas del alma;
Piedad para las pulcras cabelleras,
— Místicas aureolas —
Peinados como lagos
Que nunca airea el abanico negro,
Negro y enorme de las tempestades;
Piedad para los ínclitos espíritus
Tallados en diamante,
Altos, claros, estáticos
Pararrayos de cúpulas morales:
Piedad para los labios como engarces
Celestes donde fulge
Invisible la perla de la Hostia;
— Labios que nunca fueron,
Que no opresaron nunca
Un vampiro de fuego
Con más sed y más hambre que un abismo. —
Piedad para los sexos sacrosantos
Que acoraza de una
Hoja de viña astral la Castidad;
Piedad para las plantas imantadas
De eternidad, que arrastran,
Por el eterno azur,
Las sandalias quemantes de sus llagas;
Piedad, piedad, piedad
Para todas las vidas que defiende
De tus maravillosas intemperies
El mirador enhiesto del Orgullo...

¡Apúntales tus soles o tus rayos!...

Eros, ¿acaso no sentiste nunca
Piedad de las estatuas?...

Delmira AGUSTINI.

Dib. de Macaya.

Roma

—¡A las dos de la mañana, en el corazón del invierno, a pic desde la orilla derecha del Tíber hasta la *Piazza delle Terme!*

—Sabéis que mañana dejo Roma. Quise antes de partir, buscar una emoción muy honda, una compenetración del alma muerta de la vieja ciudad con mi alma fatigada por las evocaciones. He recordado demasiados versos latinos, versos italianos, elocuencias de plaza pública o de senado; páginas muy nobles, muy sutiles y muy crueles; líneas y colores, fascinación de los ojos. Me faltaba aún el verdadero latido de la antigüedad, del medio evo, del *cinquecento,* dentro de mi propio ser; me faltaba sentir que mi espíritu, como el de un fakir hindú, se alejaba de mí, por un instante y venía a reemplazarlo un viejo espíritu, contemporáneo de todas las generaciones. Recordar, evocar, imaginar, no es nada; es preciso renacer.

¡Mi última noche de Roma! Yo sabía que me esperábais, amigos míos, en este pequeño gabinete, lleno de luz y de flores; que los tapones del vino espumoso se esforzaban por saltar, saludando mi llegada; sabía que de tiempo en tiempo os acercábais con impaciencia a las ventanas, y recorríais con la vista la plaza luminosa y desierta, donde la fuente de las Náyades, deja oir la fresca risa de sus surtidores, frente a las viejas ruinas de las termas de Diocleciano... Pero me faltaba una emoción; la última... y ya la tengo. Ahora soy vuestro.

—¿En el Coliseo?... ¿En el foro de Augusto?... ¿Bajo el arco de Constantino?... ¿Junto a la columna de Trajano?... ¿Tal vez en la plaza de San Pedro o frente a San Juan de Latrán?...



—No, no. Oid. El Tíber es más viejo que el imperio y que el pasado y su voz es la única que nos queda entre las voces que aclamaban los triunfos, excitaban a los gladiadores o maldecían a los bárbaros de ojos azules y de cabellos rojos. Fuí por las márgenes del sacro río; llegué al *pons Ælius,* el puente de Sant'Angelo. La noche era clara todavía. En este momento la luna comienza a ocultarse detrás de las colinas. Cuando llegué fosforecía aún sobre las aguas. El frío atería. Ningún transeunte retardado hacía resonar sus pasos en las calles dormidas. Me aventuré por el viejo puente, solitario, entre la doble hilera de estatuas gigantescas que parecían saludarme. Iba creciendo frente a mí la masa sombría del castillo de los papas, bajo su San Miguel de bronce, esclarecido por la luna. El castillo de Adriano el Sabio, de Antonino el Piadoso, sepultura y fortaleza de emperadores, de papas, de señores; prisión de artistas, de conspiradores y de heréticos; centinela de la tiranía y del fanatismo, testigo de todas las grandezas y de todas las miserias, vestidas de andrajos o de púrpura.

Llegué delante de los negros muros; me deslicé junto a ellos; rodeé los torreones detrás de los cuales veía redondearse la mole colosal y aplastadora; a lo lejos se dibujaba vagamente la cúpula de San Pedro. Volví al puente. A derecha e izquierda dos escaleras de piedra se pierden en el río. Descendí hasta llegar a los últimos tramos. Me senté en las gradas, rozando casi el agua; hundí una mano en ella y empecé a soñar.

El Tíber corría delante de mí sombrío y turbio. Agucé el oído para escuchar su monólogo; parecía contarse a sí mismo alguna vieja historia en una lengua extraña, gutural y monótona. Alguna vez el cabrilleo de la luna le daba ojos que me miraban; la torre desmesurada de Sant Angelo se inclinaba para oirlo; detrás de los murallones del río creía ver empinarse a la distancia las columnas de los templos paganos, los arcos de triunfo de los césares, las agujas y los campanarios de las basílicas de Cristo, y a sus pies los viejos palacios donde tenían sus nidos las aves de rapiña de los tiempos medios; los prelados del Renacimiento, artistas y voluptuosos; los capitanes fríos y terribles como sus espadas.

La nueva Roma, la Roma de la Italia nueva, no existía para mí. Yo estaba en el centro de un inmenso cementerio, donde salían de sus sepulcros, bajo la luz de la luna, para bañar sus huesos en las aguas sagradas del Tíber, los esqueletos de cien generaciones desaparecidas para siempre; los guerreros primitivos, rústicos y supersticiosos; los viejos sacerdotes que entonaban cantos místicos de una poesía nebulosa y bárbara; largas teorías de hombres rudos y toscos en cuyas cuencas parecía encenderse un fuego extraño; el pueblo formidable que vislumbró su fuerza, como pudieran las gotas unidas de una ola contra los peñascos de la orilla; los conductores de legiones, los domadores de seres humanos, mitad fieras, mitad dioses, los que inventaron los grandes goces y los grandes suplicios, seguidos por leones y panteras que les lamían las manos; el grupo armonioso de los que aprendieron la lengua apolínea; los que reformaron con sudor y con sangre, en todos los extremos del mundo, la obra de la naturaleza; los que abrían sus brazos para asemejarse a una cruz e inclinaban sobre ellos rostros para asemejarse al galileo mártir.

Después la multitud sin nombre y sin número, aproximando a sus labios el borde de sus escudos, para lanzar una vez más su espantable alarido; los tiranos que se destrozaron entre sí durante mil años; los ungidos que bendecían con una mano, blandiendo con la otra sangrientas espadas; los que ajustaban las coronas de las sienes extranjeras; los aventureros audaces y terribles; los que levantaban al mismo tiempo cárceles, palacios, templos, patíbulos y lupanares; los que luchaban como lobos, como zorras o como serpientes; los que predicaban el bien, la verdad, la dulzura, la belleza, el dolor. Y la cohorte de los poetas, de los artistas, de los sabios...

Roma infinita, eje del mundo...

¡Cuán fría estaba, amigos míos, el agua del Tíber! Retiré la mano porque me sentía helado hasta la médula.

¿Sabéis qué camino he seguido para llegar hasta la *Piazza delle Terme?* El corso Vittorio Emanuele, la vía del Plebiscito y la vía Nazionale: el camino de cualquier romano de nuestros días. Podía ser de nuevo contemporáneo de mí mismo, puesto que ya tenía mi emoción.

Ricardo **JAIMES FREYRE.**

Dib. de Hohmann.

BELLEZAS DE CONVENTILLO

No se entienda, por el título, que tratamos de definir o que hemos descubierto un nuevo género de belleza. La satisfacción de exponer a la clara luz meridiana cosas nuevas.... muy viejas, gócenla los estetas, los inmortales o los inocentes.



A nosotros nos basta con haber sorprendido con la máquina fotográfica, la escena pintoresca que surge del conjunto de rasgos gentiles, de formas armónicas y de actitudes soberanas y a las que la alegría de vivir entona en una suave tinta común a todos los niños de todas las esferas sociales. La línea de belleza clásica de Julita Aguirre o de Aurorita González, el encanto de unos ojos negros como los de María Esther Fernández y Matilde Díaz, la serenidad siempre enigmática de unos ojos claros como los de Enriqueta Nogueira, la artística desenvoltura del fumador precoz cuyo nombre ignoramos porque ante la sorpresa del tic-tac de la instantánea huyó despavorido, la expresión sana y picaresca del cachafaz, la penitente lavandera, la cocinera graciosa o el valiente canillita en ciernes, claro está que hubimos de encontrarlos tras una larga peregrinación por los conventillos de Buenos Aires. ¡Y vaya si hay conventillos en Buenos Aires y si hay niños en esos conventillos! ¡Y cómo creen las pobres madres de los niños pobres, como todas las madres de los niños de todo el mundo, que sus hijos son los más hermosos!

*

—¿Qué quieren, doña María?

—Han de ser inspectores a la fija, misia Carmen, y no se acuerdan sino de venir a incomodar a los pobres. Y van a salir con que si el agua de jabón se va a la calle, si alguna verdurita está en el suelo, si...

—¡Ay, caramba, se me va la espuma!... Y esas curiosas, fijesé, abandonan todo pa dir a juntarse como moscas al terrón de asúcar... Y mire la mocosa aquella... se lo traga con los ojos al jailaife. ¡Estas chiquilinas!

—Tiene a quién parecerse, misia Carmen...

—Pero algo pasa... Voy a ver. Echemelé una ojeada a la olla, doña María.

—Vaya, y... cuénteme..., Sí, algo pasa...

. . . .

—¡José! ¡Josesito! ¡Pepe! ¡¡Pepee!!!

—¡Qué hay misia Carmen!?...

—¡Que vienen a fotografiar los niños bonitos!

—¿Los niños bonitos?.... ¡Antonia!, ¡Tomás! ¡Manolo! ¡Elena! ¡Elvira! ¡Asunción! ¡Pedro! ¡Eduardito! ¡Carmencita!, vengan pronto...!

*
* *

—¡Al mío, señor! Retráteme al mío,... Vea, ya le cambié el vestidito... Retratemeló.

—Pero, señora...

—¿Por qué no me lo retrata?

—Será porque su hijo tiene la cabeza muy grande, doña Antonia...

—¡Ah! Si es por eso, señor... disimule la cabeza y fíjese en la carita...

*
* *

—Es mi nietecilla... Retrátela usté y verá qué buenita que es. No le dará ningún trabajo... ¡Quite usté con ese estropajo e adefesio de delante! Deje que el zeñó retrate a mi nietecilla primero, vamo...

*
* *

—¡Pero que chica! Señor, si es el demonio... No puede tener un vestido limpio dos minutos. Y los zapatos se le disparan de los pies ¡Andá, Leonor, a calzarte, y subite esa pierna del calzón, hija del diablo!

—Déjela, señora. Está bien así.

—Si es un momentito, no más, se-



"La toilette matutina".—Julita Aguirre, morochita de rara perfección de líneas, empolvando a su amiga Matilde Díaz

ñor. Tiene un vestido con pintas rosas....

—No la cambie. Si la cambia me va a echar a perder la figura.

—Es claro, ¡como no van a murmurar de usted!...



María del Río, rubia. Piedras, 1282



Amalia Rondón, 1 año. Calle Ituzaingó, 219



Amada Evia, rubia. 7 años. Ituzaingó, 219

—Ya le dije que se haga a un lado. Déjeme pasar con mi Ruperto.

—Primero yo. No faltaba más. Mire qué pretensión. ¡Primero el suyo, ese escuerso e chico!... ¿Qué va a comparar con mi Arsenia?...



"La diversión del pobre"

—No me tire la lenjua... ¡que ya me está quemando la sanjre!



Matilde Díaz, morocha de ojos renegridos. Conventillo de las "14 provincias"



Aurora Paterson, rubia, 5 años



Leonor Serena, 5 años, morocha

—¡Que se le queme hasta el... moño, gringa'el diablo! ¡Estas extranjeras, que todo se lo quieren llevar por delante!

—¡Calle, calle, que más le valiera no dar que hablar a la gente!...

—¿Qué dice?

. . . .



"Los gorditos".—Lola Sauvaní Castro, Antonio Cardía y Aurora Vázquez, de 5 a 6 meses de edad. Estados Unidos, 253

—¡Por favor, señoras, que ya me ligó un arañazo!...
—Disculpe...

* * *

—Aura sí que me ha embromao... Y por darle gusto no más voy a quitarles el fonógrafo a los nenes. Está bien. Y después viene mi hombre y usté le va a aguantar el desfile e piropos que levantan roncha y hasta la mano si cae al caso—y la tiene muy pesada—porque no está pronto el puchero... Déjelos que se entretengan hombre. Cuanti más que el fotografista los ha sacao y dice que es un cuadro, pues...

—¡Jezú! Y ahora l'a dao por tóo lo arto.... Me tiene usté de tango hasta la coroniya!...
—Vamos... ¡Cuidado con el señor que quiere que le regalen con óperas!









Carmencita Garrido, rubia de ojos verde esmeralda. 3 años

Antonio Sauvaní, entrenándose para "canillita"



Enriqueta Nogueira, rubia de ojos claros. 4 años





Delfina Pedrosa, 5 años, morocha. Estados Unidos, 353

lla... Veanló al hijo e la tierra e María Zantiízima...





"Pasando el rato". — Rosita Grillo, muy rubia, hija de italianos. Catamarca, 349

— ¿Va usté a zacá o no vá usté a zacá el moliniyo ese?...

— ¡No me dá la gana!

— Pué entonce lo voy a zacá yo...

— ¡Atrevasé! Atrevasé y sabrá lo que es una crio-

Ayudando a la mamá.—Haydée Martinini, una preciosa morocha, hija de italiano y argentina

— Sí, a lavarle los pañales a esa... cargosa!..

— Diga, ¿no me escracha?...

Una morocha y una rubia... María Esther Fernández, morocha, y Aurora González, rubia, Bolívar, 558.

— Curiosa. Curiosa, te he dicho...

— Pero ¿qué hay, mamá?...

— Hay... ¡Curiosa!....

— Pero si están retratando a la Pichuca, mamá...

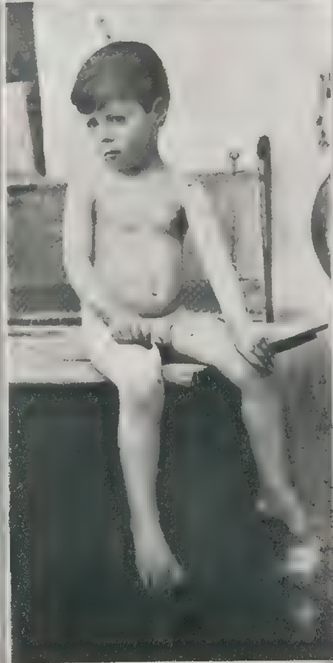
— Y yo no lo sé.... ¡Camine a la tina, he dicho!



"La lavandera", Petrona Mascisco



Nieves Evia, 2 años, rubia



Antonio Sosa. 4 años, rubio



—¿Y cómo te llamás?

—José Baldomero...

—Piantá e la luz. Te llaman "el cachafaz"...

—Es que muchas veces...

* * *

—Diga, después de mi hermanita ¿no podría retratarme?

—Pero si usted...

—¿No soy linda?...

—Al contrario. Es toda una buena moza, pero ya pasa de chica.

—Es que... vea, necesito una muestra ¿sabe?

* * *

Y nos queda en la conciencia el cargo de haber llevado a los conventillos el desasosiego y un nuevo motivo de alboroto, pero declaramos a las madres que todos sus hijos son bonitos, y que si todos no salen retratados, no es por culpa nuestra, sino porque todos los chicos bonitos no caben en un número de Fray Mocho...

LEGO.



María Esther Martinini, morocha, y María Ghio, rubia



"A escondidas"

"La cocinera", Anita Maceo, 6 años



"El cachafaz", José Baldomero, 6 años

* * *

—Mamita. ¿Y a mí por qué no me retratan?

—Porque no sos linda, ¡vaya!

—Qué lástima...

* * *

—Vea, señor... Mi marido es cabo ¿sabe?, y si quiere una recomendación...

—No hace falta, señora...



REVERENTE SALUDO

Porque es tela bendita nuestra bandera
Que en el patrio santuario fué consagrada
Por bravos paladines en la cruzada
Legendaria de nuestra gloriosa era,

La mujer argentina que la venera
Igual que a una reliquia — ya que es sagrada —
De ideales patrióticos siempre inspirada,
Al saludarla ella debe, doquiera

Inclinando su frente, dejar impreso
Con sus labios de rosa sublime beso
En su sol, o en sus fajas de azul y albura.

Y si en alto su tela pliega la brisa,
Mande el beso en las alas de una sonrisa
Que vuele de su alma toda ternura.

Mercedes Pujato CRESPO.

Dib. de Friedrich.



Un recuerdo del pago

Tras algunos años de luchas, don Clodomiro se conquistó el goce plácido de una autoridad voluntariosa y sin límites. Su piedra de toque estuvo en el atrio. Jamás fué derrotado en las elecciones. Siempre dispuso de una treta o apeló a un recurso hábil para burlar a su enemigo en el momento oportuno. En cierta ocasión un estanciero rico pretendió "madrugarle". En víspera de elección y cuando no quedaba tiempo para disponer nada eficaz, don Roque juntó en su estancia un centenar de nuevos peones. El recurso de atropellar el atrio y disolver a ponchazos los grupos rivales para alzarse lindamente con las urnas, tenía el grave inconveniente del número de la gente de don Roque, y al comisario no se le ocultaba el riesgo de aumentar su derrota con la paliza material que se llevarían sus "muchachos". Pero arbitró un medio que le dió excelentes resultados. Armó de fusiles y revólveres a los agentes, les agregó algunos hombres "decididos" de los que trabajaban en su establecimiento, y después de media noche cayó de sorpresa en el galpón de los "electores", a los cuales, adormilados aún y en medio de gran estrépito de fusilería, gritos desaforados y órdenes breves, pudo maniatar o reducir, no sin que algunos quedaran en tierra, víctimas del impulso de hombres avezados a los entreveros.

Y don Roque, al clarear la aurora, contempló burlado y rencoroso, el desfile de su peonada con aspecto de corderos mansos, montados en pelo y atados a la espalda las manos.

Con fina sonrisa explicóle don Clodomiro que "los llevaba en averiguación de un hecho delictuoso".

—Parece que han carneao de marca ajena... Ahí está el cuero.

Y añadía servicial:

—A la tardecita no más habré puesto en claro el asunto y se los soltaré, don Roque, pa que mañana trabajen. Demos gracia que hoy es domingo; sino lo perjudicaría. Yo no hago caso é denuncias, ¿sabe?, pero como ahí está el cuero...

Y se comprende que don Roque no probara nunca más a ganarle una elección.

De vez en cuando, claro está, asomaban ambiciones y florecían soberbias con pujos de independencia, en el propio núcleo de sus allegados. A esas plantas malignas las arrojaba al camino, donde, como los helechos, se morían por falta de sombra.

Y aunque se murmuraba que si don Clodomiro cobijaba o no y se servía de cuanto matrero y peleador cayera por las Tres Lomas, o si tal cual paliza acaecida a un contrario, habíala propiciado él mismo, lo cierto es que durante largo tiempo disfrutó de una vida de señor feudal.

Pero "no hay carne que no se pudra ni planta que no dé flor", como sentenciaba el mismo comisario, y al cabo le salió al encuentro el juez de paz, "un mocoso", hijo de aquel don Roque, quien, aun cuando no hubiera terminado sus estudios en la capital, tenía "más leyes que espinas un cerco de ñapindá".

La carne a punto, de pudrirse era la de su prestigio y la flor era el mismo juez de paz "formao" por él y que usando, sin embargo, armas que repugnaban a don Clodomiro, le combatía con las mismas tretas y los mismos arbitrios. A sus "detenciones en averiguación", a sus multas, a sus "el malhechor no pudo ser habido", el juez oponía denuncias de abusos de autoridad, de atropellos, de maliciosas negligencias. Y además escribía en los diarios, y los de la capital solían ostentar títulos llamativos: "Los abusos de un comisario de campaña. Nuevos atropellos". Y luego comenzaban: "Un honrado vecino de Tres Lomas, ha sido víctima..."

—¡Y todo por venganza!—clamaba don Clodomiro—¡porque espanté a esa iguana cuando se me venía al camoatí!

El camoatí era su hija Rosa, moza linda, con empaque de señorita, pero apasionada y obediente a primeros impulsos como gaucha que era hasta el fondo de su alma.

Y a tales arranques obedeció al prendarse de un mocetón de bigote renegrido, tez curtida por el sol, labios rojos y mirar encendido y más duro para las fatigas y más valiente y más diestro en pulsar la prima y la llorona que cuantos personajes de leyenda habían surgido en su imaginación en las tardes de ensueño, a la sombra de los sauces, allá en el arroyo.

Orteguita, un "gaucho alzao", pertenecía al grupo de los hombres que en realidad se dejaban sorprender en el monte y que amparaba don Clodomiro.

—No hay gaucho malo si no lo persiguen—concretaba éste, convencido de la bondad de su teoría, de cuyos frutos estaba bien satisfecho, pues aquellos hombres fueron siempre sus más fieles amigos. Y para éstos, ¡no era poco poner fin a una vida de zozobras a través de las cuchillas, huyendo, la mayor parte de las veces, sin otra causa que haber defendido con suerte su pellejo!

Orteguita ejercía funciones algo así como de mayordomo en la propiedad de don Clodomiro. En realidad, era el brazo ejecutivo en todas sus andanzas políticas y comisariales.

Gustaron a Rosita ¡cómo no habían de gustarle! los requiebros del gaucho, y el relato de "sus penas" y de su vida azarosa "sin una prenda que lo consolara" la iniciaron en las ansias de una piedad infinita.

No se le ocultaron los inconvenientes que surgirían de sus relaciones con aquel gaucho alzao con fama de matrero, y en el secreto en que necesariamente hubo de mantenerlas, hallaron sus amores el mayor incentivo.

Es preciso apuntar que cuando el hijo de don Roque, que al fin mantenía buenas amistades con el comisario tras aquella desgraciada intentona, regresó al pago, frecuentó la casa de don Clodomiro, atraído por el "camoatí". Pero al "camoatí" sus asiduidades costaron disgustos, y los celos de Orteguita arrancaron más de una lágrima a sus lindos ojos, y fué así como instada por el gaucho se atrevió a declarar a la madre

que Camilo resultábale insoportable y que mejor harían en ahorrarle el penoso trabajo de atenderle. Don Clodomiro se encargó de aventar todas las esperanzas de aquel, sin soñar las funestas consecuencias que tendría para su tranquilidad la inocente medida de padre amoroso que dejaba a su hija la facultad de la elección, "siempre que fuera un hombre honrao". El juez, ahora, con su letanía de escritos y denuncias habíale robado el sueño y hasta le retuvo en cama, bien enfermo, a la verdad, una amonestación de la superioridad sobre si se había excedido o no en ciertas diligencias.

Ahondaba ya, pues, hasta sangrar, su herida de amor propio al sentir menguado su prestigio y discutida su autoridad.

Sus íntimos no ignoraban la causa del desmejoramiento físico de don Clodomiro, de sus brusquedades y del ensimismarse mirando a puntos imaginarios en el amplio horizonte, mas nadie aludía al juez de paz.

Una tarde se lamentó:

—Ese juez de paz...

Y la rueda de circunstantes estrechóse como cimarrones sobre la presa. Todos aguardaron un relato, tal vez un plan, pero don Clodomiro se concretó a agregar, clavando la mirada en Orteguita:

—...¡si se lo llevara mandinga!...

¡Y pocas ganas que le tenía! Más de una noche el insomnio atenaceó su cerebro y más de una vez vió rojo al sorprenderle junto a Rosita, muy meloso y decidor y sonriente.

La insinuación obró como un rayo de luz. Nadie, sino Orteguita, empero, comprendió aquella frase que para los más fué sólo un desahogo de rabia e impotencia.

Una tarde de domingo el juez de paz tuvo una mala ocurrencia. Se jugaba a la taba. El, por "sistema", iba al que tiraba, siempre, fuera quien fuera. Orteguita quiso probar suerte también, recogió el hueso y mientras se cruzaban las apuestas aguardaba haciéndolo saltar en la mano.



—Al que tira...

—Van dos pesos...

—Al que espera, cinco—dijo el juez.

Le miró el paisanaje algo sorprendido, pues Camilo había seguido el "sistema" con favorables resultados.

—Diga, don... ¿no jugaba al que tira?—inquirió uno.

—Sí—respondió,—pero este mozo echa... lo contrario e la suerte...

—Yo no echo eso... ¿sabe?—fiero el aludido—y la escena se produjo.

Al juez se lo llevó mandinga, rápido, con una herida en pleno pecho.

Orteguita al caer la noche, a puerta cerrada, explicaba el suceso a don Clodomiro.

—Cha, digo, es una desgracia... y lo siento... créeme. Pero en fin, andate al monte—y como presintiendo—en caso de una desgracia, no digás que me has visto...

La grita que se armó en los diaros de la capital y las denuncias de Dios sabría quién de que si Orteguita era un mandado, o si Don Clodomiro mismo le había hecho ocultarse, decidieron a la jefatura a intervenir.

El delegado le hizo pasar amargos trances cuando lo sometió a un interrogatorio a él, "sin más miramiento que el que podía tenerse a un gringo cualquiera que hubiese robado unas gallinas."

No sacó el personaje aquel, tan solemne y preguntón, nada en limpio, es natural.

¿De qué podían acusarle? Sí, Orteguita era su empleado, pero él nada tenía que ver con que se "desgraciara" en una tabeada. Y los presentes en aquella ocasión, más de veinte, habían declarado como testigos...

Pero el enviado de la jefatura no regresaba y todo se le volvía diligencias y correrías por el pago. Habíase acercado a las cuchillas y el día menos pensado se internaría en el monte.

Con los agentes, "mozos lerdos", no hay que contar—pensaba el comisario.

Y una noche montó, después de ensillar él mismo su moro preferido, y allá se fué.

—Mirá—le dijo al gaucho convertido otra vez en matrero—juí.

Y estirándole un sobre muy doblado:

—Tomá pa la "Blanqueada" y esto pa don López que es buen amigo—y emprendió la vuelta a todo escape.

—Juir—se dijo Orteguita.—Al que lo persiguen tiene que juir, sí, pero... ¿y la prenda?

A la madrugada, una hora después que don Clodomiro, Ortega llegaba también a las casas y deslizándose hasta la ventana de la "prenda", arañó en los vidrios. Rosita, como si le esperara, como le había esperado todas las noches, salió a la primera señal. Fiel, obediente, siguió al gaucho, que al fin era su hombre y montó a las grupas.

Cuando por la mañana se enteraron en la casa de la desaparición de Rosita, las escenas de llanto se sucedieron y la peonada recorrió, sin encontrar rastro, todos los alrededores.

El único que no emitió una congetura ni dejó escapar una lágrima fué don Clodomiro. Y, sin titubear, como si supiera donde encontrar a su hija, salió.

Con la mirada fija, tieso, cabalgó hasta el anochecer. Allá debajo de unos sauces—no se podía equivocar,—distinguió a la pareja. Orteguita habíase detenido a dar resuello a su caballo y estaba de pie defendiendo sus ojos, con una mano, de los rayos horizontales del sol, a punto de ocultarse. Rato hacía que reconociera a don Clodomiro, pero seguía mirando algo inquieto.

Rosita lloraba, oculto el rostro entre las manos y quería que la tierra se la tragase.

El comisario fuése derecho al gaucho, y siniestro:

—Sotreta... defendete—y gaucho él también, empuñó el cuchillo.

Orteguita retrocedió unos pasos, pero tal decisión y tan terribles augurios leyó en la mirada de don Clodomiro, que desenvainó a su vez.

La lucha duró minutos mortales para los ojos espantados de Rosa. Orteguita, empeñado en defenderse, sin atacar, clareó en la guardia y sintió el líquido caliente chorrear por su cara.

Don Clodomiro arrojó el arma y con rabia no satisfecha aún, barbotó estas palabras:

—¡Y aura... andate!—y se volvió, tranquilo el paso, a su cabalgadura, y dejando caer la cabeza sobre el pecho:

—¡Criá cuervos!...

Rodolfo ROMERO.

Dib. de Peláez.



¡Alá, tú solo eres grande,
y Mahoma es tu profeta!

Vinieron los coaligados
con intención de armar gresca
y metiéronseme en casa
igual que si suya fuera.
¡Claro! deshauciado en Trípoli
tras brevísima contienda,
hasta Montenegro pudo
alzar frente a mí la cresta.
Pero Mahoma lo dijo:
"no hay mal que por bien no venga",
y él tiene razón. En Africa
ya nada que hacer me queda
y esto, a la postre, me ahorra
quebraderos de cabeza.

¡Alá, tú solo eres grande,
y Mahoma es tu profeta!

En Kirkilisse los búlgaros
nos sacudieron de veras,
los servios en Kumanova
por poco un turco no dejan.
Locos nos tuvo don Jorge
igual por mar que por tierra,
y con Nikita en Escútari
pasamos semanas perras.
Pero Alá a sus elegidos
de su mano no les deja
y, un día que osó en el Bósforo
mostrarse una nave helénica,
no la mandamos a pique
no sé por qué... por prudencia.

¡Alá, tú solo eres grande
y Mahoma es tu profeta!

Vi mis bravos batallones
trocarse en hordas dispersas
y avanzar, entre la sombra,
fugitivas y famélicas.
Barrió el cólera sus filas
y, en medio de tanta quiebra,
yo seguía a Alá rogando
y rogando a las potencias.
Y sólo Alá me escuchó
(bendito su nombre sea),
y, si lo que aun es posible
al Asia se me relega,
al Asia me iré, llevándome...
lo más rico de mi herencia.

¡Alá, tú solo eres grande,
y Mahoma es tu profeta!

Cuanto en Europa fué mío,
allá, Europa, te lo tengas,
de Tracia no quede traza
y ni una llave en la Puerta.
Las mezquitas que me quitas
transfórmalas en iglesias,
y despójame, y repártete
mis costas y mis fronteras.
Que ahí acaba tu conquista,
y es aun más lo que me resta
y lo que evitar no puedes
que detrás de mí se venga:
¡las cuatrocientas huríes
que en mis harenes se peinan...
soberbio lote de asiáticas,
africanas y europeas!
Y, si en que me vaya insistes
con mi Alá y con su profeta,
te diré adios, perra Europa,
¡adios... con las cuatrocientas!

¡Alá, tú solo eres grande
y Mahoma... bueno, etcétera!

Juan OSÉS.

Dib. de Navarrete.



Por cuenta propia

Una lotería, cayendo de improviso en un hogar que siempre sufrió los rigores de la pobreza, trae indefectiblemente, después del júbilo del primer momento, las más graves tribulaciones.

Es lo que le ocurrió al capitán de artillería, Abenamar Vegaflorida.

Era en los comienzos de la organización nacional. El gobierno, en tremendos trances financieros, pagaba poco y mal a los oficiales y a la tropa, y mucho más mal a quienes, como Abenamar, eran unos infelices, sin relaciones influyentes, sin habilidad para insinuarse, para intrigar, para conseguir ventajas personales.

Conviene advertir que este capitán de artillería era el temperamento menos militar del mundo. La avalancha lo sorprendió y lo arrastró sin consultarlo. Fué soldado como pudo ser tropero, arriero, picador de carretas. Si se había encontrado en varias acciones heroicas, si había soportado infinidad de privaciones y en fin, si de ascenso en ascenso, — no muy contiguos, — lo habían hecho capitán, él no tenía la culpa.

El era de índole obediente. Si en vez de ordenársele que cañonease una posición enemiga le hubieran mandado cuidar una majada, lo hubiese hecho con la misma sumisión y con igual conciencia de su deber de peón.

Al fin y al cabo, el arador y el soldado, son peones lo mismo, obligados a hacer lo que el patrón ordena.

A Abenamar le hubiera gustado más rajar la tierra con el arado que aventar cristianos a cañonazos. Pero ocurre con harta frecuencia, que uno no es dueño de dedicarse al oficio de sus preferencias. Las circunstancias malogran muchas vocaciones.

Es el caso que Abenamar Vegaflorida, cuando consiguió los tres sunchos de capitán, era ya un cincuentón, con todas las características de un mancarrón cansado, porque es axiomático que, en la raza humana, como en la equina, los mansos envejecen más pronto que los ariscos. Es que a los mansos los galopea todo el mundo, mientras que a los corcoviadores sólo se le atreven los jinetes. Y como los maturrangos son más numerosos que los jinetes...

Bueno. El capitán Abenamar era chiquito de cuerpo, medio giboso, y lo mísero de su estatura contrastaba con la exuberancia de su cabellera, de sus mostachos y de su pera; sobre todo, de su pera, que era una pera de comandante, por lo menos. Todo un monte capilar, bastante atordillado, pero frondoso.

El capitán contaba con una familia muy numerosa: su mujer, ocho hijos, dos cuñadas solteronas, un cuñado idiota y otro sordo mudo; su suegro paralítico, y su suegra, que hubiera debido ser paralítica, ciega y sordo-muda, si la justicia distributiva alcanzase a los yernos.

La situación financiera del capitán llegó a ser desastrosa. El, que nunca pudo comprender, en su acción militar, la orden de avanzar estando embromados, que siempre creyó lo más lógico interponer distancias entre los que pegan y los que reciben palos, — o balas, — encontróse perplejo en la emergencia.

Se puso a reflexionar. Era este un trabajo enteramente nuevo para él. Recordó que una vez, dos días antes de Curupaytí, un *changuero* bahiano fué a ofrecerle por cinco patacones una yegua rosilla, recién domada,... y recién robada también.

—No preciso, — dijo él después de un largo y mudo interrogatorio mental.

—E un anim'al admirabil — insistió el chalán.

—No preciso.

—¡Vea que is rosilla!

—Cierto, es rosilla.

¿Qué mérito podía tener la yegua en ser rosilla?... Pero Abenamar, ya inclinado a ceder, se convenció con el argumento de que la yegua era rosilla y entregó los cinco patacones, su único caudal.

Dos días después vino el desastre y el salvó la vida gracias a las patas ligeras de la rosilla. De ahí su frase sentenciosa que hizo clavar a muchos en las carreras gauchas:

— Hay que jugarle al rosillo: ese pelo no falla.

Pues bien: a los muchos años de este episodio y hallándose en la angustiosa situación que hemos referido, el capitán se acordó de la yegua rosilla y empleó sus últimos patacones en comprar un quinto de lotería.

Del mismo modo que no se había acordado más

de la yegua rosilla hasta el día sombrío de Curupaytí, no se acordó del quinto de lotería hasta el momento en que le intimaron el desalojo de la casa.

Desesperado, salió en busca de algún amigo que le salvase del apurado trance; empero, aun cuando en esa época Buenos Aires era mucho más pequeño que ahora, no pudo encontrar ninguno. El pobre capitán ignoraba que encontrar un amigo en un momento de apuro, es una empresa que no lleva a término el hombre más genial.

Abenamar, mesándose nerviosamente la pera, ambulaba sin conciencia por las calles; de pronto, recordó que en una batalla sin nombre, él, como todos los compañeros, huyeron. Que al siguiente día, no advirtiendo enemigos, él se aventuró en exploración. Supo por los vecinos, que el adversario, realizado su propósito táctico de arriar una novillada del contorno, había retrocedido apresuradamente.

Vegaflorida regresó al campamento llevando su batería, de la cual no habían hecho caso los enemigos, calculando, sin duda, que un cañón valía menos para ellos, y costaba más conducirlo, que un novillo gordo.

pensar, y en toda la tribu no había nadie capaz de hacerlo.

—Lo primero que hay que hacer...—indicó misia Remedios.

—Es pagar al casero—aventuró el capitán; pero ella, furibunda y rebosando lógica, preguntó:

—¿Por qué?

—Porque nos van a desalojar.

Ella sonrió con desprecio compasivo y replicó:

—Se desaloja a los pobres, se desaloja a un simple capitán de artillería, pero no a gente rica como nosotros!...

El capitán no protestó. Su ingénito espíritu de disciplina le obligaba a acatar sin observaciones las órdenes de sus superiores. Y en su hogar, misia Remedios era el general en jefe.

Todos los días, después de la cena, la familia se reunía en la salita y daban comienzo las deliberaciones. Tras largos silencios, alguno exclamaba:

—¡Tengo una idea!...

—¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver!...

Y los rostros ansiosos interrogaban.

—¡Zoncera!—era inevitable conclusión de la enérgica señora.



Fué por esa acción que lo hicieron capitán al hasta entonces teniente primero de artillería Abenamar Vegaflorida.

Recordando este lejano incidente el viejo guerrero, pensó que quizá el enemigo—la adversa suerte—hubiese, como entonces, desdeñado los cañones y fué en busca del Extracto.

¡Providencia divina! El número 2275 tenía "la grande" y el número 2275 era el suyo!...

Estuvo cerca de media hora haciendo gimnasia de pescuezo, levantando la vista para mirar el número inscripto en el extracto y bajándola para considerar la cifra estampada en el pequeño billete que mantenía entre sus dedos temblorosos.

Cuando se hubo convencido de su buena fortuna, salió, cobró y apareció sin aliento en su casa. Reunió en cónclave a toda la familia y narró solemnemente el episodio.

Restablecida la calma, misia Remedios, la suegra, director supremo, especie de Rozas en aquella republiqueta, dijo:

—Hay que pensar en la forma mejor de colocar ese dinero.

Fué un balde de agua fría. Es cierto, había que

Una semana duró esa angustiosa incertidumbre. A la octava noche, después de prolongada meditación, doña Remedios saltó de su sillón de caoba tapizado de crín, y gritó con expresión de triunfo en el semblante. Todos quedaron con la boca abierta. Ella prosiguió, dirigiéndose a su yerno.

—¿Sos o no sos capitán de artillería?

—¡Claro que soy!.

—¿Entonces debés saber manejar los cañones?

—Me parece que sí...

—No has de saber manejarlos muy bien, porque vos no te das maña pa nada. Pero no importa, mi idea es esta, una idea simple, qu'estaba ahí no más, a flor de agua...

Tosió la señora y agregó triunfalmente:

—Con esa platita, te vas a las provincias, lo más al norte ha de ser lo mejor, y te comprás un par de cañoncitos usaos, y en vez de estar sirviendo al gobierno por cuatro riales mal pagos, te ponés a trabajar por tu cuenta!...

Javier de VIANA.

Dib. de Vila.

EL TIGRE CALAVERA



De los pleitos en que recuerdo haber intervenido mientras fuí escribiente en el juzgado de paz de "Los Chumbos", ninguno tan extraño como aquel en el que fueron partes don Juan Angelleri, propietario del almacén del Tigre y el pintor Maestrángelo, rascafrentes y autor de todas las charrerías estampadas en los tableros de los comercios del villorrio.

Don Juan gozaba fama bien ganada de "amarrete" entre su clientela. Algunos pesos debía tener porque bastaba que llevara a alguno ante el gerente de la sucursal del Banco de la Provincia y lo recomendase como "in boen mochacho" para que le abriesen crédito en el establecimiento. Bueno, que también importaba un vinito, mezcla de agua de cebollas y tinta de imprenta, que se vendía que era una barbaridad, y que le dejaba ganancia no sólo en la venta directa sino en el tanto por ciento que le pasaban el médico, el boticario y el empresario de pompas fúnebres.

Cuando se vió obligado por la inspección municipal a proceder al blanqueo del frente del negocio, mandó por el pintor Maestrángelo para encomendarle el trabajo y saldar así el pico incobrable de una factura.

—Me aregla la fachada e me le pinta in tigre insima de la poerta.

—In tigre... ¡e caramba no e cosa fásil que dígamo! En fin, ¿lo haremo con cadena o senza cadena?

—¡Cómo con cadena! In tigre con cadena e propio in perito...

—Mira, don Cuan; me aregla la coenta, me da vinti peso e le hasemo in tigre de Bengala cun cadena.

—Ma déquese de sunzera, pintame lo tigre, e venga a tomare la grapita...

—Se lo digo per so bien. Senza cadena e fásil que se le dispare.

—Ma déquese de chichoneada, déquese...

Blanqueó el frente el pícaro de Maestrángelo y pintó junto a un arroyo un tigre que debió satisfacer a don Juan, porque terminado el trabajo le dió la mano y lo invitó con una copita de "aquello espesiale".

Pero en "Los Chumbos" debía ocurrir lo que no se esperaba. Una lluvia torrencial, como no se recordaba otra desde el 87, limpió el frente de las casas y se llevó el tigre de don Juan.

Y aquí fué la protesta airada del propietario.

—So pintura e ina porquería. Osté me debe in tigre.

—Yo se lo soi dicho: senza cadena se anderá...

—Osté e in pícaro.

—Osté in avariento. Se me daba vinti pesos...

—¡Osté me debe in tigre!

—¡E osté me debe so lengua de lagarto!

En fin, que don Juan le dijo "ladro" a Maestrángelo, y Maestrángelo le dijo "invenenador" a don Juan. Y se fueron a las manos...

Al día siguiente, Angelleri se presentó ante el juzgado a reclamar. Quería que la justicia compeliese a Maestrángelo a pintarle de nuevo "so tigre". El tuerto Carrillo que era juez de paz, atendió la queja.

—Siñor cues, me ha robato lo tigre, e quiero lo cuísio, per percuísio e anque per caluña. Dise que il mío vino e un vineno. ¡El mío vino que lo toma il primo maquistrato de "Lo Chumbo"!

El caso en realidad era difícil; condenar no se podía, pero "don Cuan" le fiaba al juez... El tuerto Carrillo, citó en consecuencia, a un juicio de conciliación. Era lo más práctico y lo más seguro. Invitadas las partes a avenirse amistosamente, el pintor hizo su argumento:

—Se lo soi dicho, se lo soi: "Mira, don Cuan, que senza cadena se le va a andar. ¡No se fica in ina miseria de vinti peso!" Osté comprende siñor cues, per il sardito de la coenta no le andaba a haser ina pintura al olio. Se loí hecho al agua e el agua se la ha llevado. Ma ese don Cuan que tiene propio il seso di ina lombrís, no mi creyó...

—Yo quiero il mío tigre!

—Se lo quiere lo haga.

Intervino el juez, los incitó con paciencia a que terminasen... "Páguele, don Juan, veinte pesos y haga pintar un tigre como la gente... digo, como los tigres. Usted no es hombre de fijarse en veinte pesos..." Las palabras de Carrillo debieron influir en el ánimo de don Juan porque de golpe, suspiró y dijo penosamente:

—Boeno, pero pago dies peso, e que lo haga otra ves senza cadena...

—¿Y si se le va?

—Mira: que lo haga senza cadena e que le ponga:

"Armasen del tigre calavera".

E se se va, que se vaya.

Eduardo E. MAGGIO.



Dib. de Navarrete.



Los cabreros (1)

—Güenas noches, ché.
—P'algunos,
lo qu' es pa mí no es muy güena.
—¿Ya empezás con los resongos?
¡Cha, digo, que sos cabrera!
—Como que tengo razón.
No se te ve la silueta
desde ayer que t'espiantaste.
—No me vengás con sonseras
que no te llevo el apunte.
Servime pronto la cena
que traig' un hambre feroz.
—Al momento, su ex...celencia.
—Dejate de retintines
qu'es lo mejor, Magalena,
pues ya sabés que conmigo
tenés que andar muy derecha,
porque sinó v'a ligarte,
sin quererlo, una "miqueta".
—Venís pesao esta noche.
—Vengo... como me convenga.
Hacé lo que t'he mandao
y dejat'e cantilenas,
mirá que traig'un estrilo
fulminant'en la cabeza,
y si seguís machacando
v'a calentarse la mecha
y es fácil de que reviente
la bomba de la pasencia.
—¿Aura te has vuelto anarquista?
—M'he vuelto lo que yo quiera.
—Tené cuidao no te apliquen
las leyes de residencia.
—Eso va con los estranjis:
yo soy hijo d'esta tierra
y no me alcanz'esa lay...
No seas, ché, tan babieca.
—Fiate del santo, nomás,
ya verás si te la cuelgan
y a vivir con los pengüines
t'espiantan con la linyera.
—¡Pucha qu'estás enterada!
—Porque lo he láido en *La Prensa*.
—Güeno: abogada, movete,
conato' e jurisprudencia,
serví el mórfil, qu'es mejor
y echá un candao a la lengua.
—Ser'al instante servido
el ministro de la bohemia,
autor de desbarajustes
con síntomas de comedia.
—Si te doy un castañazo
se te v'acabar la cuerda.
—Si podés... prestame cinco
pa darle a la lavandera...
—Eso sí: pa comadradas
no hay quien igualarte pueda
—Dime con quién andas... dice
el refrán.
—Ché, Magalena,
hac'el favor: cambiá disco
que m'estufás la pasencia.
—La qu'está estufa soy yo
con tu charla callejera.
—¡Quién te ha visto y quién te ve!
Debías d'estar contenta,
que señora de un autor,
hoy en dia, no es cualquiera.
—Autor... de cuatro macanas
copiadas de algun cinema.
—Güeno, basta!... ya no quiero
comer.
—Como te parezca.
—Voy a espiantar.
—¡Feliz viaje!
¿Querés pal trangua?
—¡Fulera!
¡Maldita sea la hora
que me uní con vos, culebra.
—Adios, autor jubilao
de pamplinas y otras yerbas.
—Adios, abogada' e pobres,
estampa de la miseria.

. . . .

—(Hombre más cabrero qu'este
no se conoo'en la tierra).
—(En mi vida he conocido
una mujer más cabrera).

Angel G. VILLOLDO.

Dib. de Peláez.

(1) Estriladores.

Almanaque para 1913

Enero

1 M † **Circ. de N. S. J. C.**
2 J. s. Isidoro
3 V. sta. Genoveva
4 S. s. Gregorio
5 D. s. Telesforo
6 L. † **Los Santos Reyes**
7 M. s. Julián
8 M. s. Luciano
9 J. s. Julián, sta. Basilisa
10 V s. Nicanor
11 S. s. Atanasio
12 D. s. Benito
13 L. s. Gumersindo
14 M. s. Hilario
15 M. stos. Pablo y Mauro
16 J. s. Marcelo
17 V. Triunfo S. Sulpicio
18 S. Cátedra de S. Pedro
19 D. **Sept. Dulce N. de J.**
20 L. s. Sebastián
21 M. s. Fructuoso
22 M. s. Vicente
23 J. s Ildefonso
24 V. s. Timoteo
25 S. Conversión s. Pablo
26 D. N. S. de Belén
27 L. s. Juan Crisóstomo
28 M. s. Julián
29 M. s. Francisco de Sales
30 J. sta. Martina
31 V. s. Pedro Nolasco

Febrero

1 S. s Severo
2 D Carnaval
3 L Carnaval
4 M Carnaval
5 M. sta Agueda
6 J sta Dorotea
7 V s Romualdo
8 S s. Juan de Mata
9 D. sta Polonia
10 L sta Escolástica
11 M. s. Saturnino
12 M sta Eulalia
13 J s. Benigno
14 V s Valentín
15 S. s Craton
16 D s. Gregorio
17 L stos Donato y Silvino
18 M stos Simeón y Fladio
19 M stos Gabino y Alvaro
20 J stos León y Eleuterio
21 V s Felix
22 S Cat. s Pedro y s Pau
23 D sta Margar. de Cort
24 L s Matías
25 M stos Donato y Justo
26 M s Alejandro
27 J s Baldomero
28 V stos Justo y Rufina

Marzo

1 S El sto Angel Guard
2 D. stos Lucio y Heracl.
3 L s Emeterio
4 M s Casimiro
5 M s Adriano
6 J s Victorino
7 V s Tomás de Aquino
8 S s Juan de Dios
9 D sta Francisca
10 L s. Melitón
11 M s Eulogio
12 M s. Gregorio
13 J s Leandro
14 V sta Matilde
15 S stos Longino y Probo
16 D De Ramos
17 L s Patricio
18 M s Gabriel Arcángel
19 M † **s José**
20 J s Niceto
21 V s Benito
22 S s Deogracias
23 D Pascua de Resurrec
24 L s Dionisio
25 M Anunc de N. S.
26 M. s Braulio
27 J s Ruperto
28 V s Sixto III
29 S s Eustasio
30 D s Juan Clímaco
31 L s Benjamín

Abril

1 M. s Venancio
2 M s Francisco de Paula
3 J s Benito de Palermo
4 V s Isidoro
5 S. stos Vicente y Zenón
6 D s Celestino
7 L s Epifanio
8 M s. Dionisio
9 M. sta María Cleofé
10 J s Ezequiel
11 V. stos León e Isaac
12 S stos. Cenón y Víctor
13 D El Patroc de S José
14 L stos Pedro y Telmo
15 M s Máximo
16 M s Toribio de Lieb.
17 J. s Aniceto
18 V. **s. Eleuterio**
19 S s Vicente
20 D N S de Luján
21 L. s Anselmo
22 M s. Teodoro
23 M s Jorge
24 J. s Gregorio
25 V s Marcos Evangelista
26 S. s Cleto
27 D. s Anastasio
28 L s Prudencio
29 M s Pedro
30 M sta Catalina de S.

Mayo

1 J. † **La Ascención**
2 V. s. Atanasio
3 S. La Invenc. sta. Cruz
4 D. sta. Mónica
5 L. stos. Pío y Eulogio
6 M. Mart. s. Juan Evang.
7 M. s. Estanislao
8 J. Aparic. s. Miguel A.
9 V. s. Gregorio Nacienc.
10 S. s. Antonio
11 D De Pentecostés
12 L s. Domingo de la C.
13 M. s. Pedro Regalado
14 M. s. Bonifacio
15 J. s. Isidro
16 V. s. Ubaldo
17 S. s. Pascual Bailón
18 D. La Stma. Trinidad
19 L. s. Pedro Celestino
20 M s. Bernardino de Sena
21 M s. Indalecio
22 J. † **Corpus Christi**
23 V Aparic. de Santiago
24 S. s. Robustiano
25 D. Fiesta cívica
26 L. s. Felipe Neri
27 M. sta. María Magd.
28 M. stos. Justo y Germán
29 J. N. S. de los Desamp.
30 V S. Corazón de Jesús
31 S. N. S. del Amor herm.

Junio

1 D s Segundo
2 L s Marcelino
3 M s Isaac
4 M s Francisco Car
5 J s Bonifacio
6 V s Norberto
7 S s Paulo
8 D s Salustiano
9 L s Primo
10 M sta Margarita
11 M s Bernabé
12 J s Juan de Sahagún
13 V s Antonio de Padua
14 S Basilio Magno
15 D stos Vito y Modesto
16 L s Juan Franc Reg
17 M s Manuel
18 M stos Ciriaco y Paula
19 J s Gervasio
20 V s Silverio
21 S s Luis Gonzaga
22 D s Paulino
23 L s Juan
24 M Nativ s J. Bautista
25 M s Eloy
26 J stos Juan y Pablo
27 V s Zoilo
28 S s León
29 D † **S. Pedro y Pablo**
30 L Conm de s Pabl

CASTRO RIVERA

Almanaque para 1913



Dib. de Castro Rivera.



El gobernador Ortega

No tenemos la pretensión de descubrir en estas páginas a la provincia de Mendoza. Ella misma, con sus adelantos vertiginosos y con su riqueza incalculable, se ha hecho conocer de todo el mundo. Sin embargo, es una lástima que una provincia tan rica y tan hermosa, no sea lo suficientemente conocida. Hay gente en Buenos Aires que ignora por completo lo que vale y lo que es Mendoza. Se cree que la ciudad está como al día siguiente del terremoto del 61 y que es peligroso vivir allí debido al "coto". Y el coto ha pasado a ser una leyenda...



El gobernador de Mendoza, señor Rufino Ortega (hijo), con el doctor Angel C Martínez, señor Lagos y nuestro corresponsal, en la terraza del nuevo chalet que está haciendo construir en Fray Luis Beltrán



En familia



La esposa del gobernador, señora Quiroga de Ortega y el ministro, señor Julián Barraquero

Se ignora que tiene tranvías eléctricos, bellos palacios, calles lujosamente pavimentadas, paseos públicos como el del Parque o el Cerro, que son una maravilla... En fin, se ignora lo que en realidad es Mendoza: una ciudad casi europea, con ochocientos automóviles y dos mil carruajes... De vez en cuando, conviene que el periodismo se preocupe de difundir estas cosas. No ha de ser únicamente Buenos Aires la única ciudad que merezca atenciones de publicidad.

Para comenzar, empezaremos por el gobernador, Rufino Ortega (h). No es ni un hombre de genio ni un hombre de mal genio. Es simplemente un hombre sencillo, que hace gobierno a su manera, en desacuerdo con su pueblo. Lo curioso en este gobernador está en que casi todos los mendocinos se burlan de él y que él se burla de casi todos ellos...

Rufino Ortega es hijo del general del mismo nombre y apellido. Criollo como el padre, carece de la gracia espiritual de su progenitor, pero posee igual cultura y una afición campestre indiscutible.



Con el jefe de policía, coronel Gay

Gentil y hospitalario, el Sr. Ortega recibió a Fray Mocho con exquisita cortesía, que mucho agradecemos. Intentamos hacerle un reportaje. No fué necesario. El mismo se lo hizo hablando en la mesa, rodeado de su amable familia, de los ministros y de algunos amigos. Hemos tomado al vuelo algo de lo que dijo:

—Yo quería renunciar a la gobernación, no porque me sienta cansado, sino porque me tienen aburrido. Cuando hablé con Sáenz Peña le dije que sentía deseos de renunciar

la ley. Sáenz Peña quiere tranquilidad. Bueno. Al fin creo que él tiene razón. Algunos amigos me propusieron hacerme un partido, pero no quiero. Yo les dije que gobernaría mejor sin partido. "Vayan al Partido Radical"—les dije —allí están mis principios."

El gobernador vive en Fray Luis Beltrán — estación a 30 minutos de Mendoza—donde posee su bodega y un hermoso chalet. Administra su finca. Se levanta de madrugada. Monta a caballo. Recorre sus viñedos, da órdenes, vuelve a su casa y firma el despacho.



"Esta finca me costó seis mil pesos... Era una ciénaga"



En su residencia de Fray Luis Beltrán, donde el gobernador tiene su bodega, que hoy vale 3 millones



"Rufinito", el lindo hijo menor del señor Ortega, trepándose a un árbol

porque yo soy hombre de trabajo y no de política. Sáenz Peña me dijo que no, y me dió a entender que sería un cobarde si me iba. Por eso seguiré hasta el final, haciendo obra patriótica y trabajando por la felicidad de Mendoza y no por la prosperidad de los papanatas que me critican... Sin embargo, quisiera ser gobernador bajo la presidencia de Figueroa Alcorta, pues así podría hacerlos comprender mediante un poco de leña,



El gobernador enseñando a podar un arbusto a los ministros Barraquero, Sayanca y jefe de policía coronel Gay

Bellezas Mendocinas



Señora Rosa Guiñazú de Araujo



Señora Matilde Borbón de López



Señora María Teresa García de Stegman



Señora Alicia Suárez Lago de Saravia



Señora María Luisa Benegas de Arroyo



Señora de Albors



Señorita María Angélica González Funes

El primer fruticultor de Mendoza



El doctor Juan E. Serú



Trescientas hectáreas sembradas de duraznos por el doctor Serú



El ex ministro conversando con uno de sus peones, en su hermosa finca de Buenanueva

El doctor Juan E. Serú es uno de los hombres políticos más ilustrados y más probos que tiene la república. Es sanjuanino, pero su larga residencia en Mendoza y su cariño a esa provincia, le obligaron a actuar en su escenario desde muy joven. Ha sido varias veces senador, diputado y ministro, descollando como ministro de instrucción pública en la presidencia histórica de Roca.

Actualmente vive en Mendoza. Poco o nada se ocupa de política.

—¿Para qué voy a ocuparme de eso? —nos dice.—La política no puede darme ninguna satisfacción y ningún provecho. He ocupado los cargos más representativos de mi país y no tengo ninguna ambición política.

En efecto. El doctor Serú, dando un hermoso ejemplo de actividad y de laboriosidad se ha consagrado exclusivamente al cultivo de la fruta, fuente de una riqueza colosal para Mendoza.

Hasta hace poco, la gente destinaba sus hectáreas de terreno al cultivo de la viña. Los árboles frutales estaban abandonados. No había fruta. Sin embargo, la tierra mendocina era inmejorable para producirla. Comprendiéndolo así el doctor Serú, comenzó a hacer en sus fincas de Buenanueva y Cuadro Nacional una plantación de frutales. El éxito ha sido tan brillante que ya comienzan a surgir imitadores.

El doctor Serú ha hecho ensayos felices de conservación al baño-maría no solamente con los duraznos, sino también con peras, cerezas, frutillas, aceit...



La finca del doctor Serú era, en su mayor parte, terreno pantanoso como el que aparece en esta fotografía. — Gracias a la constancia de su propietario, la ciénaga se ha convertido en terreno apto para cualquier cultivo



El doctor Serú con su hijo, en una de las avenidas de la finca

Hemos estado a visitar su finca la Buenanueva. Aquellas tierras eran verdaderas ciénagas cuando el doctor Serú comenzó a trabajarlas. Merced a su constancia, logró abrir canales de desagüe y hacer de esa región inútil un inagotable venero de riquezas. Los duraznos "gran monarca" y "Montevideo" que se producen en la "Buenanueva", son superiores a los del Tigre, no sólo por su tamaño sino también por lo sabrosos y dulces.

Como hemos dicho, el ejemplo dado por el doctor Serú, ha tenido imitadores. Ya no es la explotación de la viña la única fuente de recursos de los mendocinos.

—Me siento feliz, — dice el doctor Serú.—con mis árboles, con mis flores, con mis frutas...

Y hay en su modestia una sinceridad que conmueve. Este hombre que ha tenido que luchar en la política y en la vida con muchas ingratitudes, hoy se consuela con sus árboles que son mejores que los hombres.

nas, alcauciles, chauchas, arvejas, pimientos, choclos y otras frutas y legumbres, que pueden dar rendimientos muy provechosos.

Los productos de elaboración común de la fábrica del doctor Serú, han obtenido los más altos premios que se han adjudicado al mérito, en las dos únicas exposiciones en donde éstos han sido presentados por los comisarios oficiales: en la Internacional de Buenos Aires y en la de Turín.



La fábrica de dulce



El jardín

—"Una ligera relación de las condiciones bajo las cuales se desenvuelve esta industria—dice Serú—dará idea de su importancia actual y de sus futuras orientaciones.

"El durazno se planta en hileras distante una de otras de siete metros, y la distancia de árbol a árbol sobre la hilera, de cinco metros. Con esta forma de plantación entran en cada hectárea 285 duraznos, y si calculamos que cada frutal produce un mínimum de 600 frutas, la hectárea produce 171.000 duraznos".

"Ahora bien, en cada tarro pueden entrar como máximo diez frutos (casi nunca pasa de 6 a 7), de manera que cada hectárea de terreno da la suficiente fruta como para elaborar 17.000 tarros".

El doctor Serú ha vendido este año una parte de su producción a la casa de Gath y Chaves, de Buenos Aires, a 93 centavos cada tarro, puesto sobre vagón, y ha tenido una demanda muchas veces superior al total de su elaboración.

El costo de producción de cada tarro con todos sus gastos de elaboración calculado sobre la base de lo [illegible] durante varios años resulta ser de 22 centavos.



El ilustre hombre político contemplando sus rosas

Cómo se hace un pueblo—La bodega de Piccione e hijos

Entrada a "Rodeo de la Cruz", fundado en Mendoza, por el señor Agustín Piccione e hijos

—¿Conoce usted la nueva villa "Rodeo de la Cruz"?

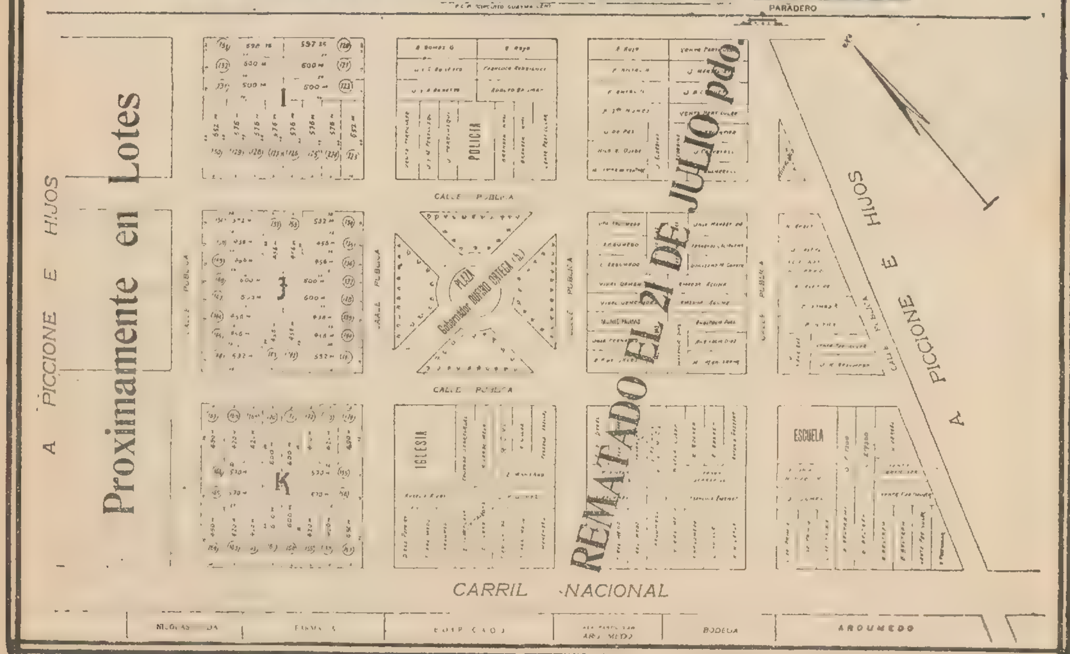
—No.

—Es preciso que no se vaya usted de Mendoza sin hacer una excursión por dicho pueblo. Trátase de una hermosa villa que ha sido inaugurada el mes pasado y que ya puede competir con los más antiguos pueblos mendocinos.

En efecto. Rodeo de la Cruz, fundado por el infatigable y progresista industrial señor Piccione e hijos, en compañía de prestigiosos vecinos como el señor Nicolás Ojeda y otros, es ya una población compacta que aumenta día por día. Aquellos campos cubiertos hasta no ha mucho por los grandes viñedos, tienen hoy otro aspecto



Señor Cayetano Piccione, inteligente hombre de negocios, a cuya iniciativa se debe la fundación de Rodeo de la Cruz



Plano del pueblo ubicado en los alrededores de Mendoza, en terreno alto, con agua abundante, inmejorable para la estación veraniega. Hay lotes disponibles, en venta particular



El señor Nicolás Ojeda, que ha contribuído grandemente a la fundación de Rodeo de la Cruz, con el señor Cayetano Piccione, en la plaza Rufino Ortega (h.)

distinto, pues se ha comenzado la construcción de muchas casas en los terrenos vendidos últimamente por mensualidades.

El 29 de septiembre tuvo lugar la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental del nuevo pueblo, a cuyo acto asistió el gobernador de la provincia, señor Rufino Ortega (h.), y sus ministros. En tal ocasión el gobernador felicitó al señor Piccione, muy efusivamente, por la fundación de aquella villa, que contribuye al engrandecimiento de la provincia de Mendoza.



Oficina de policía de la nueva villa de Rodeo de la Cruz

La ubicación que el señor Piccione ha elegido para fundar "Rodeo de la Cruz", no puede ser mejor. Hermoso clima en verano y templado en invierno, es de aquellas pocas regiones ideales para vivir con salud y tranquilamente. Se están construyendo varios chalets y ya se encuentran muchos habitados por familias de Buenos Aires y de Mendoza, que pasan allí la temporada veraniega. Han quedado algunos lotes sin vender porque el señor Piccione los ha reservado para venderlos particularmente. A él pueden dirigirse los pedidos.

"Rodeo de la Cruz" está perfectamente delineado. Posee todas sus calles abiertas y una hermosa plaza, que lleva el nombre del gobernador Rufino Ortega (h.). Además, cuenta con escuelas, comisaría policial, correo, municipalidad, médico, farmacias, etcétera. Dentro de poco, se iniciará la construcción de la iglesia parroquial, cuyo terreno ha sido regalado por el señor Piccione.

El ingeniero señor Eduardo Sobrecasas se está haciendo construir un hermoso edificio donde residirá con su familia.

La Nueva Villa de "Rodeo de la Cruz" hállase ubicada en el departamento de Guaymallén, y frente al Carril Nacional, estando ligada a Mendoza por una línea de ferrocarril — el circuito Guaymallén — que hace correr quince trenes por día. Para darse cuenta de la riqueza de aquella tierra, bastará saber que la hectárea de viña vale de diez a doce mil pesos.

Sin embargo, el señor Piccione ha preferido desprenderse de muchas hectáreas de viña para formar el pueblo y vender el terreno dividido en lotes, a precios reducidos, al alcance de todos los bolsillos. Los últimos terrenos fueron vendidos en 60 mensualidades. Los que restan por vender se ofrecen en iguales condiciones.



La farmacia fundada por el señor Ojeda



El gobernador de Mendoza, señor Rufino Ortega (h.), el ministro de gobierno doctor Julián Barraquero, el jefe de policía, coronel Gay, y demás concurrentes a la inauguración de Rodeo de la Cruz, con los señores Piccione y Ojeda



La edificación avanza rápidamente. Edificio en construcción del ingeniero Eduardo Sobrecasas

Al elogiar la obra patriótica del señor Cayetano Piccione no debemos olvidar al ilustrado vecino señor Nicolás Ojeda, quien ha coadyuvado con eficacia en la obra de la fundación de Rodeo de la Cruz. Entre las cosas buenas que realizó fué la instalación de una farmacia y de un consultorio médico.

En su jira por Mendoza, el enviado especial de FRAY MOCHO fué gentilmente atendido por el señor Piccione y por su distinguida familia. Al visitar la nueva villa de Rodeo de la Cruz, que hace del nombre del señor Piccione uno de los más gratos y queridos del pueblo mendocino, quisimos visitar el gran establecimiento viti-vinícola de Agustín Piccione e hijos, ubicado allí mismo. El señor Agustín Piccione, padre de don Cayetano, es uno de esos hombres ejemplares, verdaderos héroes de la energía que nos vienen de Italia trayéndonos la riqueza de su inteligencia y la poderosa fuerza de sus brazos. Gracias a su trabajo y a su iniciativa, logró formarse una fortuna, entre la simpatía de todos cuantos le conocen. Después, acogiéndose a un merecido



Los viñedos de la gran bodega de Agustín Piccione e hijos, en Rodeo de la Cruz (departamento de Guaymallén). A la derecha, se levanta el pueblo



Cabecera de la mesa del gran banquete con que el señor Piccione obsequió en su casa, al gobernador y ministros el día de la inauguración



Cuerpo principal de la bodega del señor Agustín Piccione e hijos, cuyos vinos gozan de gran prestigio

descanso, los hijos han continuado la obra benéfica de su progenitor.

La bodega de Agustín Piccione e hijos fué fundada en 1886. Actualmente la firma social está compuesta por los señores Agustín y Cayetano Piccione y Rafael Sanmartino. Como esforzados campeones del trabajo han logrado reunir en su bodega los procedimientos más modernos para conseguir la fabricación de un vino que haga la reputación de la casa. Esta elabora anualmente quince mil cascos de vino.

Para la exportación hay diferentes tipos, denominados: "Tinto Especial", "Barbera Espumante", "Semillón Blanco", etc.

La bodega posee 195 hectáreas de viña, distribuidas en los departamentos de Guaimallén y Maipú, y 340 hectáreas de terreno cultivado en Altoverde. El capital social de la firma es de 1.500.000 $ m|n. El personal que se emplea en la cosecha se descompone así: 200 vendimiadores, 20 carreros, 10 toneleros, 5 capataces, 1 bodeguero y 30 peones de bodega. Durante todo el año se ocupa a 4 contratistas para el cuidado de las viñas, 2 capataces, 1 bodeguero, 10 carreros, 2 toneleros y 10 peones de bodega.

El vino Piccione se exporta al litoral. Inútil es que digamos que cuenta con excelente reputación, ganada en buena lid, y de día en día se está imponiendo al consumidor.



La señorita Concepción Piccione con sus amigas en la inauguración del pueblo



El señor Cayetano Piccione, con su esposa e hijos, en la terraza de su residencia

La superficie que abarca la bodega es de 9.000 metros cuadrados, y si la edificación no ofrece todas las comodidades requeridas, por ser un conjunto de cuerpos elevados paulatinamente, a medida del desarrollo del establecimiento, sin embargo, un buen número de cubos y toneles de las mejores marcas, y la máquina recién adquirida de lo más moderno, permiten una elaboración racional según los últimos adelantos de la industria.

El establecimiento cuenta con las siguientes: Un caldero distribuidor de la fuerza de 30 caballos; un motor de 18 caballos; una moledora "Garola", tipo grande; una bomba "Coq"; tres bombas "Tafeur"; dos bombas á nafta; una prensa continua "Maville" núm. 3; una prensa hidráulica núm. 4; una prensa "Meschini" núm. 4; una prensa "Marmonier"; un filtro "Seitz"; un filtro "Gasquet", etc.



Señor Cayetano Piccione



Señor Agustín Piccione, padre del anterior, y fundador del establecimiento viti-vinícolo



Señor Rafael Sanmartino

Una entrevista con el gerente del Banco Industrial de Mendoza

La prosperidad del *"Banco Industrial de Mendoza"* y la simpática personalidad de su gerente, el señor Juan Carullo, que ha sabido llevar esa institución a un grado de progreso muy digno de encomio, nos indujo a ir a su bufete para entrevistarlo.

Afable y perspicaz, el señor Carullo, nos explicó sencillamente el origen de su casa bancaria:

—"El 1.° de Febrero de 1904 fundé el Banco Industrial y Comercial de Mendoza, que fué el primer establecimiento de esa índole surgido en Mendoza con capitales locales. A pesar de lo malos que eran aquellos tiempos, la empresa prosperó, llegando a dar un dividendo anual de $ 14.40 por acción de cien pesos. Esa empresa fué la base del hoy *Banco Industrial de Mendoza,* que cargó con su activo y pasivo".



Edificio de propiedad del Banco Industrial de Mendoza y ocupado por las oficinas de dicha institución, cuyo gerente es el conocido financista señor Juan Carullo

— Sabemos que el Banco Industrial se ha convertido en una de las instituciones de crédito que contribuyen poderosamente al desarrollo de las industrias y del comercio mendocino.

—"Trabajamos con éxito, — nos replicó el señor Carullo con una sonrisa modesta. — No nos podemos quejar. La clase obrera, el comercio y la industria en general encuentran que este Banco les es conveniente y por eso lo ayudan".

Así es, en realidad. Las facilidades y la honestidad de todas sus operaciones, lo han acreditado.

El Banco Industrial de Mendoza que ocupa un edificio de su propiedad en la calle San Martín, fomenta el progreso industrial y comercial de la provincia por medio del crédito oportuno, del préstamo y de la caja de ahorros. Además, tiene una sección especial para la construcción de casas, pagaderas por mensualidades.



Obreros depositando sus ahorros y haciendo operaciones comerciales en el Banco Industrial de Mendoza

Una maravilla viti-vinícola

La "Sociedad anónima bodegas y viñedos Domingo Tomba"

—"¡Es una maravilla!" — exclamó Monsieur Mabilleau cuando a su paso por Mendoza visitó el establecimiento viti-vinícola de la "Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos de Domingo Tomba". En realidad, se trata de una maravilla industrial que hace honor al país. Este establecimiento fué fundado en



Vista parcial del frente del gran establecimiento viti-vinícola que en Godoy Cruz (Mendoza) posee la "Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Domingo Tomba"



Entrada de los obreros y vista parcial del interior



Tonelería núm. 1. — Bordalesas para armar



Uno de los muchos salones de fermentación que tiene esta gran bodega



Un ángulo de los sótanos

1884 por don Antonio Tomba, hermano de don Domingo, y del cual se conserva en el jardín de la casa, un artístico busto de bronce, obra del escultor Somandossi.

La producción y venta anual es de 350.000 hectólitros.

La bodega central



Máquina cepilladora de toneles



Otra sección de tonelería

Destilería y laboratorio químico donde se analizan los vinos aptos para el consumo

se halla en Godoy Cruz, y la sucursal en Buena Nueva (Mendoza).

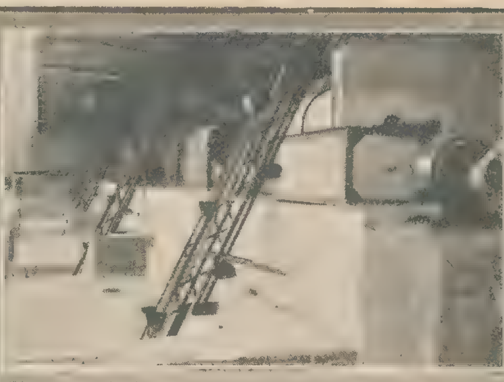
Los negocios de la sociedad han tomado, en estos últimos tiempos, un vuelo tan grande que han superado a muchas similares. Es justo reconocer imparcialmente, según los informes que hemos recogido en las altas esferas bancarias, que ese resultado se ha obtenido merced a la buena administración del directorio, que está compuesto así: Presidente, Don Domingo Tomba; vice-presidente, don Luis Colombo; secretario-tesorero, don Hilario H. Leng; vocales: don Antonio R. Scaramella y don H. A. Tanner; suplentes: doctor Manuel Otero Acevedo y doctor Félix Mó; síndico, don Juan A. Pilling; suplente, don Juan Montheit Drysdale.


Algunos premios obtenidos por la excelencia de sus vinos

La casa posee 800 hectáreas de viñedos de su propiedad en plena producción de cepajes Malbeck, Cabernet, Verdot, Pinot, Semillon y Moscatel; y con las nuevas plantaciones llegará el año entrante a "1000 hectáreas". Posee además. 600 hectáreas de alfalfares.

Esta bodega tiene como representantes para toda la república al señor Luis Colombo y Cía., con oficinas en el Rosario


Destilería


Sección moledoras

El vino de este establecimiento ha conseguido popularizarse con suma rapidez. Debe su bondad, en parte, al método de su elaboración que excluye toda manipulación, y a la advertencia de suprimir el riego de los viñedos unas cuantas semanas antes que empiece la vendimia, advertencia que muchos descuidan para aumentar la cantidad del producto, con menoscabo de la calidad.

La seriedad de la casa es garantía de la verdad del producto que corre bajo su nombre. A este propósito, no es de olvidar que la comisión encargada por


Turbina

y Buenos Aires.

La "Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Domingo Tomba", ha obtenido, por la exquisita calidad de sus vinos, una enorme cantidad de premios, de los cuales recordamos los siguientes:

Medalla de plata, Exposición Colombiana, Génova, 1892; medalla de plata, Chicago, 1893; medalla de oro, Buenos Aires 1898; Gran diploma Asti, 1898; medalla de oro, Torino, 1898; Gran diploma, París, 1905; medalla de oro, Londres, 1905; Grand Prix, Londres, 1905; medalla de oro, Milano, 1906; gran diploma de honor, Exposición del Centenario, Buenos Aires, 1910; gran diploma de honor, Torino, 1911.


Patio central de la bodega, en el centro del cual existe un busto del señor Antonio Tomba, fundador de este establecimiento que hace honor al país


Sala de expedición


Ramal ferroviario construído en la casa para la expedición



Salón de fermentación, número 2

La bodega central está en medio de una vasta área cuadrada: y como tiene su fachada y su puerta de entrada mirando al Sud, divide el área en dos patios rectangulares; uno occidental y otro oriental, formando el lado oriental del primero y occidental del segundo.

Al hacerse sociedad anónima este establecimiento ha podido superar a muchos similares. No es tan solo uno de los más gigantescos de la América del Sud y también de los más grandes del mundo, sino que responde a todas las exigencias de la ciencia y la experiencia bajo cualquier sentido.

Por lo demás, es difícil que otro establecimiento en el mundo pueda competir en número y modernidad de máquinas de toda especie, en capacidad y multiplicidad de cubas, toneles y recipientes de toda clase y de todo sistema.



Personal del establecimiento central, cuya producción y venta anual es de 350.000 hectólitros

el gobierno central, del análisis e inspección de los vinos, se expidió en términos sumamente elogiosos con respecto al producto de esta bodega, según se desprende del informe del ilustre doctor Pedro N. Arata.

El área del edificio ocupado solamente por la bodega de Godoy Cruz, es de tres cuadras; esto es: de 43.600 metros cuadrados. Está situada en la parte más céntrica de la ciudad, a cinco minutos de tranvía eléctrico del centro de Mendoza.



Uno de los muchos viñedos que esta bodega tiene en Maipú (Mendoza)

Una gran institución



El director general de la Compañía Nacional de Seguros generales y crédito, "Mendoza", señor Luis F. Pagola

DIRECTORIO

PRESIDENTE
Sr. Alfredo Ruiz

VICE PRESIDENTE
Dr Severo G. del Castillo

TESORERO
Sr Domingo Tomba

SECRETARIO
Dr. Lucio Funes

CONSEJEROS
Sr. Carlos Gonzalez
Dr Juan E Serú
Sr. Balbino Arizú
» Enrique Gonzalez
» Alberto Forgas

DIRECTOR GENERAL
Sr. Luis F Pagola

SUPLENTES
Sr. Segundo Correas
Dr Conrado Céspedes
Sr. Dionisio C. Ariosa

SÍNDICO TITULAR
Sr. Eduardo J. Cabral

SÍNDICO SUPLENTE
Sr. Honorio Barraquero.

Directorio de la compañía

El enorme progreso de la provincia de Mendoza puede medirse por el florecimiento de sus instituciones bancarias, y, sobre todo, por la rápida prosperidad de la única empresa de Seguros que tiene la provincia. Nos referimos a la "Mendoza", Compañía Nacional de Seguros Generales y Crédito que por su importancia y seriedad, ha logrado colocarse en la primera fila.

En nuestra jira por la bella ciudad mendocina tuvimos ocasión de entrevistarnos con el director general de la "Mendoza", señor Luis F. Pagola, quien nos facilitó los últimos balances, que son una prueba evidente de la prosperidad de su compañía, así como del grado de solidez y garantías en que ella ha sabido colocarse desde su primer año de existencia. Un conocido bodeguero nos ha dicho, hablando de la compañía "Mendoza":

—Aunque la riqueza general de la provincia favorece el desarrolló de todas las instituciones útiles, es verdaderamente sorprendente el progreso rápido, inaudito, de la compañía "Mendoza". Es así como sobre el capital de un millón de pesos que comprende su primera emisión de acciones, se ha suscrito entre 421 accionistas, la elevada suma de 443.200 pesos, realizando de ella un total de 240.475 pesos. Al comercio de Mendoza le conviene hacer sus negocios con esta compañía mucho más que con otras, porque de esa manera el dinero de la provincia no pasa al extranjero... Durante el primer ejercicio, la "Mendoza" emitió 1.459 pólizas por valor de 9.937.791.80 pesos de capital y 77.016.44 pesos de primas realizadas En los períodos siguientes estas cifras se han triplicado.

Además de los seguros, la "Mendoza" tiene una sección de "Préstamos" y otra sección "Bancaria"



Una de las oficinas de contaduría

Un almuerzo con el general Ortega

En Rodeo del Medio



El general Rufino Ortega en su residencia de Rodeo del Medio, con su señora esposa Leonor Solanillas de Ortega, distinguida dama mendocina, autora de varios cuadros artísticos



El general paseándose con su mate, escoltado por un ordenanza que lo sigue a todas partes

Rodeo del Medio es una población próxima a Mendoza. Treinta minutos, más o menos, de ferrocarril, y estamos en la estación. Dos cuadras de camino y llegamos a la hermosa finca donde el general Rufino Ortega disfruta, como un pachá, los deleites de un descanso glorioso, después de sus campañas que si a veces fueron electorales, otras veces sin duda, fueron por la patria.

A pesar de sus años y no obstante sus fatigas de Marte pampeano, el general Ortega se conserva joven de energías y de espíritu. Si en Buenos Aires, el ambiente social no le hizo perder nunca su espiritualidad, ni aun en presencia de la infanta Isabel, allá, en Mendoza, en el rincón nativo, tan grato a su espíritu y a su paladar, parece que el humorismo de sus frases y la alegría de sus cuentos pintorescos de Bocaccio, resultan mucho más agradables y mucho más amenos, quizás por "el sabor de la tierruca" que él les sabe infundir.

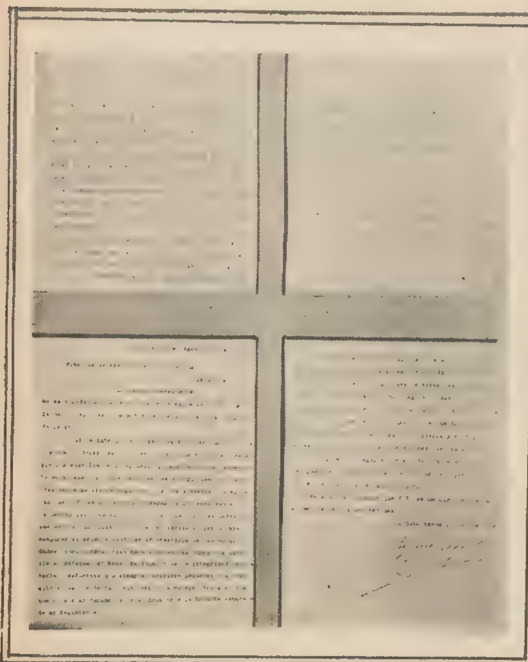
Gentilmente nos invitó a su mesa, donde la belleza de su esposa, la señora Leonor Solanillas de Or-



El general y sus flores

tega, hacía más hermosa y sugestiva la grata "causerie".

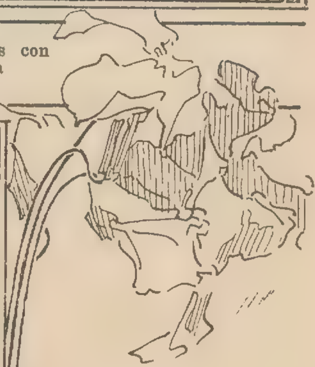
El general recuerda su juventud y sonríe guiñando un ojo por detrás de los anteojos como si el humo del cañón le molestara todavía la vista.



Nota del presidente, doctor Sáenz Peña, agradeciendo al general Ortega los servicios prestados a la patria



Jugando a las bochas con una bala histórica





El almuerzo. El general narrando con su reconocida espiritualidad criolla una picante anécdota de su vida. — Rodean la mesa el edecán del gobernador, comandante Reybaud, el comisario de órdenes señor Evens, el doctor Felipe Rosas, señor Abelardo Tabanera, la esposa del general y nuestro redactor viajero

—Cuando yo era teniente...

Y al decirlo, se yergue como si aquel recuerdo le llenara el alma de dianas, de himnos, de banderas.

—¿Cómo era, general —le pregunta el comandante Reybaud— la anécdota aquella del "alemán de los mates"?

—Fué en el Río Negro... ¡Oh! ¡Pobre alemán, era un pillo!

Y comienza la anécdota, artísticamente narrada, con esa sutileza y esos preparativos de efecto teatral que tienen los criollos cuando na-

tió el ejército del general Pacheco con el del general Lamadrid. En dicho combate quedó herido y prisionero el padre del general Ortega, el entonces mayor Ortega.



Haciendo del natural el retrato del esposo



Con el intendente de Mendoza, señor Agustín Vaquié

cen con "sprit". En el cultivo de tal arte el general Ortega sólo puede compararse con don Lúcas Córdoba. Contar aquí uno de esos cuentos sería quitarles colorido, gracia, intención, todo...

La finca donde vive el general, es histórica. Allá, en Rodeo del Medio, en su misma casa, de campo, el 24 de septiembre de 1841, se ba-



Cuadro al óleo de la señora Leonor Solanillas de Ortega, representando el lago del parque que el general ha construído en Rodeo del Medio



Comprando "Los Andes"

Muchos años después el general compró los terrenos donde se había librado la batalla, conjuntamente con la casa, bajo cuyos viejos techos estábamos comiendo.

Ahora el general vive feliz cuidando sus viñedos, y su esposa cultiva las bellas artes con exquisito gusto.

Reproducimos uno de sus cuadros. Representa el magnífico lago del parque que el general hizo construir en Rodeo del Medio.

La mejor casa de remates de Mendoza



Señor Roberto T. Saravia

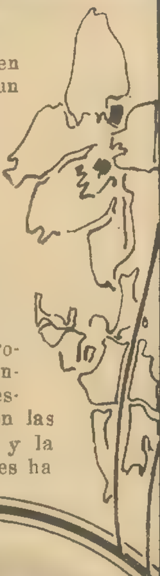
—¿Vale mucho la tierra en Mendoza?—nos pregunta un porteño llegado de París y que por ser porteño y no extranjero, desconoce la riqueza de su propia patria.

Exceptuando la provincia de Buenos Aires, en ninguna otra región de la república la hectárea de terreno alcanza precios tan fabulosos como en la provincia de Mendoza. Los grandes latifundios han ido desapareciendo de acuerdo con las necesidades del progreso y la subdivisión de las tierras les ha dado a éstas un valor que sólo se explica considerando las enormes riquezas que ellas mismas producen.

Uno de los propulsores más importantes del alto precio alcanzado por las tierras de Cuyo, ha sido, indiscutiblemente, la continua venta de fincas por mensualidades. Esas ventas han llevado el trabajo civilizador de mucha gente a regiones ricas y fértiles que permanecían incultas e improductivas debido a que sus poseedores carecían de medios para explotarlas por su cuenta.

Hasta no hace muchos años los remates de tierras en Mendoza eran casi irrealizables. Actualmente han tomado tal vuelo que, como decimos al principio, han contribuído al enriquecimiento de aquella provincia.

No nos referimos únicamente a las ventas por mensualidades, sino también a los grandes remates y ventas particulares de fincas y propiedades valiosísimas, que,—como la realizada últimamente por la prestigiosa casa de los señores Saravia y Durán, de la finca "Las Barrancas", cuyo comprador fué el Sr. David Herrera,—alcanzan a cifras que parecen fantásticas y que sin embargo son muy reales.





Señor Santiago D. Durán

Por eso, al hablar del valor de la tierra en Mendoza, no es posible dejar de citar, aunque sea incidentalmente, la casa de Durán y Saravia, en cuyo hall de ventas hemos presenciado operaciones de una importancia suma. El prestigio de seriedad e inteligencia que rodea a la firma Saravia y Durán, la habilitan para intervenir en negocios que por su magnitud requieren ser tratados con idoneidad y destreza. Una larga práctica, un profundo conocimiento del valor de cada hectárea de tierra mendocina y una honorabilidad que dan la razón del éxito feliz de sus negocios, hacen de la casa de Saravia y Durán una verdadera bolsa de comercio, pues además de remates y ventas particulares de tierras y fincas, se tramitan allí operaciones



Frente de la casa de remates, hipotecas, descuentos bancarios y seguros, de Saravia y Durán, calle San Martín número 1348 (Mendoza)



Hall de ventas

bancarias, seguros en general, hipotecas, etc. Constituyen la firma social dos distinguidos caballeros, muy vinculados a la sociedad, a la banca, a la industria y al comercio. Uno de ellos es el Sr. Roberto T. Saravia y el otro el Sr. Santiago D. Durán. Ambos se complementan y han logrado realizar en el año que termina, ventas por varios millones de pesos. - Los datos e informes que deseen solicitarse a Durán y Saravia, puede pedirse en la calle San Martín 1348 (Mendoza).



Los empleados Antonio Fajardo, Cristóbal Santos y Luis Acosta, atendiendo al público

La Huerta



Duraznos mendocinos que se venden en "La Huerta", San Martín 1268 (Mendoza)

Causa verdadero asombro ver el entusiasmo que en Mendoza se tiene para todo aquello que contribuye al florecimiento de sus riquezas. No son únicamente los llamados "hombres de negocios" quienes se preocupan de contribuir al progreso material de su provincia. Hombres de ilustración, con títulos académicos, dignos discípulos de Sarmiento, desprecian los halagos de la ciudad para dedicarse personalmente al trabajo. Uno de estos ejemplos nos lo da el joven doctor Juan Carlos Serú, que con perspicacia y valentía contribuye a difundir en Mendoza la arboricultura, un tanto descuidada por el entusiasmo que despierta el viñedo.

En la calle San Martín, en la capital mendocina, ha instalado bajo el título de "La Huerta" una casa donde se venden semillas, plantas y frutas del país y extranjeros. Más que un negocio, "La Huerta" es una obra de sano patriotismo, pues al mismo tiempo que facilita a los agricultores la adquisición de plantas y semillas difíciles de encontrar en cantidad, contribuye a difundir la riqueza que entraña el cultivo de los árboles frutales en Mendoza, donde la tierra fértil, rica y fecunda, no espera nada más que la mano del sembrador para dar rendimiento. Ya se sabe que la fruta que se produce en Mendoza es tan buena o superior a las mejores que se obtienen en otras regiones de este país, y puede competir victoriosamente con las que se introducen del extranjero.

La calidad de la tierra, el clima apropiado y la facilidad para el desarrollo y mantenimiento de este cultivo sujeto al sistema del riego por agua co-



El doctor Juan Carlos Serú, hijo del ex ministro y propietario de "La Huerta" que es uno de los más eficientes propulsores de la fructicultura mendocina



El frente .

rriente, favorecen especialmente la excelencia del producto.

"La Huerta" se encarga de remitir a Buenos Aires y a cualquier punto de la república, toda clase de fruta de Mendoza, tales como ser: duraznos, uvas, manzanas, aceitunas, etc. Tiene también un completo surtido de canastos para la remisión de productos vegetales, que garantizan su conservación, sin deterioro, a través de grandes distancias.

Ademas, "La Huerta" vende a los agricultores de Mendoza árboles y semillas extranjeras y les facilita, al mismo tiempo, las indicaciones necesarias para su cultivo.

El doctor Juan Carlos Serú tiene como cooperador de sus ideales al señor Roberto Bustos que lo secunda en sus tareas.



El doctor Juan Carlos Serú y su socio, el señor Roberto Bustos, en la exposición de productos del país, con especialidad de la zona de Cuyo que tienen en "La Huerta"



Plantas y semillas que "La Huerta" vende al por ma yor y menor para difundir la fructicultura en Mendoza descuidada por el cultivo de la viña

Una visita a la casa Serramalera y Cía. (Mendoza)

Representantes de artículos de fama universal



Entrada principal de la casa de Serramalera y Ca., fundada en 1894, y cuya importancia comercial en Mendoza aumenta enormemente

No es posible ir a Mendoza sin conocer la casa importadora de Serramalera y Cía. Su prosperidad toma cada día mayores impulsos. Esta casa fué fundada en 1894 por don Francisco Morera quien en 1904 se retiró y transfirió el activo y pasivo a la nueva firma Morera y Cía., formada por el titular y el señor Celestino de Planéll, llevando durante los cinco años del contrato toda la administración de los negocios el señor Planéll. El señor Cristóbal Serramalera, inteligente hombre de negocios, actuó durante los cinco años como habilitado de la casa, al cabo de los cuales se asoció con su ex jéfe bajo la razón social Planéll y Cía., la cual se hizo cargo de la extinguida firma Morera y Cía., dando cada día, a pasos agigantados, un desenvolvimiento nada común a sus negocios. Al año y medio de constituída dicha sociedad, el titular de la firma señor Planéll se vió obligado a ausentarse a Europa en busca de un merecido descanso. En Europa fa-

Chinato Garda en Mendoza



Una de las salas de despacho al por mayor, del "Chinato Garda", vinos "Norton", champagne "Moet y Chandon", etc.



Uno de los depósitos de Serramalera y Cía., en la calle Catamarca, 70 (Mendoza)



El señor Cristóbal Serramalera, único socio activo de la casa a quien se debe el grandioso impulso que han tomado los negocios de la misma

lleció, haciéndose cargo del activo y pasivo de la firma Planéll y Cía., la firma con que insertamos esta crónica, constituída por la señora viuda de Planél, como comanditaria y el señor Serramalera como único socio activo, solidario y responsable.

De manera que Serramalera, joven aún, pues en la actualidad cuenta veintiséis años, viene a ser jefe de la casa donde actuó como simple empleado. Por su inteligencia y actividad bien ganada tiene su posición.

Serramalera es conocido en todo el comercio de Buenos Aires, Rosario y Mendoza como el mejor de los propagandistas para acreditar un artículo, cualquiera que sea; concretándonos a probarlo con datos que hemos tenido a la vista y por informes de la sucursal del Banco Español de Mendoza y otras instituciones bancarias.

Serramalera y Cía. han popularizado el champagne Moët y Chandon, el Chinato Garda, etc.

Un "pionner" del progreso



El señor David Herrera, uno de los hombres más progresistas de Mendoza, en su chalet de Corralitos, donde posee una de sus grandes fincas

Es digna de admiración la vida laboriosa del señor David Herrera, uno de los hombres más queridos y respetados de Mendoza. Con su esfuerzo propio y con su propia inteligencia ha sabido labrarse una envidiable posición. Hacer su biografía es tributar el mejor elogio a sus virtudes. Nació en Mendoza, a fines de 1862. Conserva las costumbres y el bello carácter de aquella época caballeresca, de sinceridades y de afectos. Siguiendo las huellas de su señor padre, don Pedro Nolasco Herrera, que era un hombre inteligente y muy estimado por sus hermosas prendas morales, el señor David Herrera inició sus estudios preparatorios en la escuela de San Ni-



El chalet del señor David Herrera, en Corralitos



El acaudalado propietario cuidando sus flores favoritas



El edificio de la finca del señor Herrera, "Las Barrancas", en Cruz de Piedra, que con sus 2.000 hectáreas de viñedos y bodega vale tres millones



El señor Herrera con su inteligente perra "Lilí"

colás, dirigida por el hábil, competente e inolvidable maestro mendocino señor Manuel Videla, de donde salió para ingresar en el Colegio Nacional. Cursó hasta el 2.° año, teniendo que proseguir sus estudios libremente, por falta de recursos.

Pero su voluntad venció los obstáculos y fué vicedirector de dos escuelas en la ciudad y director de otra en San Martín, por los años 1880 al 1882. Ha ocupado puestos delicados de gobierno, tales como concejal de la municipalidad del departamento de Las Heras; jefe del registro civil y juez de paz durante los años 1883 a 1888, distinguiéndose por su preparación, laboriosidad y competencia, sin que durante esos cinco años sus resoluciones fueran modificadas en lo más mínimo. Como presidente de la municipalidad del mismo departamento, subdelegado o jefe del mismo, reveló honradez e inteligencia a toda prueba, pues sus actos se inspiraron siempre en la justicia. Procurador y martillero judicial después, abandonó esos cargos para dedicar sus actividades a la agricultura, a la cual profesa un culto. Es orador elocuente y escritor distinguido y con la misma facilidad escribe un editorial como poda una cepa o injerta una planta. De carácter leal, franco y recto, goza de una posición espectable en los bancos y en el comercio.

—No he labrado mi fortuna—nos dice el señor Herrera,—ni he formado colonias como la de "Villa El Dante", al amparo de los bancos oficiales, ni al abrigo de los gobiernos, sino con el trabajo, luchando contra la envidia. Defendí ante los tribunales y por la prensa los intereses de mi país natal, amenazado de muerte por un sindicato audaz (Merced Real) que pretendía reivindicar más de la mitad de la provincia andina.

Por la suma de 700.000 $ el señor Herrera ha enajenado el saldo de Villa "El Dante", al doctor Severo G. del Castillo (h.). Desde hace poco es propietario de un gran fundo en "Las Barrancas" (departamento de Maipú), cuyo establecimiento compuesto de viñedos, bodegas, potreros de alfalfa y grandes extensiones de campo, vale bien en la actualidad unos 3.000.000 de pesos. Sus convecinos piensan proclamar su candidatura a diputado en las próximas elecciones.

Un gran establecimiento viti-vinícola

Scaramella Hnos



Parte de los viñedos y vista del establecimiento que Scaramella Hnos. poseen en Godoy Cruz, Maipú y Junín, (Mendoza) y, cuya casa central está en Buenos Aires, Jujuy, 456

Esta casa que se destaca entre las que disfrutan fama de modelos, fué fundada por los señores Scaramella hermanos en 1903. Su marca ''Trinacria'' se difunde rapidamente. Sus vinos han obtenido premios en las siguientes partes: medalla de oro en el concurso de vinos de la provincia de Mendoza, el 8 de julio de 1905; medalla de oro y plata, en la Exposición industrial del Centenario de 1910 y medalla de oro en la exposición internacional de Torino, en 1911. La casa central en Buenos Aires, hállase en la Calle Jujuy, 456.

Las bodegas de Scaramella Hnos. están en Godoy Cruz y Junín de Mendoza. Los viñedos, que son importantísimos en Junín. Maipú y Godoy Cruz.

Un exponente de la riqueza mendocina

ALSINA HERMANOS

Un continuo movimiento de carros que entran y salen llenos de mercaderías, nos indica que estamos frente a la conocida e importante casa introductora y almacén al por mayor de Alsina Hnos., en Mendoza. Pocas casas mayoristas existen en aquella ciudad que gocen de tanto prestigio y cuyos negocios, difundidos en toda la provincia, alcancen una prosperidad tan notable. No hubiera sido completa nuestra jira por la zona de Cuyo sin una visita a los grandes depósitos de Alsina Hnos., donde vimos depositadas mercaderías por valor de doscientos cincuenta mil pesos. Esta casa fué fundada en 1905, en la calle San Martín, pero bajo el nombre de Alsina, Oliver Hnos. Actualmente, en la calle Primitivo de la Reta y Garibaldi funciona bajo la razón social de Alsina Hnos., siendo socios de dicha firma los hermanos Conrado, Antonio y Santiago Alsina, tres laboriosos caballeros españoles que gozan de mucho prestigio en los Bancos, en el comercio y en la sociedad por su inteligencia y honestos procederes. El aceite "Barrilete" se ha difundido enormemente gracias a Alsina hermanos.





Los propietarios del importante almacén al por mayor Alsina Hnos., de Mendoza. Señores Conrado, Antonio y Santiago Alsina, en su escritorio. — Una parte de las mercaderías depositadas en los grandes locales de la calle Garibaldi y Primitivo de la Reta



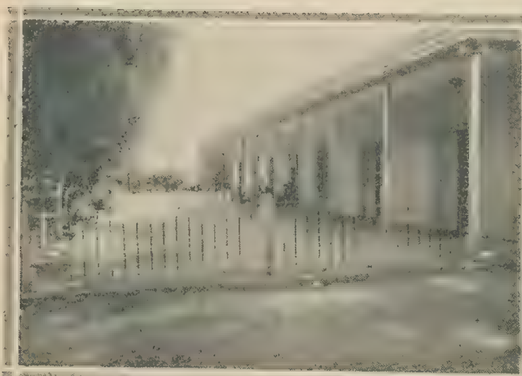
Leyendo un fuerte pedido de aceite Barrilete, cuyo representante en Mendoza es la casa de Alsina Hnos.



El despacho

Recuerdos del terremoto

Un ex gobernador de Mendoza





Casa de don Carlos González, ex gobernador de Mendoza, en "Panquehua", donde se refugiaron muchos sobrevivientes del terremoto del 61

Don Carlos González en su bodega que resistió al cataclismo.



Mostrando dos álamos del 61

Don Carlos Gon-ález es una de las más hermosas reliquias históricas que exhibe la provincia. Anciano de 85 años, sabe llevar su vejez con una fuerza juvenil que encanta. Todas las mañanas, muy temprano, sale de su casa de la calle San Martín y toma su antiguo coche que lo lleva a Panquehua, donde tiene su finca y en la cual él, personalmente, dirige las tareas ya en la viña como en la bodega. De noche, le queda tiempo para ir al Jockey Club a barajar la vida con sus viejos amigos, que aunque algunos son viejos de verdad, no lo son tanto como para llegar a ser contemporáneos de don Carlos.

—"¡Don Carlos!"

Este es el nombre familiar con que se le conoce por allá. En Mendoza, no hay nada más que un sólo "Don Carlos". El... Lo visitamos en Panquehua. Es admirable la frescura de su memoria. Recuerda fácilmente las aventuras de su juventud y, sobre todo, los episodios históricos en que tuvo que intervenir durante su gobernación y durante el terremoto.

—Aquí, en esta misma casa —nos dijo don Carlos—recogí más de mil familias sobrevivientes del terremoto del 61. Me parece que fué ayer. Sin embargo fué el 20 de marzo de 1861. Eran las ocho y media de la noche y casi toda la gente estaba en las iglesias pues era día de semana santa. El gran sacudimiento duró apenas dos segundos. Luego, siguió temblando toda la noche, de minuto en minuto. La totalidad de las casas cayó a un tiempo, quedando cerradas las calles por las murallas exteriores, y cruzándose los techos sobre las veredas opuestas. Luego el estruendo de las inmensas moles de los templos de calicanto redoblaron el estremecimiento. Una densa nube de polvo cubrió de tinieblas aquella escena de horrores. Otra nube de alaridos dió vida a aquel caos, entremezclando en la confusión más indescriptible los gritos desesperados de los heridos, con los ayes ahogados de los que yacían bajo tierra, las explosiones y sacudimientos sucesivos del suelo, el clamor de los que huían hacia la sierra, las voces entrecortadas de los sobrevivientes que llamaban a las personas queridas por las grietas de los maderos y de los muros desplomados... Cada calle era un cerro de escombros. Los templos se derrumbaron. La Matriz aplastó centenares de víctimas. El magnífico pasaje Sotomayor sepultó la flor de la juventud. La tierra se abrió en abismos profundos por todas partes y el agua del tajamar inundó las ruinas... Los sobrevivientes corrían y corrían, huyendo... Fué así que se refugiaron en mi casa. Hicimos carpas y ranchos, donde dormíamos todos. De noche, se oían los sollozos de las madres que lloraban a sus hijos y de los hijos que lloraban a sus madres... Benito Vi-



El durazno donde se salvó Benito Villanueva durante el terremoto



Benito Villanueva, en traje mendocino antes de que "la nieve de los años su bigote emblanqueciera".



La casa calle Alberdi 242, donde vivía Villanueva con sus padres en 1861. (Hoy carnicería)



Alberto Federico Palacio, nieto de don Carlos, con el señor A. Tabanera

tán enterrados mi mujer, mi madre, mis hijos, sobrinos, etcétera. La municipalidad no permite que se realicen ahora más inhumaciones. Pero, yo ya tengo allí mi sitio elegido, entre el cadáver de mi esposa y el de mi madre, doña Rita Pintos de González.

—¿Parienta de la señora del doctor Sáenz Peña?

—"Sí, señor. Mi madre, era abuela de Rosa, la señora del actual presidente de la república. Ella tal vez no sepa que aquí conservo yo esos restos. Vamos a ver su ataúd... El padre de Rosa González de Sáenz Peña — Lucas—era hermano mío".

Bajamos a la cripta. Parece un cementerio de casa patriarcal. A la entrada, el primer cajón contiene los restos de la señora Rita Pintos de González. Entre los muchos ataúdes que vimos, hay dos que guardan los



Capilla de la finca del Sr. González, cuya cripta conserva los cadáveres de los miembros de su familia.

despojos de doña Encarnación Segura de González, fallecida el 25 de agosto de 1902 y el de su esposo señor Salvador González, fallecido el 20 de diciembre de 1890.

—Estos—nos dijo don Carlos — son los padres de César González Segura.

Si don Carlos es un espectáculo interesante cuando relata sus aventuras personales, no lo es menos cuando habla de sucesos históricos. Fué gobernador de Mendoza y su gobierno ha sido de los mejores. El 25 de septiembre de 1863, murió repentinamente el gobernador Luis Molina, siendo elegido don Carlos para sucederle. Se recibió el 2 de noviembre. Nombró ministros a don Augusto Gil y a don Pablo Villanueva. Bajo su gobierno Mendoza pudo reponerse un poco después del terremoto. Con 11.500 pesos acordados por la Comisión Filantrópica de Buenos Aires, mandó construir 23 edificios escolares, distribuídos en todos los departamentos por decreto de abril 6 de 1864. La asignación de los preceptores de escuelas de varones en la campaña, se aumentó a 4 reales por alumno.



El ataúd que contiene el cadáver de la señora Rita Pintos de González, abuela de la señora Rosa González de Sáenz Peña, esposa del presidente.

llanueva, que es pariente mío, se salvó del terremoto, milagrosamente, trepándose a un durazno que todavía se conserva. En cambio, los padres murieron bajo los escombros".

Mientras andamos, don Carlos sigue evocando con facilidad de palabra y con frases llenas de color, el terrible espectáculo de Mendoza, bajo el terremoto que destruyó por completo la ciudad.

—¿Y aquella capilla?—preguntamos.

—Es la capilla de la finca. En el subterráneo hay una cripta, donde es-



La esposa e hijos fallecidos de don Carlos González.—(El sitio vacío entre los dos pequeños ataúdes lo reserva el señor González para él).



El sepulturero Serafín Gómez, frente a los féretros de doña Encarnación Segura de González y de don Salvador González, padres de César González Segura



Las célebres termas de "Villavicencio", en Mendoza, de donde se extrae el agua mineral del mismo nombre, conceptuada por los médicos más ilustres del mundo como la mejor agua natural de mesa y curativa

Entre los establecimientos más notables de la provincia andina, debe citarse "La Unión", fábrica de licores y gaseosas, sita en Avenida Sarmiento, 1082. Fué fundada el 30 de junio de 1911 y gira un capital de 800.000 pesos. Es la concesionaria de la famosa agua mineral "Villavicencio", conceptuada por los mejores médicos como la más rica y sana de todas las aguas naturales de mesa y medicinales. Esta agua proviene de las termas de "Villavicencio" que es una de las riquezas más notables de la Cordillera. Como agua de mesa es riquísima, y para combatir la dispepsia y otras enfermedades del estómago, afecciones renales y hepáticas, no tiene rival en el mundo.

El director de la oficina química de Mendoza, profesor Ulises Isola, ha realizado un profundo estudio del agua "Villavicencio", constantando la existencia del Litio. "Muchas riquezas, — dice el doctor Isola, — encierra la fuente de "Villavicencio", que en tiempo no lejano se elegirá para establecer establecimientos hidroterápicos, con especialidad en la cura de enfermedades del estómago, dispépticos, etc."

Como bebida de verano es riquísima y digestiva y se recomienda por su grato sabor. Puede competir con el más rico de los vinos.



Frente de la fábrica de licores y gaseosas "La Unión", sociedad anónima ubicada en Mendoza, Sarmiento, 1082 y única concesionaria del agua mineral de Villavicencio

Opiniones sobre el porvenir de Mendoza



Señor Francisco J. Carvalho, gerente de la sucursal del Banco Español del Río de la Plata, en Mendoza, y uno de los hombres a quien esa institución debe la enorme prosperidad de sus negocios y los bodegueros gran parte de sus progresos

Una breve encuesta,—muy breve debido a la escasez de espacio,—hemos realizado entre los principales hombres de la banca, del comercio y de la industria. Nada más justo que comenzar con el gerente de la sucursal del Banco Español de Mendoza, señor Francisco J. Carvalho, que por su brillante actuación de financista ha logrado que la casa bancaria que representa sea la que mayores beneficios aporta a la provincia. Con un tacto especial y un dominio amplísimo de su responsabilidad, el señor Carvalho ha dirigido los grandes negocios del banco, conquistándose la simpatía de los industriales y de los comerciantes.

—El porvenir de Mendoza,—nos ha dicho el señor Carvalho,—escapa a todo cálculo. Esta provincia rica y sólida, avanza rápidamente. La industria vitivinícola ha tomado un vuelo tan enorme que la convierte en la región más rica del país. El directorio del Banco Español ha desenvuelto,—en las operaciones de crédito industrial agrario,—una política bancaria de fomento económico, aplicando todos los recursos disponibles, a esta misión de habilitador, como lo demuestran los balances. Para que el concurso del crédito fuera beneficioso a los productores, ha sido necesario que el banco se pusiera en contacto directo con ellos, facilitándoles las transacciones."

Hemos solicitado su opinión, al señor Antonio R. Scaramella, presidente de la Sociedad de Vitivinicultores, institución que en los dos años que lleva de fundada ha sabido imponerse por la eficacia de su acción. Hombre joven, el señor Scaramella no da márgen casi para la biografía. Su vida cabe en este renglón: hombre trabajador e inteligente que sólo vive para el trabajo. Su energía y su constancia para la lucha, le han colocado entre los primeros industriales.

—Con alguna vigilancia de parte de las autoridades,—nos ha dicho el señor Scaramella contestando a nuestra encuesta,—la industria vitivinícola se afianzará. *Estamos lejos de producir lo que puede consumirse.* Mientras en los países vinícolas europeos la producción está en proporción de 150 litros de vino por habitante, la nuestra apenas alcanza a 55. Como industria auxiliar, creo que en primer término está la frutícola, pero es necesario se cultive con método. También necesitamos el auxilio de más líneas férreas. En cuanto a lo que me pregunta de la ganadería, ella no puede prosperar aquí. Las tierras irrigables no resulta conveniente dedicarlas a la ganadería porque el resultado no respondería al costo de ellas. En lo referente al crédito bancario, no tengo conocimiento de que ningún banco lo haya restringido dentro del gremio de los industriales. Los bancos operan aquí con garantía absoluta Es una plaza honestísima y perfectamente sólida"

Hemos hablado también con el senador provincial don Ricardo Palencia. Es uno de los bodegueros más respetables. Nos ha dicho: *"Lo que necesitamos en Mendoza es otro ferrocarril. Otra vía férrea. No podemos estar expuestos a dar salida a nuestros productos por una sola línea como la del Pacífico, con fletes excesivos.*

El señor Agustín Albors, gerente del Banco de la Nación y el señor Manuel Ceretti, gerente del Banco Provincial hacen elogios de Mendoza como plaza comercial e industrial de primer orden.



El señor Agustín Albors, activo gerente de la sucursal del Banco de la Nación



Señor Manuel Ceretti, gerente del Banco Provincial de Mendoza, cuyo nombre suena como candidato a la gobernación.



Señor Antonio R. Scaramella, presidente de la Sociedad de Viti-vinicultores de Mendoza, miembro del directorio de la Sociedad Anónima Domingo Tomba, y prestigioso hombre de negocios

La obra de don Tiburcio Benegas

EL "TRAPICHE"



En Europa hay quien conoce a la República Argentina gracias a los vinos del "Trapiche". Muchos extranjeros que han estado en Buenos Aires y han bebido los exquisitos vinos de Benegas, al regresar de nuevo a su país continúan tomándolos. Así el "Trapiche" ha logrado, en pocos años, pasar las fronteras de la patria, reivindicando para los vinos nacionales el honor de ocupar un sitio prominente.

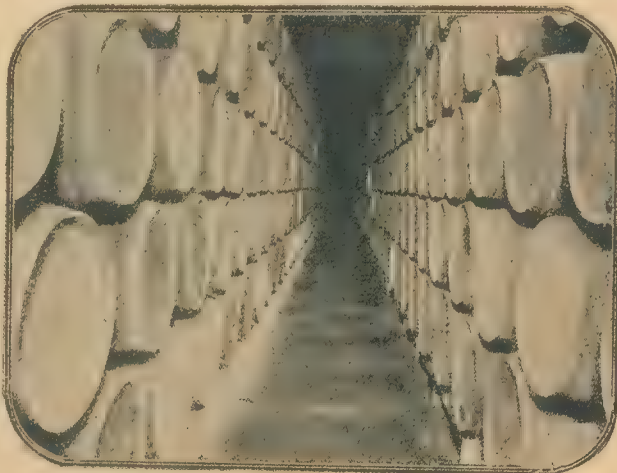
Este popular establecimiento viti-vinícola, es la obra exclusiva de un hombre de talento, cuya memoria es sagrada para Mendoza. Nos referimos a don Tiburcio Benegas, el inolvidable fundador del "Trapiche" a quien su provincia le debe muchas de sus riquezas, ya si se le considera como industrial o como gobernante. Fué el señor Benegas uno de los más infatigables trabajadores del país. Dedicó sus energías al servicio de diversas causas, llegando a ser uno de los más fuertes productores de la América del Sur. Como gobernante, fué un modelo de actividad y de honradez. El 15 de febrero de 1887 ocupó la gobernación mendocina, nombrando ministros al doctor Juan E. Serú y a don Elías Villanueva. Bajo su gobierno y por iniciativa suya, se contrató en Europa un empréstito de cinco millones de pesos oro, de los que se invirtieron cuatro en títulos nacionales para la fundación del Banco de Mendoza, y el resto se destinó a la construcción de edificios escolares, diques y tomas de mampostería en los ríos Mendoza y Tunuyán.



Don Tiburcio Benegas, que fué gobernador de Mendoza, ministro plenipotenciario en Chile y fundador del gran establecimiento el "Trapiche", cuyos vinos hacen honor al país

Cuando don Tiburcio Benegas bajó de la gobernación fué electo senador nacional, y al vencer su mandato en 1904 fué nombrado ministro plenipotenciario y enviado extraordinario ante el gobierno de Chile.

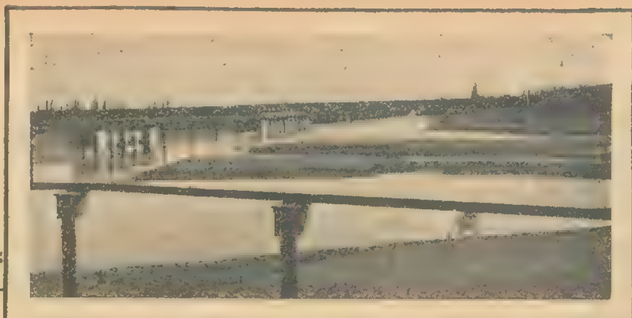
A pesar de sus éxitos como político y como diplomático, no descuidó la viti-vinicultura. Al fallecer, sus tres hijos Pedro, Alberto y Tiburcio, educados en su misma escuela de honradez, de trabajo y de honestidad, prosiguieron laborando con un resultado cada vez más floreciente. Hoy el "Trapiche" de Benegas es un establecimiento modelo. Sus vinos de mesa y el refresco de jugo de uva son siempre preferidos.



Depósito de vinos viejos del "Trapiche", conservados en cascos para luego embotellarlos

El río del Oro

Para quien conozca la riqueza que produce la tierra de Mendoza, no ha de parecer hiperbólico el nombre de *Río del Oro*, sabiendo que toda esa riqueza se basa simplemente en las aguas de su río. Si éste dejara de



Las magníficas obras de la "toma" del Río Mendoza, que puede llamarse el Río del Oro, pues la provincia debe sus riquezas a su riego. Vista parcial de las compuertas. Esta obra fué librada al servicio en 1890



El río al entrar en Mendoza



correr, produciría más daño que un terremoto. De ahí ese cariño, esa adoración sentimental que el pueblo experimenta por su río. Se le cuida. Se le protege.

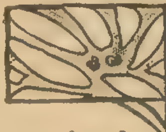
Se habla de él como de una persona amable y buena que viviera bajo nuestro mismo techo.

El ex ministro de hacienda señor Belisario Cuervo, con los doctores Adolfo Caballero y César Bustriaso y nuestro corresponsal, visitando las obras de irrigación del Río del Oro

"Fray Mocho" en Mendoza



El senor Humberto Bertoletti, agente de "Fray Mocho" en Mendoza y uno de los más eficientes propulsores del periodismo local. — En su escritorio, con el gerente señor Juan Simonini



El señor Humberto Bertoletti es un innovador. Dentro de su esfera de propagandista del periodismo nacional, ha logrado en Mendoza, éxitos que merecen aplausos. Con su salón de venta "La Lectura" ha contribuído a la difusión de la prensa en las más apartadas regiones de la provincia. Ultimamente, ha instalado en diversos puntos de la ciudad, varios kioskos para facilitar la venta de Fray Mocho. He aquí la distribución que ellos tienen:

1.° San Martín esquina Francisco Civit.

2.° Calle Las Heras entre Laprida y Libertad (frente al Mercado).

3.° Calle Las Heras esquina Belgrano.

4.° Plaza Independencia.

5.° „ Barraquero.

6.° San Martín esquina Córdoba (Alameda).

Una de las causas de la enorme difusión que Fray Mocho ha alcanzado en toda la provincia de Mendoza y pueblos intermediarios del Ferrocarril Pacífico, se debe sin duda alguna, a la actividad desplegada por el señor Bertoletti quien posee en su agencia un personal idóneo.



"La Lectura", agencia de "Fray Mocho"

"Hotel Anexo Sportsman".—Restaurant y café "Sportsman"



La rôtisserie "Sportsman", la más aristocrática de Mendoza, en donde se reunen las familias distinguidas. Sus propietarios, señores Felipe y Rodolfo Monteverde, la han colocado al nivel de las mejores rôtisseries de París

Es general la protesta de los que viajan por el interior de la república.

—*¡No hay hoteles decentes!* — exclaman unos.

—*No hay restaurants donde se pueda comer decentemente* — agregan otros. Desgraciadamente es así. Pero, de toda la república, Mendoza es la única ciudad de la cual nadie dice lo mismo, sobre todo, habiendo estado alguna vez en la rôtisserie "Sportsman", o en el Hotel Anexo del mismo nombre.

Ambos establecimientos pueden compararse con cualquiera de Buenos Aires. Hacen honor a Mendoza. El lujoso hotel *"Anexo Sportsman"* posee grandes comodidades para familias. Sus habitaciones son cómodas, aireadas, con buena luz. El mobiliario es nuevo y el servicio muy bien atendido. Además, su ubicación, en plena calle San Martín, que equivale a nuestra Avenida de Mayo, lo hace insustituible. La rôtisserie "Sportsman" es la mejor de Mendoza. Su cocina es digna de elogio. Tiene sala de banquetes y un salón restaurant y de cinematógrafo que es el punto de reunión de las familias más distinguidas.



El "Anexo Sportsman", que es el hotel preferido por los viajeros que pasan por Mendoza. Tiene grandes comodidades para familias



Familias de Mendoza en el salón-cinematógrafo del "Sportsman", siendo el obligado punto de reunión de lo más selecto de la sociedad mendocina



Los propietarios del "Sportsman", señores Felipe y Rodolfo Monteverde



La cocina y parte del personal del "Sportsman"

Periodismo mendocino



Doctor Adolfo Calle, fundador de "Los Andes", que es el decano de la prensa y diario reputado como muy serio



Señor Jorge Calle, director de "Los Andes", y señor Luis María Calle, administrador

El periodismo mendocino, — palestra valiente y eficaz, — de los intelectuales y políticos de Cuyo, ha sabido destacarse bellamente por encima del periodismo de otras provincias que por falta de ambiente no puede prosperar. La polémica personal, — aunque tiene cultivadores en Mendoza, — está desapareciendo. Ahora, los diarios, modernizados, son verdaderos órganos de publicidad y defensores de los intereses populares. En primera fila se destaca el diario *Los Andes*, que es el decano. Lo fundó



Cuerpo de redacción de "Los Andes", señores Felipe A. Calle, Enrique Acevedo, Daniel Videla, Francisco Villegas Lecars, Domingo Vignaroli, Ernesto A. Cabral y Luis Mazagaure



El director del diario oficialista "El Debate" y secretario del gobernador, señor W. Jaime Molins, con su inteligente esposa, doña Emilia Palacios de Molins, activa colaboradora de su diario, y el secretario señor Antonio Ferrer, en la mesa de redacción



El personal de redacción de "La Industria", señores Teodoro Berro, Enrique Videla, Ignacio Blanco y Rosario Solanez



El director de "La Industria", señor Diego Correa, y el señor Antonio R. Scaramella, presidente del centro de viti-vinicultores del cual dicho diario es órgano



Redactores de "La Tarde": doctores Silvetti, Fúnes, Raffo de la Reta, señores Castro, Molina, etc.



Dr. Eliseo Marenco Aberastein, director de "La Patria"



Grupo de redacción del "Alem". Señores: Aníbal Corti, Martín A. Pereira, R. Bay; señoritas: Velia Vargas y Aurora Garro



Grupo de redacción de "La Patria", señores Sebastián Ripoll, Bernardo Molina, Carlos A. Hartz, jefe de redacción, Felipe B. de Arascaeta y Arístides Pérez Aguirre

el doctor Calle en 1882 y hoy sus hijos siguen la honesta tradición paterna. Al diario oficial *El Debate,* lo dirige un poeta de talento, el señor W. Jaime Molins. *La Industria,* es órgano de la sociedad de Viti-vinicultores y defiende los intereses de los bodegueros. Lo dirige el señor Diego Correa, un valiente y moderno periodista de empuje. *La Tarde* defiende los intereses del Partido Popular. Tiene a su frente a un hombre distinguidísimo y muy hábil: el doctor Lucio Fúnes. *El Diario de Cuyo,* es un hermoso paladín, el más moderno, que dirigen los doctores J. V. Santos y Ricardo M. Enciña. Luego, viene *La Patria,* de los civitistas y el *Alem,* organo radical. Lo dirige el joven estudiante Carlos W. Lenciña. Y por fin, *Il Tricolore,* en italiano y dirigido por el profesor Santoro, rival de Astorga.

Hay dos revistas: *El Jockey,* muy buena y novedosa; y la *Revista de Cuyo,* que acaba de salir con éxito, dirigida por un conocido periodista porteño: Raul Casariego.



Director del diario italiano el "Tricolore", prof. Rafael Santoro y sus redactores



Bodega Santa Ana

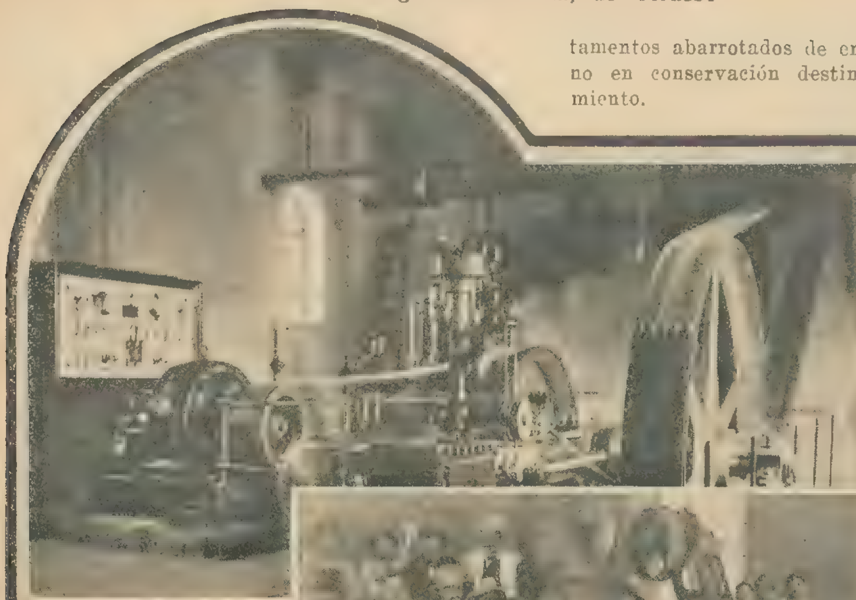




Señor Luis Tirasso, propietario de los viñedos y bodega Santa Ana, en el departamento de Guaymallén y uno de los prohombres del progreso nacional

Uno de los grandes cuerpos de conservación. — Frente de la bodega

La industria vinícola argentina no se reduce a la producción del vino común de mesa, tan generalizado en todo el país. Es creencia general que las bodegas de la provincia de Mendoza no están en condi-



Sección máquinas, las más perfeccionadas que existen

tamentos abarrotados de enormes toneles de vino en conservación destinado para embotellamiento.

Uno de ellos es el denominado "Santa Ana", propiedad del inteligente industrial señor Luis Tirasso, a quien la industria vitivinícola del país debe uno de sus progresos más grandes como ser la elaboración de



Grupo de trabajadores

ciones de elaborar vinos finos que se igualen a los de Europa. Sin embargo, esa creencia es de todo



Filtros

punto antojadiza y errónea. Existen establecimientos que poseen grandes y suntuosos depar-



Una de las piletas de cemento con capacidad para 500 hectólitros y forrada interiormente de vidrio

vinos finos en gran escala, superiores a los europeos. El establecimiento "Santa Ana", se halla en el departamento de Guaymallén, vecino a la capital de la provincia.

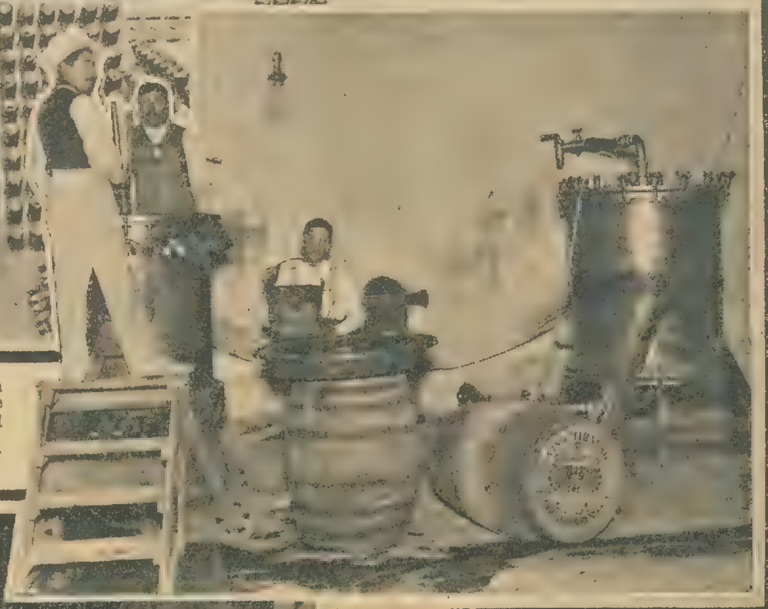
Su importancia hace que reseñemos en las presentes páginas algunas de sus valiosas instalaciones, dándole por su mérito mayor espacio para hacerla conocer definitivamente en el país y en el extranjero.

La bodega "Santa Ana" se ha distinguido en la industria vitivinícola por la especialidad de una buena serie de productos finos.

Desde hace muchos años goza de gran fama en el comercio y en el público, merced a la excelencia caracterizada de sus mostos.



Caverna para la conservación del riquísimo champagne de la bodega de Tirasso, el cual puede competir con las mejores marcas europeas. Hay en depósito 80.000 botellas



Los filtros funcionando

La bodega "Santa Ana" figura en primera línea en lo que se refiere a vinos puros y selectos de mesa y de postre.



Cuerpo de cubas con capacidad para 800 hectólitros cada una



Tiraje del champagne del establecimiento Santa Ana, cuyo consumo en la república es enorme

Bodega Santa Ana, de Tirasso

Desde su fundación (1891), hasta la fecha, esta bodega ha logrado imponer sus artículos debido a las cualidades inmejorables que la distinguen.

El establecimiento se halla ubicado sobre una vasta superficie de terreno. Las instalaciones han sido hechas de acuerdo con un excelente plan científico. En una visita que tuvimos ocasión de hacer, advertimos la admirable organización que reina en todas sus numerosas reparticiones.

El establecimiento "Santa Ana" ha sido premiado en todas las exposiciones a donde concurrió con sus vinos. Citaremos, entre otras, una medalla de la Exposición de Higiene celebrada hace dos años. A esta justa recompensa se



Jardín de la casa



Seis grandes cubas de 800 hectólitros



Sala de expedición de vinos finos, tipo "Medoc" y "Oporto". Cajones dirigidos a la sucursal de Tirasso en Buenos Aires, calle Charcas, 4030

El señor Luis Tirasso, único propietario del establecimiento, y etnólogo de amplia preparación, tiene a su cargo la dirección técnica de la bodega, manifestando un celo y una escrupulosidad extraordinarias en la elaboración de sus vinos comunes marca "Aguila" y en los de clase fina que se expenden embotellados, como ser champagne (que es superior a los de Francia), Medoc, Oporto, etc.

Al frente de la casa, como administrador, se encuentra el señor José Peirano, activo y práctico cooperador del señor Tirasso.



Preparando el champagne para la expedición

añaden otras de mayor mérito. En la exposición industrial del año 1903 obtuvo Tirasso una medalla de oro y catorce de plata, y en la celebrada en Mendoza en el año 1905 fué el único que alcanzó la hon-



El señor José Peirano, activo administrador del establecimiento Santa Ana, del señor Tirasso



Cuerpo de conservación

rosa victoria de dos grandes medallas de oro y otras tantas de plata. Estos testimonios expresan vivamente el grado de perfección en que se encuentra la bodega "Santa Ana" y la inmejorable excelencia de sus productos viníco-las. En la Exposición del Centenario también fué premiada.

La bodega tiené un departamento especial destinado a la elaboración de vino Champagne Tirasso, que hemos tenido ocasión de probar y de constatar su excelente calidad. Figura al frente de ese departamento un competente "champañero" contratado en Reims.

El champagne Tirasso ha logrado acreditarse en diversos puntos de la república.

Entre los vinos finos de mesa y de postre, la bodega de Tirasso expende las siguientes clases: Medoc, Sauternes, Bousillon, Bra-



Lavadero de cascos



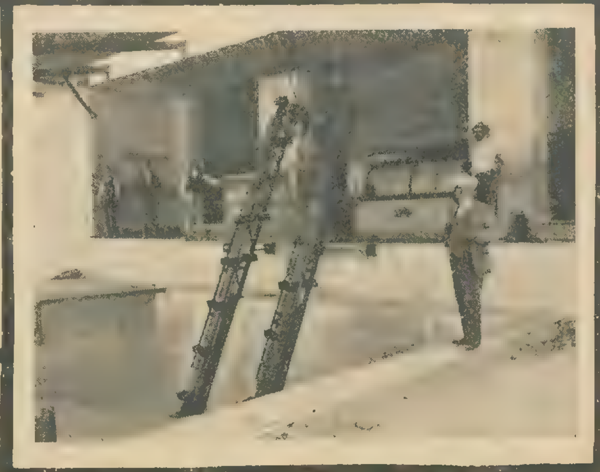
El chalet y jardín anexo a las bodegas, donde habita el señor Tirasso y su familia

nenberger, Pinot, Sauternes y Medoc Reserva, Moscato Posita, Málaga, Jérez, Oporto, etc.

A estos productos hay que agregar el preparado especial denominado Jugo de uva, de condiciones curativas y que ha sido recomendado como medicinal por distinguidos médicos argentinos.

El establecimiento "Santa Ana" elabora, además, anualmente la respetable cantidad de 50.000 bordalesas de vino común marca "Aguila".

A los vastos viñedos que el señor Tirasso posee en Guaymallén se añaden otros en San Rafael.



Elevadores y moledoras de uva funcionando bajo la dirección técnica del administrador, señor José Pei-[illegible]



Cuarto cuerpo de conservación



Los peones de la bodega saliendo del trabajo

Hombres de Mendoza



¿Hay intelectuales en Mendoza? Pocos. Pero los hay. A pesar de que el comercio y la industria atraen, sugestionan y marean a la juventud, es justo declarar que existen en Mendoza quienes sin abandonar la corriente de los negocios, se dedican al cultivo de las bellas letras. En el periodismo figuran almas jóvenes y robustas que se valen de la pluma para desahogar sus entusiasmos. Hay también algunos que recurren al libro, como ese extraño y originalísimo escritor que se oculta bajo el pseudónimo de *Franklin Harrow*. Su verdadero nombre es: Julio Leonidas Aguirre. Su labor es fecunda. Dos de sus libros,—"Cocina criolla" y "Sociología criolla"—estudios de profilaxis social y política, le conquistaron muchos elogios de personalidades. Brioso, erudito, soñador, mordaz, irónico y valiente, Aguirre hace en sus libros una autopsia a los hombres de su provincia. Con algunos, tal vez parece injusto, y al hacerles la autopsia los destroza, como al doctor Serú, pero en conjunto es sincero y por serlo demasiado, es sincero hasta en los errores. Su crueldad para decir verdades le ha conquistado muchos enemigos, pero en cambio esas mismas verdades le han conquistado amigos a granel.



El escritor mendocino señor Julio Leonidas Aguirre. Sus obras literarias merecieron elogios de Mitre, Roca, Magnasco, Guido y Spano, Garro, etc.—(Más abajo, el señor Aguirre estudiando un tipo nativo, en Guaymallén)



El barítono señor Abelardo Tabanera cantando al aire libre en los viñedos del señor Alejandro Lemos, quien lo escucha en compañía del señor Borbón

penhaüer... Alejandro Lemos es un ejemplo digno de ser expuesto a la juventud de las ciudades. Rico, elegante, sportsman, vivió en Buenos Aires lujosamente. Cuando se quedó sin un centavo se fué a Mendoza, y con una fuerza de voluntad que sólo saben enseñar los filósofos, decidió hacerse una fortuna, trabajando en la tierra. Parecerá una ironía. Pero la hizo. Y hoy, con 3 o 4 años de labor, tiene un viñedo que vale un millón de pesos... Otro espíritu selecto, es Abelardo Tabanera, cuya hermosa voz de barítono ha sido muy aplaudida en teatros y conciertos.



Lemos, después de ser "sportsman" se ha convertido en agricultor, como el Barón Peers



Alejandro Lemos trabajando en la viña. Su vida es un ejemplo de voluntad y de energía



El distinguido barítono señor Tabanera, que debutará en Milán

Otro hombre intelectual y artista, es también Alejandro Lemos. Admira y asombra encontrar en medio de las viñas, entre gente que habla de "azufrar", de "rodrigones", de "hectáreas", de "derechos definitivos de agua", de "acequias" y de "cultivo intensivo"; admira, repetimos, encontrar hombres eruditos como Alejandro Lemos, que dedicándose ellos mismos a la vitivinicultura, tienen tiempo para comprender a Scho-



Abelardo pensando en... Eloisa

MAIPÚ (MENDOZA)

LA COLINA DE ORO

MAIPÚ (MENDOZA)





Vista panorámica del grandioso establecimiento de la "Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Giol", en Mendoza, que ocupa un área de cincuenta mil metros cuadrados



"Cabeza de toro", célebre marca registrada de la Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Giol

"La colina de oro", en Maipú, (Mendoza), resulta verdaderamente una colina de donde el oro surge como de un manantial. El establecimiento viti-vinícola Giol, es un emporio de riqueza que todo mendocino muestra con orgullo. En pocas partes del mundo, existe una bodega de tal magnitud. La superficie de los viñedos es de 300 hectáreas. La producción y exportación anual de vino alcanza a cifras elevadas. La casa fué fundada en 1898. Ese año la producción y exportación fué de 40.000 hectólitros y siguió en progresión ascendente. En 1910, se vendieron 300.000 hectólitros. En 1911, fueron 420.000. Y, por fin, en el año que termina de 1912, alcanzó a la cifra colosal de 450.000 hectólitros.

Así se explica la popularidad conquistada por los vinos marca "Toro", que se han difundido en el país con asombrosa rapidez.

He aquí la nómina de los representantes de la *"Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Giol"*, para la venta del vino antes citado:

En la Capital: Martín Lissarrague e hijos. — Córdoba 1011.

En la provincia de Buenos Aires: Eduardo de Bary y Cía. — Esmeralda 916 (Capital).

En Rosario de Santa Fe: Blas Gallo. — España 752 (Rosario).

En las provincias de Santa Fe, Córdoba, Mendoza, etc.: Pinasco y Cía. (Rosario).

Hemos hablado con los hábiles administradores del establecimiento, quienes nos acompañaron en la detenida visita que hicimos a dicha bodega.

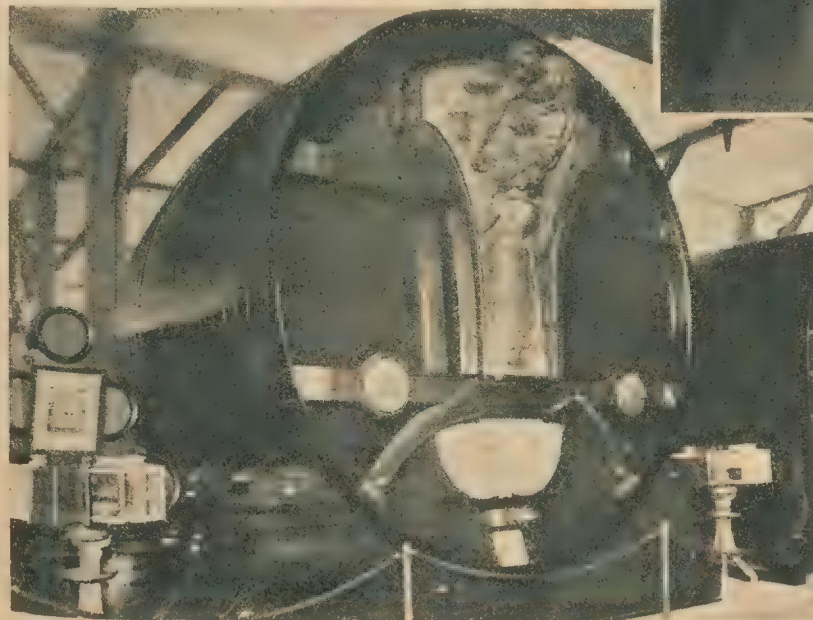
—"Desde luego, — nos dijeron, — el vino marca "Toro" se elabora con la mejor uva de Mendoza. Durante la época de la vendimia *seiscientas* tinas de roble de una capacidad de *setenta mil hectólitros* reciben en varias veces, para la fermentación, las uvas ya pisadas por medio de poderosas prensas. Pero para obtener vinos de buena calidad no basta elaborarlos bien; *es sobre todo necesario e indispensable saber conservar esos vinos.* Para esto, nuestro establecimiento cuenta con *mil toneles de roble,* de una capacidad de *doscientos mil hectólitros* que esperan el mosto para conservarlo y refinarlo."



En plena vendimia



El señor Juan Giol, que fundó la casa con el señor Juan B. Gargantini, quien vendió su parte al Banco Español del Río de la Plata en 5 millones de pesos constituyéndose entonces la "Sociedad Anónima Giol"



El tonel artístico de "La Colina de Oro" que llamó la atención en la sección francesa de la Exposición de Agricultura del Centenario, con capacidad de 800 hectólitros

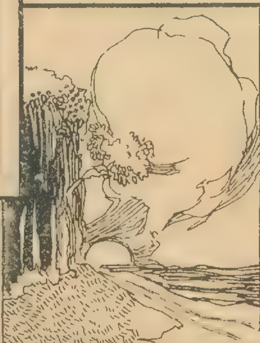
Junto al establecimiento hay dos hermosos palacetes, uno de los cuales es del señor Giol, fundador de la casa. El otro, que era del señor Gargantini servirá de alojamiento al presidente doctor Sáenz Peña, cuando vaya a Mendoza, en marzo próximo, época de la cosecha.

Un pueblo fundado por López de Gomara



El periodista señor Justo López de Gomara, fundador de "El Diario Español" y fundador además de la Nueva Villa de Guaymallén (Mendoza). Lo acompaña el escritor don Julio Leonidas Aguirre. (Año 1898)



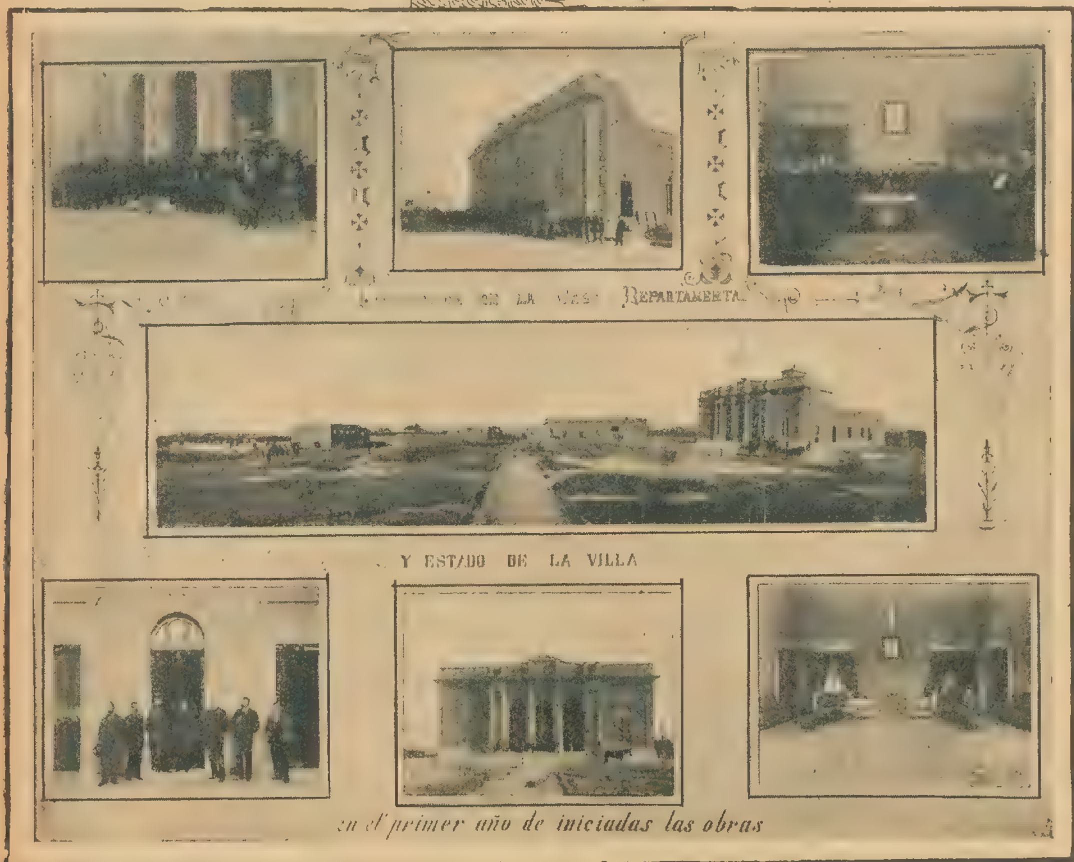


La calle principal de Guaymallén, en la actualidad, y que hace 12 años eran tierras sin ninguna población

—¿De qué se admira?—nos respondió nuestro ilustre acompañante, el escritor Julio Leonidas Aguirre.

—De la casualidad de que haya habido alguien en Mendoza con el mismo nombre del conocido periodista español don Justo López de Gomara...

—No hay tal casualidad. Este mismo López de Gomara a quien se ha rendido un noble homenaje dedicán-



Diversas fotografías de Guaymallén, al fundarse por iniciativa de López de Gomara, el 17 de julio de 1898

Pasábamos por la Nueva Villa de Guaymallén. De pronto, en una calle, leímos la tablilla.

—*Calle López de Gomara.*

—¿Calle López de Gomara? Es curioso.

dole esta calle, es el mismo López de Gomara, fundador de "El Diario Español".

El olfato periodístico nos llevó a averiguar. Efectivamente, este pueblo fué fundado por Gomara el



La señorita Blanca Terry, maestra



El intendente municipal de Guaymallén, señor Julio S. de la Vega (comisario en tiempos de Gomara), el cura párroco, presbítero Benito Bilbao, el señor Peña y Lillo, hermano del vicegobernador, el señor Leonidas Aguirre (sin bigotes) y nuestro redactor viajero en la puerta de la intendencia



La intendencia municipal



Iglesia parroquial

17 de julio de 1898. Aquella región era un campo con algunos viñedos. Nada más... López Gomara llegó a Mendoza enfermo. Llegó puede decirse que "a morir". Pero no murió. El aire saludable de las montañas y el clima delicioso de Mendoza le curaron. Con la salud, Gomara recuperó su energía, su talento organizador, su imaginación de fabricante de prodigios... Compró una pequeña propiedad, donde vivía con su noble esposa y con sus hijos. El era casi el único poblador de aquella región. Con Silvano Rodríguez, hoy senador de la provincia, planeó la fundación de un pueblo. Hizo subdividir la tierra y venderla a bajo precio para atraer a la gente. Se construyó la casa municipal, una iglesia, una plaza, una calle. Se puso un farol. Un agente de policía, etc. El gobernador Civit asistió a la inauguración.



Mausoleo de López de Gomara, en el cementerio de Guaymallén, donde fué sepultada su hija Mercedes, fallecida el 1.º de noviembre de 1903



La nueva calle López de Gomara, cuya primera tablilla fué colocada en este almacén de Luciano Lázaro, íntimo amigo de Gomara y uno de sus admiradores literarios

Una hija de López de Gomara falleció en aquel entonces, y el pobre padre, desesperado, huyó del sitio donde dejaba la mitad de su vida... Hoy el pueblo ha prosperado enormemente. Pero López de Gomara no tiene allí ni un metro de tierra de su propiedad. Por eso, el pueblo de Guaymallén, por suscripción pública, debiera regalarle una casa.

La "Casa Guerrero" de Mendoza



Frente del edificio ocupado por la popular "Casa Guerrero", de artículos para hombres y niños, sita en la calle San Martín (Mendoza) y cuyos progresos la colocan en primera fila

Al hablar de Mendoza y dedicar la atención que corresponde al enorme adelanto y prosperidad de su comercio y de su industria, hemos seleccionado los ejemplos dignos de citarse para llevar al conocimiento de toda la república que Mendoza no es ya la aldea de hace 50 años, sino por el contrario una ciudad moderna, llena de confort y en donde las familias viven con todas las comodidades con que pudieran vivir en Londres o en París. Hay grandes instituciones comerciales como la "Casa Guerrero", instalada ampliamente en la calle San Martín, en el mismo centro de la ciudad. Como casa de artículos para hombres y niños no tiene rival.

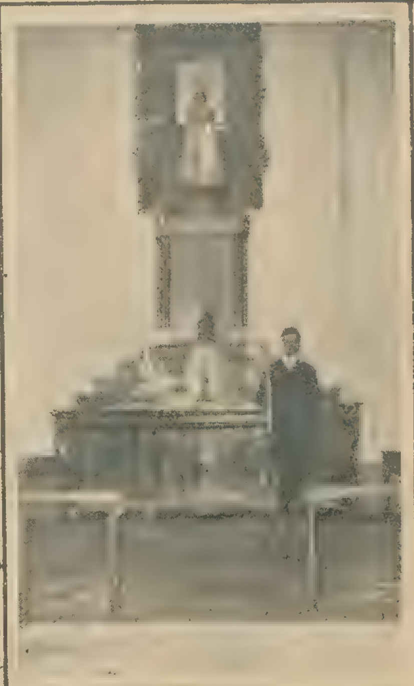


Interior de la "Casa Guerrero", fundada por el acaudalado comerciante señor Manuel Guerrero

Recuerdos del papa Pío IX cuando estuvo en Mendoza



Capilla del Plumerillo (Mendoza), donde celebró misa el papa Pío IX, cuando fué de internuncio a Chile



Altar donde dijo misa Pío IX



El comisario de la localidad, señor Facio Giménez Pastor

—¿Un papa en Mendoza?

—Sí, señor. Hemos tenido un papa, en la Argentina. Sólo que no vino a vernos siendo pontífice, puesto que la prisión del Vaticano les impide a los papas alejarse de Roma.

—¿Quién era?

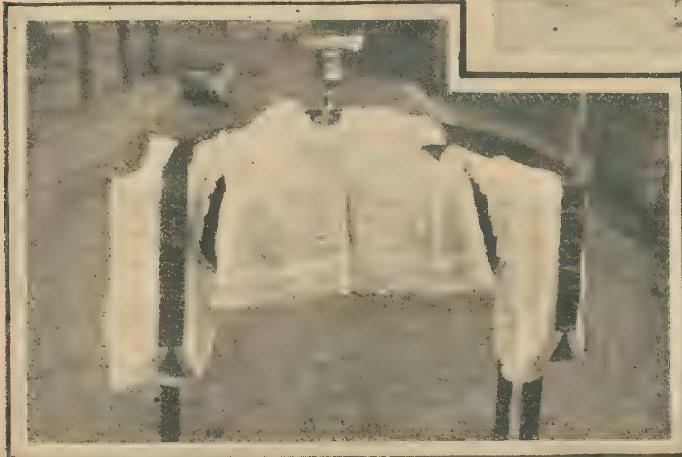
—Se llamaba Mastai Ferretti. Más tarde, al ser coronado sumo pontífice se llamó Pío IX. Fué uno de los papas más célebres y cuyo reinado ha sido más largo, desde 1846 hasta 1878, o sean 32 años. Fué quien definió la Inmaculada Concepción en 1854. En 1864 publicó el "Syllabus", o índice de los errores que la iglesia condena.

—¿Y cuándo estuvo en Mendoza?

—En 1824. Tenía 32 años de edad. Venía de Roma. Iba a Chile como nuncio apostólico. De Buenos Aires,



¡La policía!.



Insignias eclesiásticas usadas por Pío IX



La campana de la capilla

pasó a Mendoza y de Mendoza a Chile. Al pasar por la ciudad andina, don Pedro Pascual Segura, —que más tarde fué gobernador, —lo alojó en su finca del "Plumerillo", frente al campamento de San Martín. Allí varias veces dijo misa, y los atributos y ornamentos que usó en esa ocasión se conservan en la misma capilla del "Plumerillo", cerca de Mendoza. ¿Quiere ir? Vamos...

Fuimos.



Tumba de la misma capilla donde está sepultado don Pedro Pascual Segura, ex gobernador de Mendoza, que asiló allí a Pío IX



Misal, cáliz, custodia, ornamentos, etc., que usó Pío IX y que conserva como reliquias, la señora Quesada de Zapata



Tumba de doña Manuela C. de Segura, esposa de don Pedro Pascual Segura



Casa anexa a la capilla donde durmió Pío IX, en el año 1824

Hoy, la capilla del "Plumerillo" es de propiedad de la distinguida señora Quesada de Zapata, descendiente directa de don Pedro Pascual Segura. En compañía de su hijo, el espiritual e inteligente Chulo Zapata, hicimos una visita a la capilla. En su interior se conserva, además de los ornamentos utilizados por Pío IX, el cadáver del ex gobernador de Mendoza don Pedro Pascual Segura, gran amigo de San Martín. Cuando el 10 de febrero de 1845 Segura fué elegido gobernador, recordó su amistad con Mastai Ferretti, — papa en aquella fecha, — y le escribió por su cuenta pidiéndole la creación de un obispado en Mendoza. Rosas, al saberlo y ofendido por esta infracción a su investidura de jefe supremo, le suscitó una revolución el 15 de marzo de 1847. Segura tuvo que renunciar.

La capilla del Plumerillo, aunque se encuentra en muy buenas manos, debiera ser adquirida por el gobierno como monumento nacional, pues en ella el ejército libertador oía misa antes de la cruzada.

Una reliquia histórica



Cuando el amor patrio despierte un poco de admiración hacia las ruinas históricas, se formarán caravanas patrióticas que irán a Mendoza a contemplar las valiosas reliquias que allí se conservan. Una de ellas es la bodega y viñedos "Las Bóvedas", finca que fundó, cultivó y habitó el general San Martín. Esta propiedad fué vendida por su hija doña Mercedes San Martín de Balcarce, en 1872. Hoy es propiedad del senador don Ricardo Palencia. Los viñedos plantados en ella producen la deliciosa uva Moscatel Rosada, cuyo jugo añejado no es otro que el vino nacional de postre: "Moscatel Rosado". Los representantes en Buenos Aires son los señores Martín Lissarrague e hijo, Córdoba número 1011, que hace poco han lanzado al consumo el nuevo tipo, de la cosecha del año 1903, que es superior a todos sus similares.





Viñedos "Las Bóvedas", donde se hace el Moscatel Rosado. Esta finca fué fundada, cultivada y habitada por el general San Martín. La hija del libertador, doña Mercedes San Martín de Balcarce, la vendió en 1872. Hoy es propiedad del senador don Ricardo Palencia



El Moscatel Rosado de Palencia es tan exquisito como vino de postre que los niños desafían el peligro para alcanzarlo...



¡Rico Moscatel Rosado!

Precaución



—Mirá, hija, no salgas tanto con la lámpara al jardín, porque ahí al lado vive un astrónomo y puede creerse que son señales que nos hacen desde Marte...

El San Nicolás de Holanda

Un obispo español que hace de rey mago

Los chicos holandeses no tienen más que un rey mago, San Nicolás, pero es un rey madrugador que adelanta su visita anual más de un mes a la de nuestros Melchor, Gaspar y Baltasar.

El 5 de diciembre, día dedicado a dicho santo, recorre éste las calles de la ciudad jinete en blanco caballo, con amplias alforjas llenas de juguetes. En este viaje le acompaña un criado negro que va arrojando dulces a los niños.

La gente menuda española se quedará sorprendida al saber que el rumboso santo vive en España, pero debe de pasar la vida muy escondido, porque no se le ocurre nunca recorrer las calles de las ciudades españolas.



El paso de San Nicolás

Según la creencia popular, San Nicolás es un obispo y vive en España. Su criado, que rara vez va montado, lleva además de la bolsa de los dulces, una vara para pegar a los niños malos y un saco para cogerlos y llevárselos.

Los juguetes que lleva el propio santo en las alforjas son para distribuirlos por la noche entre los niños buenos mientras éstos duermen.

Nuestro grabado es reproducción exacta del aspecto que ofrecen las calles de Utrecht al paso de San Nicolás y su criado, los cuales son en realidad estudiantes, pues la fiesta la organizan y costean ellos.



El flirt de los niños

Ella viene del conservatorio de música, en donde estudia el "mandolino", instrumento favorito de su abuela que está perlática, y cuyos trémulos sonidos acompañan el tembloroso movimiento de sus manos y cabeza.

El la espera en la encrucijada de una plazoleta, en donde rabonea sus clases de preparatorios.

Han decidido casarse cuando él sea doctor y ella domine por completo el instrumento.

¡Para allá me las guarden!.

La chinita, que lleva en brazos, como un bebé, la caja del chillón mueble filarmónico, goza como una verdadera china con el consuetudinario encuentro del desgalichado casal.

Se habla de los asuntos matrimoniales como si ya fuera una cosa hecha, en pretérito pluscuamperfecto.

Y ella dice:

—Mira, Pepito, lo primero que quiero que me compres, pero en gran cantidad, es **jabón** Reuter. No pienses en la cocina, no te preocupe la despensa, no me hables para nada de aparadores y cristaleros; lo que yo quiero, ante todo, es un lindo cuarto de baño, blanco, bien blanco, y con jabón Reuter por todas partes.

Jabón Reuter en la jabonera de la bañadera.

Jabón Reuter en el lavatorio.

Jabón Reuter en... bueno, ya sabes: **jabón** Reuter desde el vestíbulo hasta el cuarto de los baúles.

Que los que entren a casa digan: ¿Dónde está el jardín?, y yo les responda:

—En el jabón Reuter.

Un diario moderno

por W. HEATH ROBINSON



La dirección.—Para conjurar la apoplejía que podría sobrevenirle a causa de tanto trabajo, el director necesita algunas fricciones higiénicas y refrescantes.



Arte y literatura.—Mullidos divanes, sodas, champagne, música y billetes de banco son servidos a sus majestades los señores dibujantes clásicos o futuristas.



Modas y frivolidades femeninas.—Vistas las solicitaciones a que está expuesto el redactor encargado de esta sección, es conveniente tomar ciertas precauciones especiales.



Tiraje y expedición.—Para evitar fatigas al personal la administración no vacila y se provee de la maquinaria más perfeccionada.



Cuide Vd. su salud y la de sus hijos tomando el gran tónico

Extracto de Malta

SAN ESTEFANO

EL DOBLE EXTRACTO DE MALTA

San Estefano

ES INSUSTITUIBLE PARA VIGORIZAR EL ORGANISMO

Lo elaboran las grandes fábricas de STEINBRUCH de Budapest-Kôbanya, los únicos creadores del

Doble Extracto de Malta San Estefano

Pídase en todos los buenos almacenes, farmacias, restaurants y despensas y en las flotas de Mihanovich y Lambruschini.

ANALISIS DE LA OFICINA QUIMICA NACIONAL

OFICINA QUIMICA

APTO PARA EL CONSUMO

Si su almacenero no lo tiene, pídalo Vd. por carta ó por teléfono á

Landau & Luzio

ÚNICOS INTRODUCTORES

Teléfono: U. T. 5184, Avenida

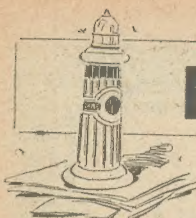
CANGALLO, 614

Depositarios en Rosario de Santa Fe:

PEDRO FIORI

Calle MAIPÚ, 972

7 GRANDS PRIX



DE TODO UN POCO

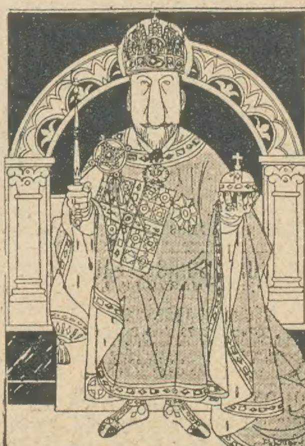


Un noble inglés hizo hacer en Turquía un soberbio tapiz, reproducción de un ejemplar persa del siglo XVII, que se encuentra en el museo "South Kensington" de Londres. El tapiz tiene más de 22.500.000 puntos y fueron necesarios 18 meses de trabajo para hacerlo.

Los periódicos turcos han publicado una estadística de la población musulmana del mundo y aunque es difícil conseguir una precisión absoluta en esta clase de cálculos en países donde la estadística es muy poco precisa, los resultados aproximados son los siguientes:

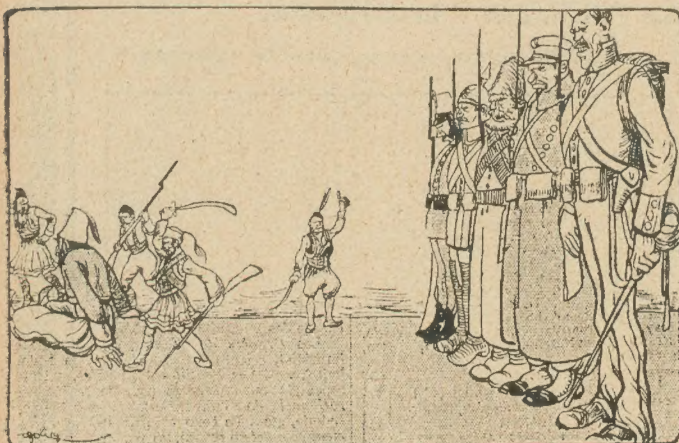
El imperio otomano cuenta con 27 millones de musulmanes, de los cuales 3 millones viven en Europa y 24 en las provincias de Asia.

CÓMO ÉL QUERRÍA SER



Después de ser consagrado, sobre el trono de Bizancio
(Lustigue Blätter.)

LAS GRANDES POTENCIAS



El rey Nicolás. — ¡Presenten armas!

En la Bosnia y la Herzegovina hay cerca de 600.000 y unos 100.000 en Bulgaria, Serbia, Grecia, etc.

En el imperio ruso hay una proporción considerable de discípulos de Mahoma: 14 millones en sus provincias de Europa y 10 en Asia. En total, 24 millones por 135 millones de almas.

En la India inglesa, cuya población es de 250 millones de habitantes, hay 60 millones de musulmanes. De los 400 millones de habitantes de China, 40 millones son también musulmanes. Persia, Afganistán, Arabia y otros países independientes de Asia cuentan con 20 millones próximamente.

Las colonias holandesas de Oceanía, Java y las islas de alrededor, son casi todas mahometanas. Puede calcularse en 27 millones el número de sectarios del profeta. En Filipinas hay cerca de medio millón.

Africa está llena de mahometanos; todo el norte y el centro del vasto continente es mahometano y por medio del proselitismo pacífico o armado los discípulos del profeta no dejan de conquistar adeptos entre los negros paganos del interior. Calcúlase en 65 o 70 millones el número de africanos que profesan el islamismo. En Argelia y Túnez hay de 6 a 7 millones, 12 millones en el Sahara francés, en el Senegal y en el Sudán, y doscientos mil o trescientos mil en otras colonias: Guinea, Congo, Obock, Madagascar, etc.

En total, hay actualmente en el mundo 270 millones de musulmanes cuyo número, según los jóvenes turcos, va en aumento, especialmente en el Africa interior, en China, en la India inglesa y en las colonias holandesas de Oceanía.

El conde Matuschka-Grieffenkla reunió a varios arqueólogos en su residencia de Inkel-sur-le Rhin. Los arqueólogos declararon unánimemente que la mansión del conde es la más vieja de las casas habitadas de Europa. Fué, en la antigüedad, residencia del obispo de Mayenza, Sabuns Maurus, que murió en el año 850.

En Berlín se ha formado una sociedad para la reforma de la indumentaria masculina. Sus miembros se comprometen a no usar camisas de hilo, chalecos, sombreros hongos o de copa, ni pantalón largo; sólo llevan sombreros de paja, camisas de franela, chaquetillas abrochadas y pantalones cortos.

William Berry, de Albania, acaba de descubrir a un negro que asesinó a su padre, hace cuarenta años. Berry no tenía más que nueve años cuando juró buscar al asesino, que había huído de la cárcel.



El búlgaro. — Yo tomo la Puerta.
El turco. — ¡Y yo también!

Talleres Heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266 — Buenos Aires



NUMERO SUELTO	En la capital.......	20 centavos	EDICION DE LUJO	Número suelto:	En la capital.......	40 centavos
	Fuera de la capital.	25 „		„ „	Fuera de la capital..	50 „